

FRENTE AL MAR

Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.

FRENTE AL MAR

POR

J. LOPEZ PINILLOS

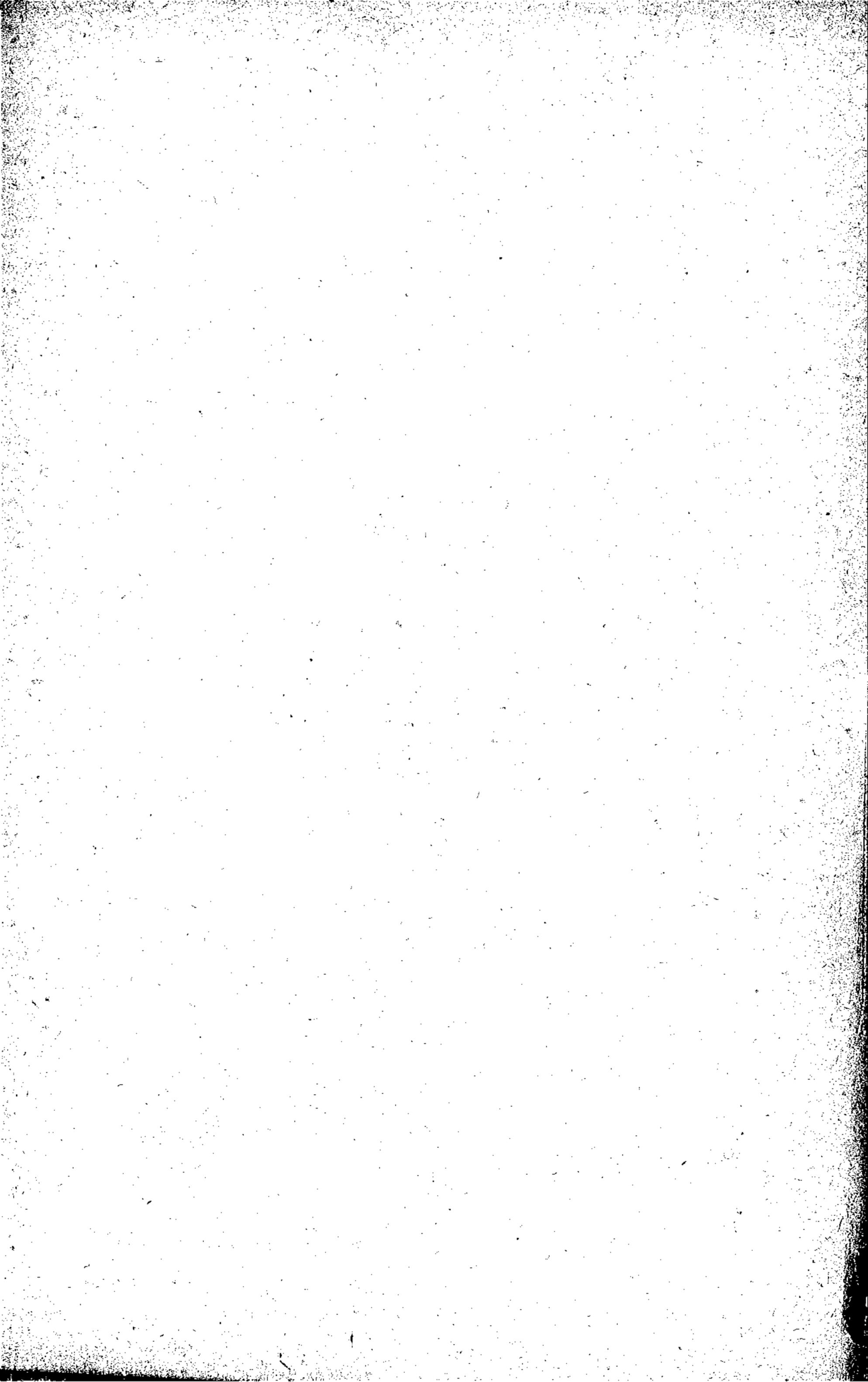
(PARMENO)



BIBLIOTECA HISPANIA

SAN LORENZO, 10. — MADRID

1914



FRENTE AL MAR

I

—¡Tista!... ¡Tista!... ¡Jiiió!...

Una violenta manotada levantó la cortina de lona y Manolito el cosario metióse de un brinco en el fonducho.

—Santas y güenas, cabayeros. ¿Y ese? ¡Tista, ladronaso! ¿Ande t'has escondió?

Sacudió unos puntapiés en el mostrador, entre las risotadas de los bebedores, y Bautista, calmoso, grande, pingüe y velludo como un gorila, apareció en la puerta de su cuchitril, despechugado, luciendo su camiseta corcusida y sus pantalones exornados con sietes, cuchillos y remiendos.

—¿Qué pasa? Y dime: ¿no podrías tú hablar mejó? La educación no cuesta dinero.

Manolito le impuso silencio con un ademán imperioso.

—Una siya—exclamó—y ayúame. Ahí tienes una güéspedes que viene fatigá.

Los bebedores oyeron los resoplidos de unas cabalgaduras, el llanto de un pequeño y la llamada impaciente y quejumbrosa

de una voz femenina, á la que replicaba otra áspera é iracunda: «¡Ay, Madre del Rosario!... ¡Posadero!» «Pasiensia... ¡Me zullo en Cristina y en su madre!»

Salieron el fondista y el cosario, crujió la silla, y á poco entraron una mujer con un niño de pecho y un hombre con dos pequeñas cogidas á su cazadora. La mujer, en cuanto cayó la cortina, se detuvo, cegada por el súbito cambio de la luz á la sombra, y vacilante, sin reconocerle, contestó al saludo de un viejecillo que, al verla, exhaló un grito de sorpresa:

—¡Purita!... ¡Arsenio!... ¿Qué tal? Pero ¿cómo por estos andurriales?

—Un capricho—dijo el de la cazadora, zafándose de sus hijas.—A remojarnos el trapontín como ca quisque, don Teodoro.

—¡Ah! Pero ¿es usted, don Teodoro?—interrogó Pura.—¿Es usted?

Avanzó con la diestra extendida, sentóse en un banquillo, y como si el encuentro del anciano hubiera recrudecido un reciente dolor, comenzó á llorar convulsivamente. El hospedero y la parroquia rodeáronla alarmados, y los más piadosos pusiéronse á consolar á las niñas, que también sollozaban; pero el marido les tranquilizó.

—No hay que molestarse. Tonterías de señoras, que son d'arfeñique.

—Sí, d'arfeñique—gimió la hembra.—Toi-

to el día ar só, con estos serafines... y anda que te anda... y pinos y pinos... y aréna y arena... ¡Somos mu tontas!

Abrazó al mamoncillo nerviosamente, y para acallararlo dióle el pecho, tapándose con una «María Antonieta» de tul.

—¡Toma, gloria de tu madre, rey de siete mundos, piojiyo de la Virgen!... ¡Toma, que vas á tragar jiel!

—¿Y por qué jíe? Cuarquiera pensaría que nos ha ocurrió una catombe.

—¡Ah! ¿Te parese poco, hijo de mis entrañas?

—Me parese ná.

—¿Ná? Figúrese usté, don Teodoro, que pitamos anoche del pueblo. Tracatrá, tracatrá, nos pone er tren en Asnalcásar, y subimos al coche, y arrea para la marisma, y jala, jala por la marisma alante, y á la una, en er palasio. Er tiempo, una bendisión... Estreyas, luna y un fresquito que ni de encargo. Pos á dormí. Al arba, yegó la galera con los chismes y de punta. El armuerso y arsando. Por el coto, bien; pero, hijo de mi sangre, yegamos á los pinos y empesó Cristo á padesé. Que si las mulas están cansás, que si se hunden las ruedas, que si por aquí, que si por ayí... Y venga un descansito, y vaya otro descansito, y varasos á los animales, y herejías de los carreteros, de esas que se oyen con horripilación, y hasta las

dose no dejamos atrás el último arbo. ¿Y qué nos pasa entonses? ¿Qué dirán ustedes? ¡Pos que la galera s'atasca y se echan los mulos, reventaitos!...

—Se echaron dos—rectificó Arsenio.

—¡Dos ó dos mil, lo mismo da! El caso es que se echaron, y que pa quitarles peso tuvimos que bajar de la galera, y que Senio descargó los colchones, y que arrempujó er pobresito mío com'un burro y que tó fué inúti. Y con tres criaturas, andando y queándose clavá en l'arena, plantifíques'usté en la playa. ¡Virgen de las Angustias y Dolores! A los veinte pasos, tostaíta, sin aliento, dí una porrada...

—Y nos arcansó Manolito—agregó Arsenio—y aquí estamos. ¡Vaya una tragedia!

—Sí; pero si no nos arcansa, ¿qué es de nosotros? ¡Dios lo sabe!

Riéronse don Teodoro y el fondista, y ella, algo cortada, explicó sus temores:

—¿No hay en Oñana lobos y sorros, y jabalíes y víboras y hasta borricos salvajes?

El mamoncillo, arrugando la nariz, moduló unos gruñiditos, y Pura, entusiasmada, le besó chillándole:

—¡Ay, mi renacuajo, que es un Castelá! ¿No ves, no ves, Senio, cómo rebuzna el arma mía? ¡Ay, mi corasón! Rebusna, rebusna, tú, encanto. ¿Cómo hase el ruchito?...

¡Jah!... ¡hu-jah!... ¡hu-jah!... ¡Ay, mi sielo chiquirritín!

Robliza, espigada, redonda de caderas y firme y alta de pechos, era Purita una hembra tentadora, un poquitín gachona y algo vanidosilla. La blusa, empapada en sudor, ceñíase, modelando su busto de Juno, y el ascua de la seda bermeja parecía incendiar sus ojos de endrina, llenos de candor y de dulzura. Tenía rojos, húmedos y gruesos los labios, áurea la cabellera lujuriente, pulido el cuello, blanquísima la color.

Arsenio, con la gravedad de su perfil acarnerado, con sus mejillas gredosas, sus ojos verdes, fríos é inmóviles, sus pelos jaldes, su cogullada lustrosa y su nariz encendida, no inspiraba grandes afectos. Resoplaba más que un gorrino, enrojecía á veces sin que nadie adivinara la causa de su rubor, y al andar, alcanzábase como un penco entorpecido por los años y se enfadaba atribuyendo sus tropezones á las deficiencias del piso. Carecía del sentido de lo cómico, y era incapaz de percibir la doble intención de un elogio maligno, de una censura irónica ó de una humorística parrafada, y esta indigencia mental acarreábale frecuentes disgustos y convertíale en blanco de feroces bromas.

Una de las chicas pidió agua, y un gentil caballero, con el bigote á lo kaiser, el rostro pálido y las manos femeniles, apresuró-

se á servirla. A su gallarda inclinación de cabeza respondió Pura con un lindo gesto, y con un flechazo de los ojos interrogó á su marido: «¿Quién es?» Ella recordaba la frente de marfil; los dedos afilados, ceñidos por sortijas primorosas; la voz meliflua, aterciopelada; el escualor del talle y la robustez del pecho... «¿Quién es?» Arsenio encogióse de hombros; el caballero galante volvió á ocupar su sillón, y la buena moza, después de meditar un rato registrando los cajoncillos de su memoria, dióse por vencida. El fonducho excitaba su curiosidad. Era una enorme tienda de madera y lona con techo de cinc. Entre las dos puertas, en un amplio cuadrilátero, había veladores de pino, sillas con el asiento de cuerdas, mecedoras y taburetes. Junto á unos tremendos bocoyes estaba el mostrador, con barrilitos de aguardiente y panzones tarros vidriados, repletos de pestiños y rosas, y detrás erigíase la estantería, con sus depósitos cristalinos de grajea y su fila de botellas aristocráticas. El resto de la fonda ocupábanlo las habitaciones, hechas con tabiques de lona y amuebladas con catres y palanganeos de hierro.

Bautista quiso saber si los viajeros se quedaban, y Pura protestó vivamente. ¿Ella dormir en un aposento sin techar? ¡Vamos, señor! En su choza, aunque los muebles no

llegaran y tuviese que roncar sobre el santo suelo.

—¿Es ya tarde?

—No. Todavía...

—Porque como ha ido Manolito con sus bestias...

Habían dado las cinco en el reloj de la capilla, y las cocineras trafagaban en sus tendajos, catando salsas y espumando pucheros. Las cigarras entonaban su estuosa sinfonía entre los pinos, y el mar, amodorrado, mugía mansamente. Levantóse de pronto un seco vientecillo terral, y ondeó la cortina empujada por una de sus ráfagas, y un espantoso hedor á muerte, á podredumbre, envenenó la atmósfera. El mozo pálido, acometido por violentas arcadas, bebió una copa de ron, encendió una breva, y luego de empapar en agua de Colonia su pañuelo, interpeló á una especie de cetáceo que le contemplaba retorciéndose de risa:

—Señor conde, señor conde, de mis culpas... ¿ya empesamos?

La blanda reconvención arrancó una carcajada al personaje, cuyo vientre movíase á oleadas, amenazando estallar.

—Pero, hombre, Luis, ¡por vida de brioso-baco y del chápiro azul! Si esto es para morir.

—De asco. Digo, el que, en ves d'un estómago, tenga la moyeja de una abubiyá...

—Hombre, yo, Luisito...

—Las personas son más delicadas—afirmó con retintín el mozo.

—¿De veras? ¡Pues multa!—bramó el gigante.—A ver, Bautista: vino por cuenta de ese hermano, para que se baje de la parra. Aquí no se incomoda ni el Verbo.

Otra pestífera bocanada infestó la tienda, y el conde y sus amigos oprimiéronse las narices, sacudidos por una alegría loca.

—¡Que m'ajogo!

—¡Compadres, maldito sea el cosido y el ladrón que lo inventó!

—¡Bautista, quema asúcar, ó pórvora, ó rayos!

—¡Así me parta uno por el eje!—balbuceó Luis.

—Jumen ustés—aconsejó el fondista.—Jumando no se nota er jeó.

—Sí; pero las que no fumamos... —exclamó Pura—¿qué hacemos?

—Yo—dijo Luis—si usted me permite que le ofrezca Colonia...

Miró á don Teodoro solicitando que le presentara, y el viejo apresuróse á complacerle:

—Luis Hermida, un gran muchacho. Arsenio González y su esposa.

Pura se ruborizó, y los hombres estrecháronse las manos.

—¿Está usted bien?

—Selebro mucho...

—Yo tengo el gusto de conoser á la señora—aseguró Hermida.

—Y yo también le conosco. Ahora mismo estaba pensando... Pero mi memoria, ¡huy, qué memoria!

—¿Recuerda usted á doña Lusía, la maestra?

—¡Ay, es verdá! Tonta de mí. Usted es el amigo de Fernandes. ¡Mira, Senio, el amigo del primo Enrique!

Aproximáronse el gigante, un cuarentón robusto y un mozalbete dueño de unas bravas narizotas, y los tres fueron presentados.

—El señor conde del Toril, don Andrés de la Cabuérniga, y don Antonio Palomino.

Cambiarónse cumplimientos y saludos, y la conversación, lanzada por otro cauce, extinguióse. El del Toril, un simpático animal todo pestorejo y papada y nalgatorio y bandullo, para disimular su timidez, arrancó uno á uno los granos de una espiga, hasta dejar la canilla pelada y las glumas, poniendo en la magna operación toda su inteligencia. Don Andrés lució sus mañas de hombre práctico, haciendo un puro como una cigarrera, después de deshacerlo y de sacar mil porquerías de sus entresijos, y don Antonio, un guasón con tanta nuez

como narices, más pomposo que una col y más irreflexivo que un saltamontes, entonó por lo bajo una cancioncilla, golpeándose acompasadamente las perneras.

El rompió el silencio con una observación gallarda:

—¿Ha visto usted que peste, señora?

—La he olido—replicó exagerando graciosamente. —Es para reventá. ¿Hay tal ves algún bicho muerto?

—¿Algún bicho? ¡Miles de bichos! ¡Montones de bichos! ¿Verdá, Luis?

Todos se disputaban la palabra para demostrar su ingenio, y Palomino, menos agudo que el cogujón de una colchoneta, divagaba lastimosamente, escarbando en su yermo cerebral; y el conde arriesgaba, valeroso, chistes ininteligibles; y don Andrés, afinando, sutilizando sus medios de expresión para evitar la grosería, hundíase en un pecinal de insinuaciones puercas, paradojas semisucias y metáforas mal olientes.

Purita, enemiga de fililíes retóricos, confesó que, á pesar de los soberbios discursos que había escuchado, estaba en ayunas, y don Teodoro aclaró el misterio.

—¿No se acuerda usted de las cayejuelas de Carrión?

—Me acuerdo; pero...

—Y ¿qué dejan en esas cayejuelas los chiquiyos?

—Pos... dejan... dejan...

—¿No cae usté? Cuando no pasa nadie de noche, ¿qué dejan los cochinos?

—¡Ah!—exclamó Pura—¡Qué horror!

—Bueno, pues las cayejuelas de Matalascañas están ahí, detrás de los cerros, y en soplando el vientesiyó de tierra...

— ¡Hay que jumá! — interrumpió Bautista.

La señora celebró la interrupción y animados por las carcajadas, Toril y Palomino enzarzaronse en una de sus disputas. El de la nuez, temperamento anárquico, por la volteriedad de sus ideas, defendía la absoluta libertad de los veraneantes. «Nada de leyes, jinojo. Allí vivían como los indios en sus bosques, libres de jueces, de guardias, de concejales, de alguaciles; sin códigos, sin ordenanzas, sin prohibiciones; con las ventajas de la civilización y sin sus inconvenientes.» El cetáceo, que pretendía reformar las costumbres de la playa, indignábase con el anarquista y le aplastaba bajo la ingente mole de sus razonamientos:

—¿De manera, que aquí no tenemos códigos, ni jueces, ni guardias? Parese mentira que una persona ilustrada, Antoñito, diga esas barbaridades... ¿No es un código la consciencia? Y la dignidad ¿no es un juez? Y nosotros, desde el primero hasta el último, ¿no somos aquí guardias, y no defenderíamos la

honra y el dinero de los demás, para que los demás defendieran nuestra honra y nuestro dinero?... ¡Carambo, Antoñito!

—Sí, tomando así la cosa...

—¿Pues cómo habíamos de tomarla? ¿Y lo de las ventajitas de la sivilisación, carambo? ¿Es una ventajita que nos asfixiemos por susios?

—Y ¿quién lo remedia?—preguntó con aire de triunfo Palomino.

—¡Usted, yo, Perico el de los Palotes!—repuso el aristócrata.—¿Cómo? La boca me duele de pregonarlo. ¿No venimos á Matalascañas dos ó tres mil criaturas? Pues con pagar un duro por cabeza, reunimos dos ó tres mir duros; y con dos ó tres mir duros, una Junta de hombres honrados ¿no levantaría los mejores retretes de España?

—¿Y cómo se iba á formar la Junta?—objetó Luis—¿Querría alguien ser cabayero de los retretes?

—Además,—añadió don Teodoro—¿qué señorita visitaría el establecimiento?

—¡Peores—gritó el reformador, perdiendo los estribos—que las criadas saquen al amanecer profesiones de basines, y que los peloteros le revuervan á uno las tripas con... con lo que no he de desir!

—¡Si todo se arregla en el mundo, conde!—proclamó Antoñito.—Yo, prescindiendo de los ciscaderos públicos, que á usted le entu-

siasman, resolvería el problema con un sensiyísimo consejo.

—¿Cuál?

—«Los bañistas de Matalascañas, cuando realisen siertos menesteres indispensables, pensando en la salú y en el estómago de la colectividá, imitarán á los gatos».

—¡Hombre!—exclamó don Andrés.

—Sí, á los gatos, aunque usted se admire. ¿No nos dan lecciones de higiene y de pulcritud? Y, aparte la rasón, ¿qué somos nosotros sino animales inferiores á ellos? Usted es un animal; y yo, otro animal; y el conde, otro animal; y el señor, tan animal como nosotros.

El «señor», que era Arsenio, plantóse de un bote frente á Palomino.

—¡Oiga usted: yo no soy gato, ni soy animal y á mi no me insulta ni mi padre que resusitara!

Pura dió un grito, y los hombres, paralizados por la sorpresa, miráronse con estupor.

—Yo no he querido ofenderle—balbuceó Antonio.—He dicho que es usted un animal; pero racional, ¡cuidado!

—¡Pos ni racional! ¿Qué es eso de racional? ¡Vaya una discurpa!

Palomino se repuso, y no atreviéndose á irritar á la fiera, ni resignándose á quedar apabullado, intentó evadirse, cincelando un axioma:

—¡La locura es irresponsable!

¿Cuántas vueltas, cuántos saltos de trucha, cuántos brincos de clown y cuántas zapatetas de pelele ejecutó el infeliz higienista entre los brazos incansables de su injusto enemigo? El sordo retumbar del primer puñetazo y los estallidos de las bofetadas primeras, aumentaron la estupefacción de los que presenciaban el lance; y cuando intervinieron, Palomino que, bailando como una peonza, había derribado veladores y sillas, gemía bajo el mostrador, sin babuchas, con una cordillera de chichones en el colodrillo, y con el pañal sobre las narices y entre las manos.

—¡Un revólver! ¡Venga un revólver!— aulló, sin abandonar su refugio.

Arsenio debatíase con furia, cercado por su mujer, don Teodoro y Luis; las niñas lloraban; don Andrés y el conde, coléricos, defendían el mostrador, y Bautista esgrimía una bárbara cachiporra, exhalando terribles gñidos.

—¿Qué es esto? ¡Mardita sea mi sangre y er sancarrón de Mahoma!...

Por fin, entre Pura y don Teodoro aplacaron al suspicaz energúmeno, y Antoñito, avergonzado, marchóse con don Andrés.

Hubo una pausa molesta. El aporreador escupía maldiciones por lo bajo: «¡Habráse visto er señoritejo basín!» Pura zollipaba

sin consuelo, y los demás, todavía nerviosos, mirábanse atortolados.

—¡Don Luis, ya he apartao las sopas!— anunció el fondista. —¿Se come?

—Dentro de dies minutos. A las cinco— ordenó don Teodoro.

—¿Las cinco ya?—preguntó el del Toril.— Hasta luego, entonses. Adios, señora; adios, amigo... Y calma; no hay que ser tan pica-joso.

—Le diré á usted—articuló algo corrido Arsenio, aprovechando la recomendación para explicar su conducta;—le diré á usted: yo, en otra parte, dependo de quien me paga, y si quien me paga me aprieta la museróla, pues pa eso me paga. ¿Estamos? Pero aquí somos en asoluto veraneantes: el veraneante A, ó el veraneante B. ¿Comprende? Yo no soy un paria, y eso de que se me yame animal con toas sus letras, sin un motivo, porque sí...

—Pero si Antonio no quiso ofenderle...

—¡Si es de lo más alfeñicao y de lo más poquita cosa que se encuentra!...—agregó don Teodoro.

—Conforme—aseveró Luis.—Muy bueno, una paloma sin hiel; pero muy entrometido y muy lenguarás y demasiado bromista. ¿Tiene confiansa con este señor? Y no se hable más del asunto. ¡A la mesa!

Rétiróse el conde, palmoteó Hermida y

apareció una vieja con una sopera humeante. Bautista levantó el cortinón, y un dardo de oro inflamó el vino en las copas, quebróse en los cristales y engarzó en luz los gayos colorines de las grajeas.

II

Apenas entraron en su tienda, presentáronse unas muchachitas con varios colchones y frazadas, que les ofrecía la hermana de Luis.

—Mi señora—dijo la más parlanchina— que tengan ustés el honó de tomar esto, mientras yegan sus chismes. Y de parte de don Luis, que les aguarda pa sená.

Volvieron las criadas con una mesa, dos sillas y un quinqué y Pura, venciendo el cansancio, decidió visitar á su favorecedora.

—Debemos dar las gracias. ¿No te parese, hijito?

—Por mí... ¡Vamos, resifones, qu'estoy ya de mujeres!...

Recorrieron unos centenares de metros á la orilla del mar, entre orondos burgueses y señoras emperifolladas que les fusilaban con los ojos, él destrozándose á puntapiés los calcañares, bailando la danza del tropezón, y ella recogándose altivamente el vestido.

Una ringla larguísima de chozas y tiendas culebreaba frente á las aguas.

Junto á la capilla, que lucía un reloj en el frontispicio y un esquilón en la techumbre, esponjábese el palacio de Bautista, orgulloso de su letrero: «Fonda de los Labradores»; á la izquierda veíase la botica, de gualda tela impermeable, y á la derecha la carnicería, de fuertes tablones de pino, con su corral y su despacho, y la panadería, con sus serones y sus añacales á la entrada. Detrás de esta ringla extendíase otra, formando una plazoleta, y más adelante, en dirección al coto, unos chozajos temblones brindaban sombra y frescor á la pobretería trashumante.

A diez pasos de la farmacia alzábase la choza del cuñado de Luis. Tenía cuatro habitaciones pequeñitas, una despensa y un amplio comedor en el centro. Una lámpara de petróleo colocada sobre un pajecillo, y dos quinqués clavados á uno de los machones, luchaban con las sombras del crepúsculo. El mueblaje era modesto: sillones de mimbres, bancas lustrosas, mecedoras de rejilla, una mesa de roble, un piano, un trincherero vetusto...

La de Hermida les recibió cariñosamente.

—Ya sé, ya sé que han hecho ustedes un viajesito de olé con olé.

Pasaba de los treinta; mas su terso rostro

de una frescura primaveral, sus flancos emmagrecidos de hembra estéril, y sus ojos risueños, conservaban las gracias de la primera juventud. Su esposo, un varón mostachudo, recalvastro y barbitaheño, aproximábase á la vejez. Se llamaba don Isidoro Carrascosa, había estercolado muchos cementerios recetando jaropes y disfrutaba de un pingüe caudal.

Con la de Hermida charlaban doña Salud Garcés, imponente mole grasienta y sudorosa; el farmacéutico, don Juan Becerril, ninfo de voz acaponada; tres señoritas narigudas, redichas y frágiles, primas de Antoñito; la hermana del conde, doña Cruz Miranda y su hija Mercedes. Don Isidoro discutía con don Andrés, y un clérigo joven, don Anastasio Muñoz, al que le adjudicaron sus amigos el remoquete de «Virutas», por la facilidad y la rapidez con que se inflamaba su corazón bravío, distraíase ensayando en la guitarra el «Vals de las olas».

—Es bonito, ¿verdad?—preguntó, dirigiéndose á González.

—Sí. ¿Cosa nueva?

—En mi pueblo—yo soy de Argamasilla—en mi pueblo, lo saben hasta los pájaros.

—Y en Asturias—manifestó don Andrés—hasta las chinches.

—Eso será un desir—manifestó Arsenio.—Porque las chinches y los pájaros... ¡Vaya,

que ni ar demonio se le ocurre semejante esageración!

«Virutas» sonrióse con afabilidad, creyendo que bromeaba, y llamó al boticario.

—Amigo Becerril, ¿como es?

«Olas que al llegar»....

Desafinaba, y el niño, enrojeciendo de júbilo, le corrigió:

—No, Muñosito, fíjese...

«Oooo... las que al llegar,
pañideras muriendo á tus pies...»

Pura caíase de sueño, y para que no la rindiera el zumbido dulzón de la guitarra, despidióse lo mejor que supo.

Luis y don Juan, llevando á las niñas, dejaron al matrimonio en su tienda, y aún no se había extinguido el rumor de sus pasos cuando González, tembloroso, lívido de rabia, comenzó á desbarrar.

—Estarás contenta, pichona.

—Lo estoy.

—¡Claro! Ya lo desía yo. En no teniendo dignidá...

—Pero, ¿qué pasa? ¿A qué viene ahora?...

—¡Mira, no levantes la voz, porque me siego y!...

Completó la amenaza con un par de mo-

rocadas al aire, brincando como un borrego loco, y se apartó con desdeñosa huraña de su mujer.

—¡Quita sorra!

—¡Pero, Senio, entrañitas, por Dios!... ¿Por qué eres así?

—¡Por qué eres así!... ¿Y la vergüenza, mula? ¡Qué pasa!... ¿No me insurtó esa privá de la nues? ¿Y no s'ha burlao de mí ese cochinaso der cura?... Por supuesto, que no le sacudí un capón en la coroniya por respeto á doña Carmen... Mir'usté, ¡riñones!, que lo de los pájaros que saben música... Pos ¿y el otro con las chinches?... ¿Se creerán que yo me chupo er deo? ¡Por vía der palomo sagrao!...

Barbotando atrocidades dejóse caer sober un colchón, y ordenó á Pura que le imitase. Ella mató la luz y acostóse vestida.

—¿No te desnudas?

—¡Si quieres!... Pero aquí, ya ves tú, el lienso se rompe d'un tijeretaso. Mañana, poniendo el forro...

Arsenio revolvíase iracundo, conteniéndose para no envedijarse en una discusión; pero vencida la prudencia por la acometividad, se incorporó de un bote.

—¡Escucha!—berreó, mordiendo las palabras.—¿T'has empeñado en que te caliente, salerosa?

—¿Yo?

—¿Va á entrar alguien, burrasa? ¿No de-

fenderían nuestra honra y nuestro dinero pa que nosotros... ercétera?

—Bien; pero yo no estoy acostumbrada...

—¡Ah, la señora archipámpana!... ¡Pos no es ná, ni gasta ringorrangos su mersé! ¿Y los pajes? ¿S'han quedao en la galera?

Se bataneó sañudamente las costillas para desahogarse, y abandonando el tono irónico articuló una recomendación:

—¡Duérmete, Pura! Te conviene, pimpoyo. ¡Duérmete!

La hembra, acostumbrada á soportar el genio de su tirano, ni chistó siquiera. Mas encalabrinóse con los sucesos del día, y una fiebre de crítica que estudiaba menudencias, clasificándolas y eslabonándolas, ahuyentó al sueño de sus párpados. El mar, grande, sí, señora—ella no pretendía disminuir su mérito,—no tenía el grandor desmesurado que la anonadó en sus pesadillas. Antes de verlo, Pura se lo había figurado azul como el manto de una Purísima, lleno de buques que navegaban en hileras, siguiendo igual que los burros de los arrieros, á los vapores livianos que marcaban el camino... Y su decepción al contemplarlo desde un monte, verdoso como la piel de un lagarto, sin buques, con dos ó tres barquichuelas de bazar y cerrado á la derecha por una faja de rocas, fué aplastante. Quitando la playa y un cacho de coto y unas «legüecitas» de maris-

ma—pensaba—quedaría mejor... Pues ¿y el pueblo? ¿Y el pueblo con su iglesia de tela, y sus barracas de matojos, y sus tiendas de lona? ¿Qué ocultaría allí una mujer, si agujereaba un pillete el tabique de su cuarto? ¿Y las misas? ¿Revestíase el cura del «Vals de las olas» ó se presentaba de taparrabo y casulla?... Al infeliz Palomino le dedicó un recuerdo.

¡Les odiaría de un modo!... ¡Virgen, responder á una broma con una brutalidad!... Y lo de los gatos haría reír á un muerto. Sí, damitas escuchimizadas, ¡tierra sobre la podredumbre!... En Luis no quería pensar. ¿Quién se hubiese imaginado al amigote de Enrique, modosito, barbiponiente, endeblucho, con aquellas espaldas de cargador y aquel bigote rabitieso?... Que sería como la seda: fino, fino, fino... ¡Y el mozo la miraba con una insistencia!... Pero ya podía arregangarse el bigotín, que mientras alentasen sus gurripatos, Arsenio estaría libre de las molestias del desmogue. Y eso que su marido... Volvióse hacia donde roncaba y le condenó en una frase:

—Arsenio, Senito, eres un caribe.

Sonaron, lánguidas, unas campanadas. Un piano desgranó en el silencio de la noche los suspiros de un aria sentimental, y luego una voz de barítono, recia y vibrante, elevóse como una espada de luz entre las ti-

nieblas, y sacudió los corazones y despertó los ideales dormidos. Del mar partían chasquidos secos, sollozos musicales, trallazos líquidos, y Pura, arrullada por el gorgoriteo del monstruo, perdió el hilo de sus pensamientos y quedóse traspuesta.

III

Al alba llegó la galera. Las niñas abrazáronse á la criada como si hubiese corrido espantables riesgos, y Pura la felicitó.

—¡Ay, qué montes, hija! Cuenta. ¿Cómo lo han pasado ustedes?

—Sin dormí, sin pegar los ojos un minuto. ¡Más griyos en aquer piná, señorita!... ¡Huy, qué de griyos!... Y er nene, ¿rebusnó ayé?

—¡Y en la fonda nada menos! ¡Si lo hubieras visto, Rosario!... ¡Angelito!

—¡Si es un serafín!... ¡Si eso es lo más mono que ha parío madre!

Un resplandor azulado brotó detrás de los pinares, y rápidamente fueron blanqueando la arena y el mar. Los carreteros comenzaron la descarga, y una hora después, vestida la tienda con su lanilla obscura para que, al encenderse las luces no se transformara en farol, reclinábase el amo en una mecedora flamante, mientras la dueña completaba con los últimos toques la instalación y

extraía las ropitas lujosas de los tripones excusabarajas, y abría el arcón de los comestibles, dividido en casilleros y cajones, y libraba de sus grilletes de tomiza al averío condenado á perecer.

Dos criaditas pasaron braceando orgullosas de sus rígidos bañadores de bayeta purpúrea, y hundiéronse en el agua con temor voluptuoso. Se abrieron puertas y se alzaron cortinas, y armó su tenderete el panadero, y varó la barca de Sanlúcar llena de frescas vituallas, y los hortelanos pregonaron sus verdes mercancías, y el carnicero afiló sus cuchillos, y las beatas pedigüeñas, recatándose bajo la albura de los griñones, principiaron su labor...

Había gente en la fonda y se marchó Arsenio, leyéndole antes la cartilla á la muchacha.

—Mucho orden, Rosario. Aquí todos somos personas desentísimas, y no consiento gritos, ni siyeterías, ni escándalos. ¡Ojo!

A las siete, algo animadillo, charlando por los codos y tropezando más que nunca, regresó con Luis, don Teodoro y el boticario, y con un tremor en las manos de malísimo agujero, pidió el aguardiente y las tortas.

—Avívate, Pura, que venimos deshambrios y vamos á caducar de sé.

El viejo y Becerril hablaban de un ena-

morado que se suicidó en la playa, salpicando de sesos á los bañistas, juzgándole de muy diverso modo. El farmacéutico, apoyado por González, le condenaba.

—Lo que usted oye, señor mío: un loco de atar. Pues qué: acaso un cuerdo ¿se mata por una hembra? ¿No hay mil que digan sí, por una que diga no? ¡Jinójoles!

—Bueno—argüía don Teodoro;—pero si esa que dise «sí» no es nuestra media naranja...

—Pues se queda uno descabalado.

—El que pueda—dijo gravemente Luis.

—Podemos todos—afirmó el ninfo.

—Una mujer—añadió Arsenio—no vale ni la recortaura d'una uña.

—¡Gracias, marido!—exclamó Purita.

—Sin gracias; es la verdá. Compárenla ustedes con una cochina... Pos una cochina no enrea, no es alabansiosa, no se conchaba con sus amistades por jeringar á su verraco, engorda con lo que tira usté... y luego, usté aprovecha los esperdisios que la dió, comiéndosela enterita. En cambio, una mujer murmura, chismorrea, se traga la biblia... y ¡vaya usté á cobrarse!

—Usté es un filósofo. Yo—insinuó Luis—por algunas mujeres, por sierta mujer, vendería mi salvación eterna.

—¿Irás tú á matarte como el otro, por riosiyoy por lila?—preguntó Becerril.

Hermida negó con un gesto. No, él esperaba confiado.

—Y ¿quién es la novia?—interrogó Pura.

—No es novia.

—Entonces...

—Es una hembra que yo quiero hase...
qué sé yo cuántos años.

—¿Y eya?...

—Eya no lo sabe.

—Pero...

—Lo sabrá.

—Sortera... naturalmente.

—No.

—¡Ay, Luis, Luis!

Volteó la esquila, y don Isidoro, Carmen y la de Garcés invadieron la tienda. Carrascosa se maravilló de la prontitud con que se habían instalado, y las damas encarecieron la solidez y elegancia de los muebles, casi todos sin estrenar. La de Hermida resistióse á beber; pero doña Salud, que rezumaba á chorros, la emprendió con el aguardiente, vaciando á gargantada limpia las copas. Volvió á llamar el esquilón; cruzaron niños emperejilados y mamás severamente vestidas, y Pura y sus amigos engrosaron la corriente que iba á desaguar y á empantanarse junto á la capilla.

—*In nomini Patris, et Filii...*

Elcelebrante era «Virutas», y aunque no se presentó ceñido por el taparrabo—lo que en

cierto modo garantizaba su pía seriedad—Pura estuvo inquieta, temiendo que, por equivocación, en vez de un devoto *Dominus vobiscum*, lanzase un alegre gorgorito:

—«Oooo...las que al llegar...»

Terminada la misa aproximáronse á Carmen las espátulas narigudas—María Josefa, María Antonia y María Jesús—que se comían á Luis con los ojos, y Carrascosa invitó á los reunidos.

En la diafanidad luminosa del cielo, de un azul casi áureo, el rojo sol de Agosto, el sol de la fiebre y la sed, disparaba sus centellas plúmbeas, y la arena y los juncos adquirirían un matiz gualdo, y una opacidad ambarina las aguas, y un suave tono de encaje antiguo las espumas.

Caminaban en fila, aprovechando la sombra proyectada por las tiendas. Purita iba la última, y Luis se acercó á ella rumiando un pretexto para entablar conversación.

—¿La cansa el nene? ¿Quiere usted?...

--No, hijo; gracias. ¡No faltaba más! Ande, ande con las mositas.

—¿Le molesto?—dijo con tristeza Luis.

—¿Molestarme? ¿Por qué?

—¡Cuando me despide!...

—Es que... Vamos, con franquesa, Luis... No, no m'atrevo.

—¿A qué? ¡Atrévase, criatura!

—Pos... una curiosidad: ¿Es alguna de las

tres Marías la que le hase á usted tilín? Lo pregunto porque, ya usted lo sabe: el onseno, no estorbá. ¿Es arguna?

—Son solteras.

—Sierto, hijo. ¡Qué memoria!

—Y feas. La que yo quiero... ¿Usted se ha fijao en la Purísima de Murillo?

—¡Cay' usted, hereje...! Y casada... ¿No le da á usted miedo del infierno?

—Con eya, el infierno es la gloria. Y sin eya... ¡Ay, si le aconsejase usted que me mirase con caridá!...

—Pero yo ¿la conosco? ¿Quién es? ¿Cómo se yama?

—Se yama Pura. Es usted misma.

Sorprendida por la osada declaración, retrocedió con viveza y detúvose unos segundos examinándole.

—¿Qué ha dicho usted, Hermida?

Inquieta, indecisa, con prudencia cautelosa, intentó bromear, protestando risueñamente; pero había en el gesto del mozo tan enérgico deseo, tan punzante súplica, y resplandecía su mirada con tan lascivo ardor, que, ruborizándose, le suplicó que la respetara.

—Caye usted, Luis. ¡Por lo que más quiera!

Su debilidad animó al galán, que avanzó exaltado, queriendo dominarla, seguro de que la pasión de sus frases la domeñaría, y

entonces despertó en ella la mujer del pueblo con sus desgarros y sus bravuras.

—¡Apártes' usté, «sinvergonsón!»

En la choza de Carmen se tranquilizó. Luis, como si se hubiese librado de un enorme peso, galanteaba á las narigonas, jurando que no se casaba con ninguna porque no podía casarse con las tres; burlábase de su cuñado y engreía con sus piropos á doña Salud; y viéndole tan sereno después de la borrasca, hasta llegó á sospechar que hubiera urdido, Dios sabría con qué fines, una indigna comedia. «¿Se habrá chungueado conmigo para contar el paso y que me tomen por tonta?» Con tal suposición cerrábase la herida abierta en su decoro; mas sollispábase de nuevo y, abierta otra vez, volvía á sangrar: «Miren que el de los bigotillos atreverse...» Y reconstruía con delectación la escena. Durante un buen rato hizo lo posible por entrístecerse. «¡Jinojo! Proponerle á una casada... ¿Por quién la habría tomado el muy títere!» Pero no lo consiguió; y para no avergonzarse de su alegría, firmó un pacto con su conciencia. «Ahora, diviértete sin penas, que á eso has venido; y si el tenorio insiste...» ¿Qué haría? ¿Denunciarle para que Arsenio le embistiera—es decir, embestirle, no—; para que Arsenio le agrediera, y para que él, ni corto ni perezoso, le tumbara de un tiro?... Y veíase desmelenada ante el ca-

dáver sangriento de su esposo, en cuyas pupilas habíase cuajado la imagen de su matador, y oía el llanto de las pequeñas y los rebuznitos del chiquitín. «¡No, mi alma; no rebuznes, que ya no tienes padre!»

Una pregunta de la de Garcés la volvió á la realidad.

—¿No escuchó usted anoche á Hermida?

—¿Anoche?... ¡Ah! ¿Fué usted el que pasó cantando? Muy bien.

Arsenio, aunque no le había oído, asintió:

—¡Superiorísimo! Cosa de teatro. Yo también...

—¿También canta?

—Eso disen.

—Pues entonces le aplaudiremos en mí chosa—exclamó doña Salud.—Hoy invito yo.

—Y nosotros mañana—repuso González.—Conque á ver quien se luse.

La de Garcés recibió sin pestañear la impertinencia, y las Marías clavaron en Luis sus ojos escandalizados, pidiéndole que castigase al gañán; pero Luis le abrazó, y entonces ardieron arreboladas las mejillas de Pura...

IV

A los quince días los niños empezaron á embarnecer. El pequeñín, el pollito culón, como decía Pura, no renunció á la teta, go-

losina exquisita; pero la tomaba de postre, luego de haberse atiborrado de manjares succulentos. Las nenas cogían caracoles y desenterraban coquinas ó vigilaban á los gallos para oxearlos é impedir que asaltasen á los valientes peloteros y se engulleran su horrible carga.

Pura, molesta al principio, habituóse á vivir entre sus paredes de lienzo, y acabó por encontrarlas tan sólidas para la defensa como los más fornidos muros é infinitamente mejores para la comodidad y el regalo del cuerpo. Al acostarse la acariciaba el estruendo de la sinfonía estival y adormeciábase invadida por muelles sensaciones. Los grillos algareaban, pautando con sus uñas la arena; el mar gemía la blanda canción de las horas de calma; los buhos siseaban solemnes, siguiendo el luminoso vuelo de las luciérnagas, y la ronca del gamo y el gañir del can se fundían con el estridor de los élitros vibrantes. Con la aurora despertábase el averio, y escalaba aleteando el techo de cinc, y desperazábanse las gordas gallipavas y las esbeltas pollitas, y clarineaban los machos pendencieros... Luego el orto del sol empalidecía las nubes y salpicaba de nieve las crestas movedizas de las olas.

Arsenio se domesticó un poco. Las simpatías de su mujer servíanle de escudo, y el agrado con que le trataban grujió las aspe-

rezas de su carácter desapacible, forjado rudamente por la soledad. Aficionóse al vi-siteo y á la parola, y el roce con gente avis-pada pulió de tal modo su espíritu, que logró conocer el sentido figurado de algunas frases, y distinguir de una verdad un embele-co, y apreciar una descripción humorística, y contrastar el valor de un aserto cómico. Esta mudanza, en parte, fué obra de la dis-creción y la prudencia de sus relaciones, que, escarmentadas, suprimían las bromas y dulcificaban la maledicencia delante de él.

En dos semanas sólo había chocado con el clérigo.

—Oiga usted, señor cura—le dijo.—¿No aseguraba usted que el conde era tan tragón que se iba al coto á embaular beyotas entre los jabalíes? Pos no es cierto.

—¡Claro que no!—replicó «Virutas».

—¡Si ya lo sé! ¡Se lo he preguntao al mis-mo conde!

—¿Que usted?...

—Sí, yo.

—¡Bah! Usted se burla.

—El que se burla es usted, que m'ha tomao de pito, ¡so embustero!

«Virutas», poco sufrido y caliente de san-gre, alzó la mano, y sin la providencial me-diación de don Isidoro, que contuvo á Gon-zález, allí hubiera quedado deshecho.

Desde aquel día nadie cultivó la sátira ha-

blando con el palurdo, al que miraban, si no con respeto, con miedo y piedad. Por Luis, que sabía adularle, envolviendo en palabras carrasqueñas el elogio, y que le deslumbraba con su ostentación, sentía un profundo afecto. Admiraba su gentileza, su generosidad, su calma inalterable, la armonía de su voz, el desdén que le inspiraba el dinero y la facilidad con que lo recogía diariamente.

—En esta playa—decíale á su esposa— hay un macho, uno na más. Pero un macho tan machísimo, y tan largo, y tan cabal, que vale por siento.

—¿El conde?

—¡Qué conde ni qué rayo! Luis. Ahí donde tú lo ves, tan peinaito y tan oloroso com'un marica, tié un rejo y unos riñonazos que tiran d'espaldas, y una sabiduría que ya, ya.

—¿Ese?

—Ese, que se pudrirá de rico. Y sin carrera ni arte. ¡Con sus puños! Echando cartas ensima d'una mesa y tirando la boliya de la ruleta... ¿Quiés ofisio más descansao?

—¡Ah! ¿Conque es jugadó?

—El que toma la fonda. Don Andrés er Santanderino, su aparsero, y él, son los amos; pagan unos ayudantes que se llaman «crupieres»... ¡y á cosechá miyones!

—¿Y si no ganan, Senio?

—Ganan siempre. Tienen pa'resistí, y ya

lo resa er refrán: «De Enero á Enero...» er sétera. Más de tres mir duros han metío en caja.

Hermida, como si hubiese olvidado el castigo que Pura le infligió, tratábala con naturalidad perfecta, y era el primero en celebrar sus gracias y el que más orgulloso mostrábase de su intimidad. Bonachón, servicial y cariñoso, nunca aludió á su fracasada aventura; pero, en ciertos momentos, observándola, acentuábase la palidez de su semblante, y un mordisco iracundo hacía blanquear sus labios bajo el dosel del bigote.

Reuníanse en la tienda de doña Cruz. Al oscurecer, las mocitas que habían ido á las ruinas de la torre para coleccionar conchas nacaradas, y las matronas que siguieron en sus excursiones por los cerrillos arenosos á la gente menuda cogiendo retamas y lirios, pedíanle hospitalidad. Los caballeros tomaban café en el fonducho y no acudían hasta las once. Y mientras, las señoras, libres de su fiscalización, discutían los temas escabrosos que alborotaban á la comunidad y ponían á guisa de epílogo un comentario acedo, condenador ó indulgente, á los escándalos que rompían la tediosa igualdad de sus horas. La visita de un par de pelanduscas que llegaron custodiadas por un faaute de la dueña, inspiró diatribas sañudas y sermones elocuentès. Las dos pájaras,

oprimidos los pechos y ceñidas las caderas por trajes de punto, que, al enhestar flacideces, herían á la moral con más violencia que la misma desnudez, bañáronse, ahuyentando con su impudor cínico á los curiosos. Después, con unos indecentones que aplaudieron la hazaña, refugiáronse en la zahurda de Bautista, y durante un día sonó el cerreo de las guitarras y el tintineo del cristal... Y cuando sucias, desmayadas, oliendo á heces, las depositaron en su barquilla y batieron el agua los remos, despidiólas el curita, edificando á las buenas cristianas con su admirable exaltación:

—¡Evohé!... ¡Evohé!... ¡Eyohé!...

¡Anda, que bien condenadas iban las farotonas!

Con la presencia de los hombres animábase la tertulia. A veces, alguno, para solemnizar su suerte en el tresillo ó cualquiera otro suceso favorable, enviaba por el Jerez y los pasteles recién comprados en Sevilla, y los demás, ardiendo en noble emulación, le imitaban entusiasmados, y las mesas de doña Cruz hundíanse abarrotadas de jamones extremeños, cofines de frutas, tarros de compota, aves asadas, lenguas con sus dulces albardillas rubias, empanadas, quesos, botellas... Entraban en la tienda, encendíanse las luces, se abría el piano, y los cantantes escombraban, dispuestos á

lanzar tremendos berridos ó suspirillos conmovedores; los agudos prensábanse el ingenio para que destilase invenciones donairo-sas; los lerdos se amustiaban, convencidos de su torpeza, y las muchachas, con una jocundidad explosiva, reían sin saber por qué.

María Jesús, que empuñaba el cetro del flamenquismo entre el señorío, empezaba siempre el festín con una malagueña:

—¡Ay!... ¡ay!... ¡ayayayá!... ¡yayayáy!...

La queja sensual enardecía á los hombres, y, colorados, nerviosos, gritaban hasta enronquecer.

—«Ya se me muuu... rió mi madre,
ya se me muuu... rió mi madre...»

—¡Pobresita!

—¡Lástima de niña, que s'ha quedao sin madre!

—«¡Qué doló deee... madre mía!»

—¡Qué doló!

—¡Vamos á quererla!

—«¿Dónde encontrareeé otra prenda como la que yo tenía?»

—¿Dónde la va á encontrá?

— «¡Cómo la que yo tenía!»

El calderón final apagábase entre espantosos alaridos.

—¡Olé!

—¡D'aquí ar sielo!

—¡Chóquela usté, comadre, que tié usté en la garganta toa la melodía del globo!

En cuanto cesaban los aplausos, Antoñito daba su golpe.

—Ea, atención, cabayeros, que va á quedá Juan Breva á la altura del betún.

—Formalidá — recomendábanle sus primas.—No seas malo.

Y el zangón, después de bramar el «¡ay!» fúnebre de la salida, atiplaba la voz y regocijaba al concurso con una payasada:

—«*Venir* y vamos todos
con flores á porfía...»

Aunque esperaban la agudeza, repetida centenares de noches con inverosímil candor, las damas se reían locamente. Aquel Antoñito era lo más tunantazo... En el baile triunfaban sus gambetas, más ágiles que garbosas, y en los «trabalenguas» no tenía rival.

—Mercedes, ¿aprendió usté lo de la perra, la parra y la porra?

—Si lo oigo, me parese...

—Ahora «mismito». Atención. «El tío Guerra tiene una perra y el tío Porra tiene una parra. La perra de Guerra se subió á la pa-

rra de Porra. —Señó Guerra, ¿por qué le pega usted con la porra á la perra?—Si la perra de Guerra no se hubiera subido á la parra de Porra, señó Guerra no le pegaría con la porra á la perra.»

Mercedes decía bien las primeras palabras; más al llegar al pedregoso diálogo de señor Guerra y tío Porra, se trabucaban y enredaban de tal modo en su boquita los nombres, que era la parra la que se subía á la porra, y la perra la que le pegaba al señor Guerra, no con la porra sino con la parra.

Palomino, generoso, cortaba las vayas, disculpando gentilmente á la señorita.

—Es muy difísil, señores. Quisá el «trabalenguas» más difísil. ¿S'atreve usted con él, Purita?

—¡Ay, yo no!

—Bueno. Uno sensiyo.

—El der cubo—pedían los maliciosos.

Y Palomino lo recitaba despacio, cuatro ó cinco veces, dirigiéndose á la víctima.

—«Fuí á casa de mi tío, el cubero, para que á mi cubo le pusiera un seyo. En el cubo, alrededor del cubo y en medio del cubo le planté un clavé; y con el mojo del ojo del cubo no pudo cresé.»

En los labios de Pura no era el «mojo» del ojo del cubo lo que impedía crecer á la flor, y el *lapsus* originaba risas inacabables.

Después de cenar, tocaba Mercedes la famosísima gavota «Estefanía», destrozaban las niñas cualquier coro, y el médico y doña Salud cantaban «su» duo. Sin el duo, sin los paseitos sandungueros de don Isidoro y los quiebros de la de Garcés, no había fiesta completa.

—¿Estamos, salerosa?

—Estamos, emperadó.

Y el viejo, arremangándose la cazadora y braceando, berreaba:

—«A salir el toro tocan,
el chiquero se abre ya...»

Doña Salud agitaba el pericón como un capote y respondía:

—«¡Páralo ahí, Joseliyo;
páralo ahí; güeno va!»

—¡Vaya un bicho, cabayeros!»

Exclamaba Carrascosa con un bufo temblor en las pantorrillas.

Y su compañera enarcaba las cejas, maravillada:

—«¡Qué poer y qué cornás!»

Lo más chusco era la indignación de Becerril, que se encolerizaba viendo á la pobre

doña Salud tirar cornaditas al aire como una vaca mocha.

—¡Pero esa viejarranca, señores!...

Hasta que lo ridículo cedía el paso á lo sublime, y entonces, engallado, resplandeciente, el farmacéutico asordaba con sus agudos de capón:

—«Una góndola fuéeee mi cuna,
el Adriático méeee... arruyó,
y sin miedo ni péeee-na alguna,
mi tranquila niñez pasó».

V

Arsenio pensaba dar un banquete en honor de Luis, el día de su santo; pero el capataz de la finca que administraba escribióle participándole que su protector y jefe estaba enfermo de cuidado, y anticipó el ágape para agasajar al amigo antes de irse al pueblo. La dolencia—una fiebre gástrica—no le alarmó, y seguro de que el achaque sería vencido por la fortaleza del paciente, casi se alegró del contratiempo, puesto que le deparaba una ocasión para demostrarle su cariño al buen caballero que le favorecía.

Sentáronse á la mesa con el matrimonio, y Hermida, Carmen, Carrascosa, las tres Marías, doña Salud, don Teodoro, Antoñi-

to—con quien se había reconciliado González,—«Virutas» y Becerril. Las nenas comieron en la cocina, y Pura, indultada de las impertinencias infantiles, confiada en Rosario y con un auxiliar listísimo—el jorgolín del jugador—apenas tuvo que levantarse para atender á sus invitados.

La comida, sin refinamientos culinarios, sencilla, sólida y profusamente rociada con un vinillo rojal de clara estirpe sanluqueña, proporcionó á Pura la mayor de las satisfacciones, porque los comensales tragarón como ogros y dividiéronse en bandos al apreciar el aderezo de las viandas. Y así, mientras declaraban las narigudas que las friturillas de sesos no tenían rival, y Carmen decidíase por el estofado, y Luis por el arroz, el cura, relamiéndose, votaba por la pepitoria, y Becerril y don Isidoro, chupándose los dedos, defendían la salsa sabrosísima de los calamares. Arreció la pelea al servir Rosario los postres; pero una fuente descomunal de natillas que presentó Pura, los puso á todos de acuerdo, y al ver las iniciales del obsequiado, trazadas con finísimo polvo de canela, sobre una mágica palabra, «Amistad», estalló un formidable aplauso.

—¡Bravo! Eso es delicadeza—gritó «Virutas.»

—¡Y corasón!—agregó Antonio.—¿Dónde me deja usted el corasón, señor mío?

Doña Salud dió un cogotazo maternal á Luis, y emocionada abrazó á la artista; las Mariás se conmovieron, y González, devorando media inicial, confesó que su mujer no era una bestia.

Tomaron el café al aire libre. Hundíase el sol, ensangrentando las aguas y el cielo, y un olor trasminante á resina y sal difluíase por el ambiente. La placidez de la digestión comenzada alcorzó á «Virutas» que, aunque enemigo jurado de inútiles blandenguerías, compuso un evangélico sermoncillo, inspirado por el lento navegar de una barca de pesca.

—¡Aprendan ustedes!—terminó—¡Tantos sufrimientos y peligros para adquirir un triste mendrugo!

Don Isidoro protestó en nombre de la burguesía, esgrimiendo los más vulgares tópicos del egoísmo.

—¿Y nosotros, caráfilis? ¿No arrostramos peligros después de habernos liquidado la moyera sobre montañas de librotes?... ¡Caráfilis, míreme usted sin un pelo en la flor de la edad! Y no me quejo, señor.

—En el mundo—agregó filosóficamente Palomino—cada criatura nase con su puesto señalado. Esos pescadores, que son unos brutos—no quiero injurioslos—pescan; y usted, cura; y don Anastasio, cantan sus misas; y yo defiende mis pleitos...

—¿Y don Teodoro?—preguntó Carmen, burlonamente.—¿Hase algo?

—Don Teodoro—repuso el agredido—descansa. Y meresiéndolo, hijita mía. Porque don Teodoro, ese ricacho comodón, ha recogido estiércol en las carreteras, y ha sudado en Cuba más que sien negros, y todavía recuerda lo que es no comer teniendo hambre.

—¡Jesús!—exclamó Pura, impresionada.

—Sí, todos padecemos—afirmó el curita.

La réplica de don Teodoro enterneció á las mujeres, y los hombres, envidiando la victoria del viejo, diéronse á imaginar historietas dramáticas que pudieran relacionarse con su vida. Antoñito aseguró que también conocía por experiencia los tormentos de la gazuza, y contó un episodio inverosímil; «Virutas» declaró que había cursado la carrera siendo seminarista y fámulo al mismo tiempo, y don Isidoro hilvanó unas repugnantes aventurillas de hospital, que á él le parecían trágicas. González, para no ser apabullado por la franqueza de sus amigos, rasgó el telón que ocultaba su existencia, con gentil desenvoltura.

—Pues yo, cabayeros, ni he lidiao con cáveres, ni m'he quedao con las tripas vacías; pero en el aquel del sufrir, echen ustedes y no se derramen. Porque hay cosas que, ¡vamos!, ni en las novelas.

Interesó el proemio, y González fué escuchado con una atención religiosa.

—«Desirme»—prosiguió en tono confidencial:—eso de que el padre de uno crea que no es el padre de uno y quiera matarle á uno, ¿se vé todos los días? Pos mi padre, que estará en los profundos infiernos, y ayí se pué jorobar, me cogió por las piernas cuando no había cumplido siete meses y ¡pun! á la atmósfera. Si no es por un montón de pajotes, espicho.

—Sierto—aseveró don Teodoro.

—¡Y luego!... De veras: no m'he divertío mucho. Mi juventú, en el campo—en la casiya que nos dejó aquel hombre,—yendo á la escuela toas las mañanas y á misa los domingos. Juergas, pocas; dinero, ninguno... Y á los veinte años se me vá la madre, y en el entierro, un señor que se me arrima y me dise: «Tenemos que hablar». Era la suerte...

—¿Cómo?—interrogó Carmen.—Aquel señor...

—Don José Linero. Me compró la casiya y me hiso administrador de su hacienda.

—¿Y eso?

—Por su parentesco con mi madre, por simpatías..., qué sé yo por qué. La suerte.

Aclaró aquel punto con prolijas explicaciones, y narró sus cuitas de soltero campesino, preocupado siempre por la idea de la mujer y sin habilidad ni valor para conquis-

tarla, y al hablar de su casamiento intervino Pura.

—¡De eso no te quejarás, sorro!

No se quejaba, porque su mujer, sin méritos para que la beatificasen, competía en bondad con las criaturas más netas de corazón y más simples de intelecto. Pero si él nada podía referir, no le ocurría lo mismo á Pura. Le retozaban en el alma mil pícaras memorias de sustiempos de amor, y apoderóse de ella un irrefrenable deseo de resucitar lo pasado.

—¿A que no asiertan ustedes cómo me pretendió mi Senio?... Pues... ¡Ay, si éste es más raro!...

—¡Eh, tú!--gruñó el marido.—Pocas pampinas.

—¡Que hable! ¡No faltaba más!--gritó doña Salud apoyada por las narigudas.

—¡Anda, muchacha!--dijo Carmen.—Si se molesta, peor para él. ¡Estos tiranios!...

Pura vió sonriente á su esposo, y envalentonada por el vino y el poquitín de cognac, se decidió:

—Pues... no te enfades, Senio... Pues... verán ustedes. Mi marido, que tomaba el pendingue al oír el «Itemisae», en cuanto se enamoró, hijas mías, empezó á darse unos plantones en el porche y unos paseos por la plasa capases de rendir á un potro. Pues señor, que nosotras, las sorteras, pensamos:

«Ese pes ha mordido». Pero ¿en qué ansuelo? Porque él paseaba y se ponía claveles en el oja...

—¡Mentira! —interrumpió Arsenio.—¡Yo, claveles!

—Bueno; una sola ves.

—¡Se ponía claveles! —repitió Hermida riéndose.—Y ¿qué más?

—Pues que pa él como si no existiéramos las mosas, porque no quitaba los ojos de la veleta. Y claro, la güasa naturá: «Fulanita, ¿te ha convidaao la torre?» «¿Convidá?» «¡Como se casa!» «¿La torre?» «Sí, la torre. ¿No l' ha salido un novio?» Pues ni por esas. El, anda que te anda y cavila que te cavila, más cayao que un muerto.

—¡No, que iba á «bainear» este cura! —gritó González.

—¡Silensio! —ordenaron las damas.

—Una mañana..., ¿t'acuerdas, Senio?... Una mañana mi madre—Dios la haya perdonado—se despatarró al salir de misa, y como la infelis estaba «hechita» un toné, bregaba yo por levantarla, cuando me la veo enderesarse como isá por una grúa y me encuentro con su mersé á la vera. «Agradesco mucho...» «¡No hay de qué!» Y salió pitando com'un rejilete. Pero al otro día, estupefacción: el novio de la torre que se cuela en mi casa. «¿Cómo está la enferma?» «¡Si no está enferma, ni lo permita el Artísimo!»

Se cayó y se fué. Y á la tarde siguiente, otra te pego: «¿Y la enferma?» «Bien; sin enfermedadá». Y una semana después, y un mes, y dos meses, y tres meses después, idéntica pregunta: «¿Y la enferma?» Y yo: «¡Si no hay enfermedadá!» Hasta que un día, harta de verle huir más colorao que un pavo, díjele: «¿Cuál es su gracia, amigo?» «Arsenio González.» «Y ¿qué busca usted aquí?» Y con más miedo que si yo fuera el verdugo, va y me suelta la preguntita. «¡Ah! ¿Pero es que usted s' ha empeñado en que enferme mi madre?» ¡Jopo! No volvió. Y ahora yega lo bueno: me solisitaba un muchacho; se enteraba el hombre de la torre y, ¿qué se imagina usted que hasía, Luis?

—No asierto—respondió el interrogado.

—¿Qué hasías, Senito?

—¡Toma!—repuso.—¡Pegarle!

—Ya lo oye usted. Sin un insulto, sin una provocación... «¿Es usted Sutanito?» «¡Sí!» ¡Pum!...

—¡Naturalmente!—refunfuñó Arsenio.

—A la cuarta palisa me habló D. José, nos casamos, y «aquí pas y después gloria».

—Yo era muy corita—repuso González—. Pero, viviendo entre ensinas y lobos, Señor mío Jesucristo, ¿quién es er guapo que se aserca á una mujer? Y ¿quién domina los requilorios der saludo fino y de la palabrita melosa?... Yo, no. Pa mí esas filigranas son

letra muerta. Y no por brutalidad, ¡cuidado!, que más torpes que yo los hay detrás de cada esquina, aunque no aquí, en este cogoyito de la elegancia, sino por farta de costumbre.

Aplaudióse la sencillez y la modestia del anfitrión, y éste, animado, se lanzó por el sendero escabroso de las grandes confesiones. El era un pobretoncillo: dos mil pesetas de sueldo y casa. Total, el pisto asegurado, manejándose con prudencia... ¿Baños? ¡De pies y en un barreño! ¿Viajes? ¡Desde el caserío al pueblucho, y gracias! Pero una casualidad, es decir, un arranque del benditísimo don José... «Arsenio, ¿cómo lo pasas?» «Pchs... Vamos tirando.» «Es preciso que te avies. Siembra Biré por tu cuenta.» «Pero, ¿y el trigo, y las yuntas, y los jornales?» «Con lo que recojas me pagarás.» Y así lo hizo, y se embolsó mil duros como mil soles, y compró la tienda y los muebles, y allí estaba en medio del señorío, con una satisfacción, ¡me zullo en Cristina!...

La presencia de Manuel interrumpió el discurso.

—Qué, ¿traes carta, Manolito? Pura, «la» cognac para Manolito.

—Carta no traigo.

—¿Hay novedades? ¿Sigue mejor don José?

—Ya no está malo. Le entierran mañana. Fué un golpe horrible. Arsenio, alelado,

contraído el semblante por una mueca de angustia, masculló una maldición.

—¡La vara del Patriarca!...

Y en seguida, sin despedirse, loco de ansiedad, apartó de un manotón á doña Salud, montóse de un brinco en el mulo del cosa-rio y se perdió en las tinieblas.

VI

Pura, visitada frecuentemente por Carmen, la de Garcés y las narigudas, estuvo tres días sin salir. Al cuarto, en la hora plomiza de la siesta, una mano enjovellada alzó el telón y presentóse Luis.

—¿Qué tal, Purita? ¿Y ese diablo?

—No sé; no ha escrito... Asiento.

Los pequeños dormían. Un calor tórrido caldeaba el cinc de la techumbre, y los muebles crujían al dilatarse las maderas, y el lienzo estirábase requemado. En la playa, aplastada por la lumbre solar, sólo se oía el graznido clamoroso de las gaviotas.

—¿Y Carmen? ¿Echada?

—Sesteando... pesadiya... Parese que ahora se va á multiplicar el matrimonio. A la vejés, viruelas.

—¡Ah! ¿Sí?... Pero eya no es vieja, hombre de Dios.

Hermida afanóse por cimentar sobre el li-

viano tema una charla agradable; más, apenas iniciada, su interlocutora le cortó los vuelos.

—Bien, no hay que discutir; yo no deseo pelearme con usted ni de mentirijiyas.

Procuraba ocultar su inquietud fingiendo desparpajo, y Luis notó la maniobra.

—¿Qué tiene usted?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Eso me pregunto.

—Nada, hijo.

—No, está usted sobresaltada.

—¿Es usted el coco?

En el acento, más que en las palabras, vibraba cierto temor que no excluía la burla, y Hermida, comprendiendo la inutilidad de los prólogos, entró de lleno en el asunto.

—Pura... ¡usted no me quiere bien!

—Ni mal.

—¿Ni mal?

—Vamos, quererle, lo que se yama quererle, ni chispa. Estimarle, ¡qué sé yo!... Usted es amigo de mi esposo... y, al fin, una...

—¡Sí, yeva usted razón!—exclamó Luis interrumpiéndola.

—Entonces...

—Yo tengo que suplicarle á usted, de rodillas, que me perdone.

Por primera vez le hablaba de «aquello», de la bestial declaración. La hembra reconstruyó mentalmente la escena, y alucinada,

vióse junto á una choza, con su hijo en los brazos, asaeteada por unos ojos brunos, y sintió el mosconeo del miserable: «Se yama Pura. Es usted misma.»

—Yo me porté indignamente, infamemente. ¡Lo conosco! Y sin embargo...

—¡Ah! ¿Va usted á disculparse?

—¡Voy á disculparme, sí!—afirmó con soberbia.—Usted ¿sabe lo que es meterse un cariño en las entrañas?...

Pura se irritó.

—Pero ¿cómo ha brotado ese cariño? ¿En un segundo?

—¡Si es viejo! ¡Si yo me enamoré de usted hace ocho años, en casa de la maestra!... ¡Si he yorao yo por usted hasta que se me secaron los lagrimales!

—¡A otro perro, Luis! ¡Usted yorar!

—¿De manera que miento?

—No he dicho...

—Dígalo usted, y pégueme si se le antoja.

—Me podía lastimá. Y... ¡arto á la guardia!—añadió gravemente.—Si usted se encaprichó ó no se encaprichó...

—¡Me enamoré!

—Bueno; pues si usted se enamoró, chito. A mí no me importa esa desgrasia, que no puedo evitar, y le advierto, por si se le ha olvidao, que pasé ya por la iglesia y que mi marido disfruta de una salud bárbara.

—Y yo me alegro.

—¡Pues á cayar!

—¡Después de sinserarme!

—Como eso es imposible...

—¿Imposible? Escúcheme usté... Y por delante, la verdá: yo soy un cabayero; en algunas ocasiones, tal vez me siegue la pasión...

—Le siega, le siega, hijo.

—Pero en el fondo, créame usté, en el fondo, guardo la inosensia de un resién nasido.

—¡Y tan guardá! Porque antes que á ese fondo, se yega ar de un poso airón.

—¡Pura!

—¡Luis!

—No abuse usté de la desdicha...

—¡Tilín!.,. ¡Tilín!... ¿Una limosna pa un minero cojo?

—Conforme. Nos reiremos.

—Sí, más vale—afirmó ella con seriedad.—Yo no soy tan inosente como usté, porque yevo un ratito en este vaye de lágrimas. Y como adivino sus pensamientos...

Extendió el brazo hacia la puerta, y el galán alborotóse.

—¿Me echa usté?

—Mi esposo—dijo evadiendo la respuesta—no está aquí; la conversación le ofende... Así es...

—Pedir perdón, ¿es una ofensa?

—Sí, porque usté pide perdón para seguir ofendiéndole.

—¡Lo niego!

—¡Como si no lo negase usted! Y contésteme: ¿no es una viyanía intrigar contra un hombre confiao, más infelis que la infelidá misma?

—De acuerdo. Una viyanía.

—¡Hola!

—Pero yo, con tal de vivir...

De una garfada aborrascóse el cabello. Se levantó, y silencioso, ápretados los dientes, dió algunas vueltas como si madurase una resolución, y de súbito encajó la puertecilla y en dos trancos colocóse junto á Pura, impidiendo que huyese.

—¡Quieta!

—¿Qué es eso, Luis?...—murmuró espantada.—¿Se ha vuelto usted loco?

—¡Usted, usted me ha vuelto loco! ¡Maldita sea la hora en que la vi!

—¡Pero Hermida, por la Santa Virgen!

—¡Ni por Cristo, su hijo! ¡Ni por tos los santos de la corte selestial! ¿Va usted á quererme?

—Yo... le he dicho...

—¡No me ha dicho usted nada! Casorio, religión, honra... nada, no me importa nada. ¿Amistá? ¡Me río de la amistá, no hay amistá! ¡Y me río de ese idiota, y de sus valentías, y de la madre que lo parió, y en sus josicos la beso á usted, y le saco el alma á bocaos si me mira!

Un terror fascinante, que la paralizaba, que entorpecía sus sentidos, adueñóse de Pura. Percibía la respiración de las nenas, el canturreo de Rosario, la queja rítmica de unos pescadores que halaban del copo; veía las agujas de sol que atravesaban el lienzo; sentía ascender los gritos á su garganta y luchar en ella por hendir los aires; quería gritar, correr, defenderse; pero como si la aherrojara una pesadilla, permanecía muda é inmóvil ante el rostro desencajado de su amador.

Luis, con la voz enronquecida, repitió la pregunta:

—¿Sí, ó no?

«Rosario puede venir. ¡Si entrase alguno de esos pescadores!»—pensaba la hembra.

—¿Sí ó no?

Pasaron unos segundos. Una risilla irónica sacudió al tahir que, frío, calmoso, dominando sus nervios, llevóse la diestra al cinto y formuló una advertencia cortés:

—Salga, que quizá se manche de sesos.

Y al relucir, sombrío, el pavón del revólver, Pura recobró la palabra y el movimiento.

—¡Luis!... ¡Ay, Luis, Luis!...—gimió sujetándole.

—No... déjeme... si yo... ¿qué le importo yo?...

—¿No ha de importarme?

—¡Déjeme, Pura!...

—¡No le dejo!

Le abrazaba temblorosa, anhelante, con los ojos nublados, y él, creyéndola vencida, la estrechó contra su pecho, acariciándola frenéticamente.

—¡Pura, mi gloria!... ¡Tesoro mío!... Pero si estoy chalaito por esta divinidad de sintura y...

Ella tapóse las mejillas, sollamadas por un aliento de bestia en celo, y le repelió con vigoroso ímpetu; pero el macho, quemándose en las brasas de la lujuria, levantó el cuerpo de opulentísima y turbadora macidez y entróse en el dormitorio.

—¡Suelta, ladrón, maldito!

—¡Mi alma!...

Unos dedos epilépticos arrancaron presillas y rompieron ojales, y la sequedad de unos labios convulsos, hambrientos y salaces que se posaron en su frente y se durmieron en su boca y se desmayaron en la blancura nivea de su garganta, provocó un alarido de angustia.

—¡Rosario!

Aún luchaban cuando apareció la criada, que al ver á Pura debatiéndose entre los brazos del jugador, acometióle con brava.

—¡Guarro, hijo de sorra!

Las pequeñas despertaron.

—Mamá, ¿quién grita?

Y Luis salió tambaleándose como un ebrio, y desplomóse, sollozando, la mujer.

VII

Aquella misma noche retornó González. Mal humorado, fosco, ni preguntó por sus hijos, ni saludó á Pura.

—A comer.

—¿Vienes cansado, Senio?

—No. Yo soy de corcho—replicó sarcásticamente.—¿No lo sabes?

—¿Qué te pasa?

—Oye, Purita—dijo, cogiéndola por las muñecas y zamarreándola—oye, no me jeringues. Vengo cansao. ¿Estás ya contenta? Pues á comer. ¿Te digo más? Pues te digo que el arbañí que hiso el mundo se ha portao. Dedícale una novenita. Anda. «Padre nuestro, que...» ¡Que así me mate una senteya!

De improviso rompió á llorar con infinita angustia. A Pura le flaquearon las piernas y se apoyó en un mueble para no caer.

—¿Te han despedido?

No respondió. Toda la rudeza del asno travestido de tigre, licuábase ablandada por el infortunio, y su tronco potente estremeciase con el fluir y refluir de la pena, y sus

puños saltaban como pájaros agonizantes, y su pobre cabezota vacía amparábase entre los biceps de hierro, atribulada é irresoluta.

—¡Los niños! ¿Qué va á ser de los niños?

—Ya encontrarás. No te apures, hombre.

Pura, preocupada, herida por el atropello del tahur, reaccionó al recibir el nuevo golpe, y del propio desmayo extrajo fortaleza. La debilidad de su marido la amedrentó. Era indispensable reparar aquella energía vacilante evitando su total ruina, y aparentó una bizarra confianza.

—Al fin y al cabo, la arministración... nos daba el pan; pero tasadito y echando tú los bofes y asacaneando como un mártir. De modo que, mirando así las cosas... cualquier negocio, con menos trabajo, ha de producirte doble. Y sin responsabilidades, Senio.

—¡Toma!—gimió convencido.

—Y además, que por don José, el alma y el corasón y la vida; pero por el Linerito y doña Mohines... ¡lo que es yo!... Verás tú cómo te yaman los de Genil en cuanto se enteren de la trastada.

Le limpió los ojos aguanosos, le besó maternalmente, sacudiéndole palmaditas en la papada, como á un chico enfurruñado, y las caricias devolvieron al bruto su punzante rustiquez.

—Bueno. Basta de mariconerías.

—A senar. ¡Hay un poyo!...

—¿Dorao?

—Doraito. ¿A que no has probado en tó el día la grasia de Dios?—insinuó Pura.

—No.

—Y tirándote á matar, ¿qué consigues?
¡Ay, Senio, Senio!

—¡Los sifones del Pastó! ¿Qué dinero tienes?

—De eso te iba yo á hablar. Cuatrosientos reales en la cajita, y aquí... una, dos, seis pesetas.

—Y yo dosientos duros...

—¿Nos vamos?

La proposición sacó de quicio á González.

—¡Pero qué mula, qué mulísima eres, mujé! ¿Adónde? ¿A la cochitrina del pueblo? ¡No lo tumbara un terremoto!... Aquí, aquí, que hay gente gorda y de pasta, y pués alcansar un acomodo. Arrímate á quien te dé y no á quien te quite.

Cenó gargantuescamente: el pollo, unas lonchas de jamón y un dornajo de ensalada de pepino, y repapilándose con el último trozo de flan, se marchó á la fonda.

—Senio, mucho cuidado. No te confíes más que á las personas de confianza.

La recomendación de Pura le hizo escupir con desprecio. «¡Siyeterísimas mujeres! El iba á contarle sus desgracias á un desconocido, á un cualquiera... ¡Vamos, señor!...» En el fonducho tomaban café el conde, don

Teodoro, Antoñito y «Virutas», y bebían gaseosas el de la Cabuérniga y uno de sus dependientes. Y como todos eran de confianza, Arsenio se desahogó con tan amable compañía. El hospedero y otro bato de su laya también escucharon sus confidencias, y acabó por llamar á Becerril y á sus contertulios para exponerles el caso con enorme profusión de explicaciones y detalles.

—Ya no se trata de mí—decíales;—se trata de la justicia. Problema: el propietario don José Linero, ó el propietario A, «requiesca»; y el arministradó, Arsenio Gonsales, ó el arministradó B, visita...

—Al heredero H—apuntó el conde.

—Justo. Y ¿qué faena se carga el heredero H con el arministradó B?

—Perrisima, amigo. ¡Indesente!

—¡De serdo, mardita sea mi sombra!

A las once, desfilaron Becerril y sus amigos. Don Teodoro, sin administrador y con fincas, se deslizó sin mirarle. «Virutas» le invitó:

—¿Viene á la tertulia de doña Cruz?

—Luego.

Una matrona con trazas de campesina se asomó á la puerta gritando: «¡Juan!... ¡Juan!», y Bautista empuñó su cachiporra para ahuyentarla. Al fondo de la tienda, un vivo resplandor hacía amarillear el lienzo. Tintineaba la plata, y de vez en cuando el

estallido de una interjección destacábase vigoroso entre las frías voces de lostahures. «Entrés». »¿No va más?» «¡Juego!» Señoritos de aldea, burgueses, pelantrines, mohatrereros y sollastres, entraban remoloneando y salían entristecidos ó resplandecientes, con la color biliosa ó aborrachada.

A media noche, el Santanderino y su compañero sustituyeron á Luis. Hermida, un tanto receloso y hurgándose en el cinto, vió avanzar á González; pero el gesto del pobre diablo le tranquilizó, y le estrechó efusivamente las manazas.

—¡Luisito!

—¡Arsenio! ¿Y esa excursión?

—¡Cay'usté! Er prinsipio der fin. Pura... figúrese usté. Una «yantina» que me he pasao una hora consolándola... ¡Sesante, Luisito!

—¡Caray! ¡Por vida de!...

—¡Sesante y sesante y sesante! Y por ahí triyones de piyos con sus maníficas armistraciones empapujándose el buche y robando el copón... Y uno... en soledá...

—Eso es ofender, Arsenio. Yo soy amigo de usté; más amigo de lo que parese; y lo que usté neseseite...

—No, si yo...

—Pero seriamente. Yo no hablo por cumplir. Mi bolsiyo, mi casa, mis relaciones, de usté son.

—¡Luisito!

Conmovióse González y se le atascaron las palabras en la gorja.

—Usté... usté... es un hombre.

—El movimiento se demuestra andando... y ahora hablaremos. ¿Tiene usté prisa?

—Ninguna.

—Pues á estirar las piernas, que hay tela cortada pa charlar un semestre. ¡Bautista!

—Don Luis...

—Que nos avíen unas perdices y una tortiya.

Anduvieron silenciosos un largo trecho. Casi todos los veraneantes dormían, y las chozas, sin luz, defendidas por sus burdos esterillos, perdíanse en la obscuridad.

En la tienda de Pura gimoteaba el pequeño, y en la de doña Cruz desvanecía Beserril, estridulando como un grillo monstruoso:

—«Una góndola fuéeee... mi cuna,
el Adriatico méeee... arruyó...»

La pareja de carabineros desleíase de entusiasmo.

—Ya está Beserril en su góndola—dijo Hermida.

—Sí, es un cantaó...—repuso Arsenio.—Y... á lo que importa—agregó después de una pausa,— si usté no se opone.

—Pues lo que importa es que viva usté

como merese. ¡Y na más! ¿Se iría usté del pueblo?

—Sin volver la cabeza.

—Entonses lista la barca.

González no se atrevía á dar crédito á sus oídos.

—Pero usté...

—Yo, enfardelando quince ó veinte mil duros por temporada, todavía no tengo más finca que mi cuerpesito; pero conosco gente...

—Y entre esa gente...

—Hay quien paga contribución por media caye en Córdoba, como Rafaelito el Judío, mi aparsero, y quien explota los mejores «chamisos» de préstamos en Seviya, y quien pué galopar por derecho medio día sin salir de tierra que le pertenesce.

—Y esos...

—¡Esos le colocan á usté ó pierdo yo mi nombre!

—¡Pues si me colocan, hágase usté cuenta de que pa mí es usté el Ornipotente con toas sus piaras de ángeles y serafines!

—¿Por una tontería así?

—¿Tontería, ¡resifones!, yama usté á resusitar á un muerto?

Detúvose, y solemnemente, con lágrimas en la voz, formuló una pregunta.

—¿Quiere usté haserme una mersé?

—¡Y mil!

—Pues vamos á tutearnos, y venga un apretón de hombre bueno.

Se abrazaron, y como un vientecillo húmedo comenzara á batirles, refugiáronse en la fonda y le embistieron á los fiambres, emborrando con voracidad de gallináceas.

Bautista se retiró después de servirles el café, y Luis, encendiendo un habano, reanudó la conversación.

—Y ahora, amigo Arsenio, he de contarte algo que, la verdá... aunque no deja de ser honroso...

—¿De qué se trata?

—De una apuesta.

—¿Y á mí?

—A ti... te interesa. Mira, es una broma pesadita. Quizá yo me haya «exedido»; quizá te enfades tú...

—Contigo, nunca; por nada, sea lo que sea...

—Es qué... si no hubiéramos complicado á Pura...

—¿A mi mujer, Luis? ¿Qué bromas son esas con mi mujer? ¡Explícate!

Habíase incorporado nervioso, con un temblorcillo de animal carnicero en la mandíbula inferior, y Hermida se puso en guardia.

—¿Ves, ves cómo?...

—No, no me enfado; me inquieto.

—¡Ah! Cuidadito. Yo sufro que te enfades;

pero que te inquietes, no. ¿Por qué esa inquietú, dansando yo en la broma?

—Sí, es sierto.

—Fué una baladronada de... de uno, de Juan el Bocón, de Perico Bolas... Yo refiero el milagro, pero no descubro al santo. «Ese» reparó en tu esposa, y como entre hombres no se respeta ná, pues vino aquello de «¡Jesús, qué ojos!», y «¡Cristo, qué pechuga!», y...

—Alante.

—Y el Bocón, que debe de haber nasido en una carretera, afirmó que sería como las demás; es desir, que, junto á un gaché resuelto... «Esa señora—repliqué yo—es la Virgen María.» Apostamos; se escondió detrás de tu tienda para sentirme comiquear; trabajé yo á Pura, y, chiquiyo, ¡ni la Virgen es más desente!

—¿Y ná más?

—¿Te parese poco?

—Buen susto me he chupado. Creeme: si ese individuo insulta á Pura, ¡me bebo su sangre!

—¡Naturalmente! Y te arvierto que honduras más sanas que las del muchacho, «nainai». Puso en las nubes á Purita; pagó sin chistar... Y á propósito, tus quinientas pesetas.

Ofreció un billete á González, obligándole á guardarlo casi á viva fuerza, y añadió sonriente:

—A cobrar. A mí no me gustan líos de dinero. Yo hise la apuesta con la condisión de que había de partir contigo. Si no, ¿cómo? ¿No es Pura tu mujer?

El argumento convenció á González, y, un poco atontado, retiróse, no sin oír una recomendación final:

—Ni una sílaba á tu esposa... ¿entiendes? Así, cuando te relate el drama, nos revolcaremos de risa...

VIII

Expiraba Agosto. El sol fué cediendo en su combate con el mar, y aunque por las mañanas su hálito de hoguera desecaba los charquillos que dejó la creciente, trocando en cagafierros los grumos de arena humedecida; y aunque desde el cénit fulminaba sus rayos sobre las olas y deshacía las nubes en el cielo, al soplar la brisa enfriábase su greña de luz, y por las tardes navegaba inofensivo.

Las noches ya eran del mar. Un remusguillo punzador barría la playa y colábase en tiendas y chozas, quimerista y ululante, y el pueblo se fué amustiando. Las tertulias languidecían; ya nadie pensaba en cantar á la luz de la luna, ni en galantear bajo el parpadeo argentado de las estrellas, y las ba-

tistas espumosas y las sedas livianas arrugábanse en los baúles; y crecían los lechos, paramentados con peludos cobertores y colchas tupidas. Algunos pelantrines habían partido, y la pobretería que llegó después de la recolección, y los ricachos burgueses, sentían la nostalgia de los pisos duros, los horizontes limitados y las paredes espesas.

González, insensible á la frialdad del tiempo, veía transcurrir los días ociando fríilmente. Una semana después de su viaje, recibió Luis una carta del Judío, y al recorrer la prosa mazorril, llena de promesas, Arsenio creyó desvanecerse de alegría.

—¿Qué te parese Córdoba?—le dijo á su mujer.

—No la he visto...

—¿Y te gustaría visitarla?

—Según... Pero ¿á santo de qué?...

—¡A santo de que voy á colocarme ayí, tontaina! ¿No comprendes? ¡Digo, si nos serramos en el pueblo!...

—¿Y por quién te colocas?

—Por uno que es más que amigo mío, hermano... ¡Aunque no le quieras tú!—agregó maliciosamente.

Pura, resuelta á evitar un lance sangriento, no recogió la insinuación; pero, como siempre que su esposo loaba á Hermida, agrió el gesto, ceñuda y silenciosa.

No hubo más cartas: ni del cordobés, ni

del usurero sevillano, ni del terrateniente prócer. Arsenio, menos engreído, amohinóse, y comenzó á trasnochar. Aumentó la dureza de su carácter pedernalino y la segura de su palabra díscola y la lobreguez de su mollera zonza, y dió en la flor de creer que sus conocidos le recibían para explotarle y que Pura le arruinaba con sus dispendios.

—Entre esos gorriones y tú, ¡biblias!

Perdió el apetito, dejó de frecuentar las reuniones de doña Cruz y rifó con sus hábitos de esposo casero, dominado por una preocupación constante. Si su mujer le pedía unas pesetas, herido en su afán de miserear, engallábase rabioso... «Pero ¿qué t'has figurao tú, rucha?» Si le suplicaba que la acompañase, rechazábala adusto. «¿Pa que organisen una senita con nuestros jamones?» Si lloraba, ofendida, insultábala, aullando de cólera.

—¡No puedo más, no puedo más, Senio!

—¡Revienta! ¡Muérete!

¿Era vesania? ¿Era perversión? ¿Era sólo estupidez? La hembra, que le despreciaba á ratos y á ratos le temía, compadecía también en ciertas ocasiones, y le emocionaban sus paseos melancólicos y sus monólogos de enajenado. ¡Si estuviese enfermo!... Alarmóse, consultó con Carrascosa y supo la verdad. Arsenio jugaba, y con fortuna tan adversa, que en cuatro ó cinco sesiones se

había dejado en el tapete más de doce mil reales. La pérdida originó el mal, que no perturbaba el cuerpo, sino el espíritu, abatido y apenado.

El descubrimiento la asombró. Aquel dinero, ¿de dónde procedía? ¿De la ruleta ó del monte, que se lo llevaron?

Sin acostarse aguardó al vicioso y le acometió aprovechando su sorpresa.

—Siéntate, que hemos de hablar.

—¿Hablar á estas horas?

—¡A estas horas!

—¿Y con esa cara de jué?—dijo Arsenio jocosamente, procurando disfrazar su inquietud.

—¡Tú juegas!—afirmó Pura, planteando la cuestión.

El acusado resistióse á confesar.

—¿Al marro?

—¡Tú juegas!—repitió la acusadora.

—¿Y qué?—exclamó exaltándose—. ¡Juego! ¡Me juego lo mío, y lo tiro si se me pone entre seja y seja!

—¿Lo tuyo ó lo ajeno?

La turbación, más grande que la brutalidad, refrenó la ira, y González guardó silencio.

—¿Lo tuyo, nada más que lo tuyo?—insistió Pura—. ¿Se convirtieron en doce mil los cuatro mil reales que guardabas? ¿Parieron quizá?

—Yo tengo amigos...

—¡Luis!—exclamo ella palideciendo.

—Sí, Luis.

—Debí figurármelo... ¡Ese... ladrón!

—¿Ladrón? Tú eres una inosente...

—¡Ladrón, ladrón, que te presta lo que te ha de robar! ¡Ese... canaya!

Arsenio se sonrió, y ella, que se había detenido para no provocar á la fiera con sus revelaciones, excitada por su calmosa indiferencia, en un momento de vengativa sinceridad, escupió la denuncia crudamente:

—¡Ese canaya, que ha querido haserte cornudo!

Creyó que al oír la palabrota botaría su marido como si le hubiesen cruzado la cara; pero su sonrisa no se borró.

—Lo sabía.

Y fué ella la que se incorporó de un bote, pálida y temblorosa, dibujando un mohín de asco, y la que le interpeló con desesperada violencia.

—¡Dime que no, Arsenio! ¡Dime que no lo sabías! ¡Dime que no le has pedido favores!..

—Lo sabía y se los he pedido.

—De manera que tú... Entonses tú... eres...

—¿Qué soy?

—¡Lo último!—gritó valerosamente.

En los ojos de Arsenio fulgió una llamada lívida, y sus manos se contrajeron, prontas á golpear, y alzáronse con furor pa-

rricida; mas los ojos se apagaron y los puños cayeron mansamente.

—No te pego. Te valen tus naguas.

—¡Pégame, pero niega eso!... ¡Niégalo; por los niños, Senio de mi vida, por mí!—suplicó sollozando.

Consiguieron las lágrimas lo que no había conseguido la energía, y el bruto explicó su conducta.

—¡Si no te quiere ese hombre, puerca!... ¡Si te habló para demostrar tu honrades!

—¡Quiá!

—Por una apuesta... Uno dijo que serías como todas; sartó Luis, apostaron... y ahí tienes.

—¡Quiá! Y tú, ¿has creído ese embuste?

—¿Por qué es embuste? ¿Se ha de enamorar de ti tó bicho viviente?

—Ese, por lo menos.

Brillaron de nuevo los ojos de González y se crisparon sus manos; pero esta vez el cuerpo femenino probó su terrible empuje, y al rendirse Pura á su crueldad escapó con el temblequeo de una bestia desjarretada.

IX

Después del atropello, el matrimonio no volvió á disfrutar de una hora de paz. Víctima y verdugo se esquivaban; ella, sombría

y tristonas, y él, cabizbajo y abstraído. Veíanse durante las comidas, y hablaban lo indispensable.

—Han traído hoy melones—indicaba él.

—Se comprarán.

Y callaban, expiados por los ojitos recelosas de las niñas.

—¿La sal?—solicitaba Pura.

—La sal—decía él sirviéndola.

—No te molestes.

—No me molesto.

A la caída de la tarde solía pasear con las nenas por la playa, y luego metíase en la fonda. Las partidas eran insignificantes. Faltaban los jugadores corajudos y temerarios que pretendían violar, osados, á la Fortuna, á fuerza de valor, y los cobardes, empujados por la avaricia y contenidos por el miedo, arriesgaban sumas pequeñísimas con vergonzosa cautela.

Luis y don Andrés se aburrían, y el Santanderino lió sus bártulos y se marchó con sus auxiliares, entre las maldiciones de los despojados y las sonrisas de los gananciosos. Animáronse las tertulias, reforzadas por los quimeristas adoradores del azar, y doña Cruz cerró brillantemente la temporada de fiestas. Pura y Arsenio no salían. El, aplanado, sin alientos, membraba las noches de fiebre perdidas junto á unos braçerillos áureos, siguiendo el galope de unas

bolas que deshacían caudales y acrecentaban miserias; y ella, observándole, viendo cómo se le fundía la voluntad, pensaba con espanto en lo porvenir.

Una mañana, al retirarse Palomino y las narigonas, que ponían tierra por medio, reclamaron las niñas.

—¿Y nosotros, papá?

—¿No nos vamos?

—Sí, habrá que irse—murmuró.

Disponían de ochenta pesetas, y como sólo el viaje importaba más y tenían que alquilar una casita y reunir unos duros para manejarse hasta que él obtuviera la ansiada colocación, Arsenio decidióse á molestar nuevamente á Hermida, y un poco avergonzado se dirigió al fonducho. Pero Luis, requerido con urgencia por sus socios, había levantado el vuelo. Dejó una tarjeta. «Voy á Córdoba. Si me necesitas, ya sabes. Abrazos.»

Todos comenzaron á imitarle. Primero partió «Virutas» con Becerril y don Teodoro, caballeros en raudos pollinos; después Carmen y Carrascosa, en ligeras mulas, y por último, en un carro enorme, doña Salud y las de Miranda, escoltadas por el del Toril, que oprimía el vientre de un animoso cuartago.

—Pero, ¿y ustedes?—preguntaban los viajeros.—¿No arranca usted, Pura?

—Todavía no—replicaba la infeliz.—¡Es esto tan hermoso!

—Sí; pero el frío... y la soledá...

—No. Todavía...

Y valerosa, endulzaba con su gesto risueño el amargor de las despedidas.

A diario formábanse largas caravanas y transponían los cerros, pinos y blanduchos, bestias de labor, pacientes y vigorosas; jaquitas recortadas y veloces; asnos cachazudos y petulantes rocines. Las jardineras, con su carga señoril, frágiles y esbeltísimas, desaparecían pronto entre cascabeleos y trallazos, y las galeras, con los colchones coronando la estiba, con el averío en la bolsa y el mastín á la zaga, se alejaban chirriadoras y crujientes, bamboleándose con majestad.

Cuadrillas de campesinos descaperuzaban tiendas y chozas, apilando matojos y juncos cerca del mar, y recogiendo cuidadosamente vigas y machones, alcayatas y tornillos, lienzos y láminas de cinc. Ya nadie afrontaba el peligro de los traidores relentes y de las alboradas frigidísimas, y los labriegos, con sus retoños—micos desainados y negruzcos,—bañábanse á vísperas en el agua templada por el sol.

Septiembre, más cobrizo que rojo, presentóse con su randal de calina y su palio de nubes, y recién nacido, robó al viento su humildad y á las olas su transparencia. Su soplo apresuró la desbandada, y el de la pa-

nadería y el matarife, con los trebejos de hurtar, trasladáronse á sus pueblecillos; y los pescadores huyeron en busca de más ricos mercados; y una tarde, el guarda de la capilla y dos obreros, desmontaron el cimbalillo y el reloj, arrancaron la techumbre, empaquetaron el altar y la lona, ennoblecidos por el viejo latín de los Evangelios, y zarparon al obscurecer en una barca que se llevó en su vela albeante toda la luz del día moribundo. De la fonda, sin mostrador, sin letrero y sin toneles, sacaron también los camastros, y una mañana amaneció con la armadura al aire, entre esqueletos de viviendas á medio deshacer.

En el lugar que ocupó la de doña Cruz, la arena hundida indicaba el sitio donde estuvo el piano; y en el fonducho veíanse las huellas profundas de los bocoyes, y la estantería, y el trincheño... Pura acordábase del medio día urente de su llegada, de la visita de Carmen, de los festines con duos, «trabalenguas» y barcarolas, y su imaginación, embellecía lo pasado, haciéndolo revivir. ¡Oh, las misas del cleriguillo flamenco, y las morocadas inocentes de doña Salud y los alaridos del buen boticario!... «Una góndola fueeeé... mi cuna...» ¡Oh, las excursiones al coto, y los paseos nocturnos, y las cenas íntimas al fulgor de las estrellas!...

Rosario, catequizada por unas familias de

pelantrines que retornaban á sus hogares, se despidió.

—Señorita—dijo con timidez.— Yo... lo siento mucho, pero estoy argo mala, y como ustedes...

—¡Ah! ¿Te vas?

—¡Cómo ustedes!... Y como estoy argo mala...

—¿Y me dejas con los niños?... ¡Bien, bien, mujer!

Le pagó, volvióse de espaldas altivamente, con el rostro inflamado, y al oír las campanillas de los animales, que arrancaban con ímpetu, nubláronsele los ojos.

—¿En qué piensas, Senio? ¿Qué aguardas? ¡Mis hijos no se mueren aquí! ¡No son lobos!

—Sí; pero Manolito avisó más de cuanto ha... y el carro no viene.

—Pues escribe otra vez. ¡Avívate! ¡Mis hijos no se mueren aquí!

Escribió al Linerito y á Hermida, y entregó las cartas, para que las franquease, al barquero que les surtía de pan... Transcurrió una semana. Las hembras de los guardianes del coto, las últimas bañistas, internáronse en el bosque, y los abandonados no volvieron á percibir ni el sonido consolador de una palabra. La barquilla no recaló más en aquellos parajes, y Arsenio tuvo que recurrir á los carabineros para proveerse de teleras petrificadas y de verduras. Y tostando

los mendrugos, á fin de enternecerlos, y economizando la carne de la postrera gallinuela, á costa de las coquinas mariscadas en la bajamar, pasaron otros tres días. Al cuarto les despertó el bramido del vendaval. Los herreruelos cantaban anunciando la borrasca, y movíanse telones brumosos, y se reunían y se espesaban en el horizonte nubes caliginosas. Chispeó algún rato; luego evolucionaron los nubarrones, separándose y juntándose, y el cielo fuliginoso se enfoscó más, y se derrumbaron las sombras con la rapidez de pedruscos desgajados, y el fragor de un alarido formidable flameó sobre la tierra y el mar.

A media noche amainó el viento y Pura recostóse; pero el sordo tamborileo de la lluvia, que se estrellaba en el cinc, y el retumbar de los truenos, mantuviéronla despierta. Un concertante infernal de aullidos, crujidos, bataneos y voces emergía del Océano y rodaba en su inmensa vastedad. Al alba, conmovió el aire una espantosa detonación; las olas como si encarcelara cada una á un monstruo inteligente y malvado, se encrespaban, se erguían, y con bárbara furia arrojábanse contra la arena, que parecía retroceder temblorosa. La tienda vibraba, rudamente combatida, y de improviso, alcanzada en el techo por un mazazo colossal, abatióse, gimiendo, y González, con

las pequeñuelas arrebuajadas en un cobertor, y Purita, con el chiquitín, huyeron pisando espumas y detuviéronse al amparo de unos matojos.

Una hora después aplacóse la tempestad y brotó en el cielo un resplandor lívido. El mar, de un verde alimonado, hervía en las convulsiones finales de su cólera, jugando con los maderos que depositó en la playa. Junto á la tienda yacía un sillón de mimbre y la mesa asomaba sus patas, que habían atravesado el lienzo.

—¿Entramos?—suspiró la madre.—El niño tose... tiene frío...

No pudo reprimir los sollozos y Arsenio blasfemó:

—¡Ese cochino!

—¡Por la Virgen, Senio!

—¡Cochino!—repitió exaltándose.—¿Qué le han hecho estas criaturitas?

Cortó la lona y refugiáronse en el dormitorio.

Pura cambió de traje y encaróse con su marido.

—¿Almorsamos aquí ó en los serros?

—¿Es que?...

—Es que nos vamos. ¡A pie, arrastrándonos, como sea!

—Son muchos kilómetros, Pura. Y yo confío en Manué.

—Bueno, quédate. Yo no confío, y me voy.

—¡Ese cochinaso!—volvió á mugir González.—¡Ese ladrón!... Y deje uste tiraos los muebles y la ropa... ¡Cochino!

Pura llenó de comestibles un fardel y empezó á guardar en los baúles sábanas y colchas y vestidos, cuando de pronto sonaron tintineos de campanillas y rechinar de ruedas y un poderoso relincho les conmovió como la armonía más celeste.

—¡El carro!... ¡Nuestro carro!... ¡Ahí está!

Y era un carro; pero no el de Linero, sino el de Luis, que descabalgó gallardamente, parando con un silbido á su alazán y que corrió hacia ellos tendiéndoles las manos.

—¡Qué noche, válgame Dios!

Arsenio le abrazó y las nenas le besaron.

—Ya ves; lo mismo que perros.

—¡Animo!—exclamó Hermida.—¡Fuera tristeza! Ustedes se vienen conmigo y adelante con los faroles.

—Pero, ¿y mi colocación?—preguntó González.

—¡Déjate de miserias! Tú serás mi socio. Y ahora, deprisa ó nos mojamos.

Envolvióse Pura en un mantón y se acomodó en una yegua mansa. Luis y su «socio» montaron en los bridones, cada uno con una niña, y alejáronse á buen paso. En el pinar, Arsenio, loco de júbilo, se detuvo para gozar de la reciedumbre del suelo y

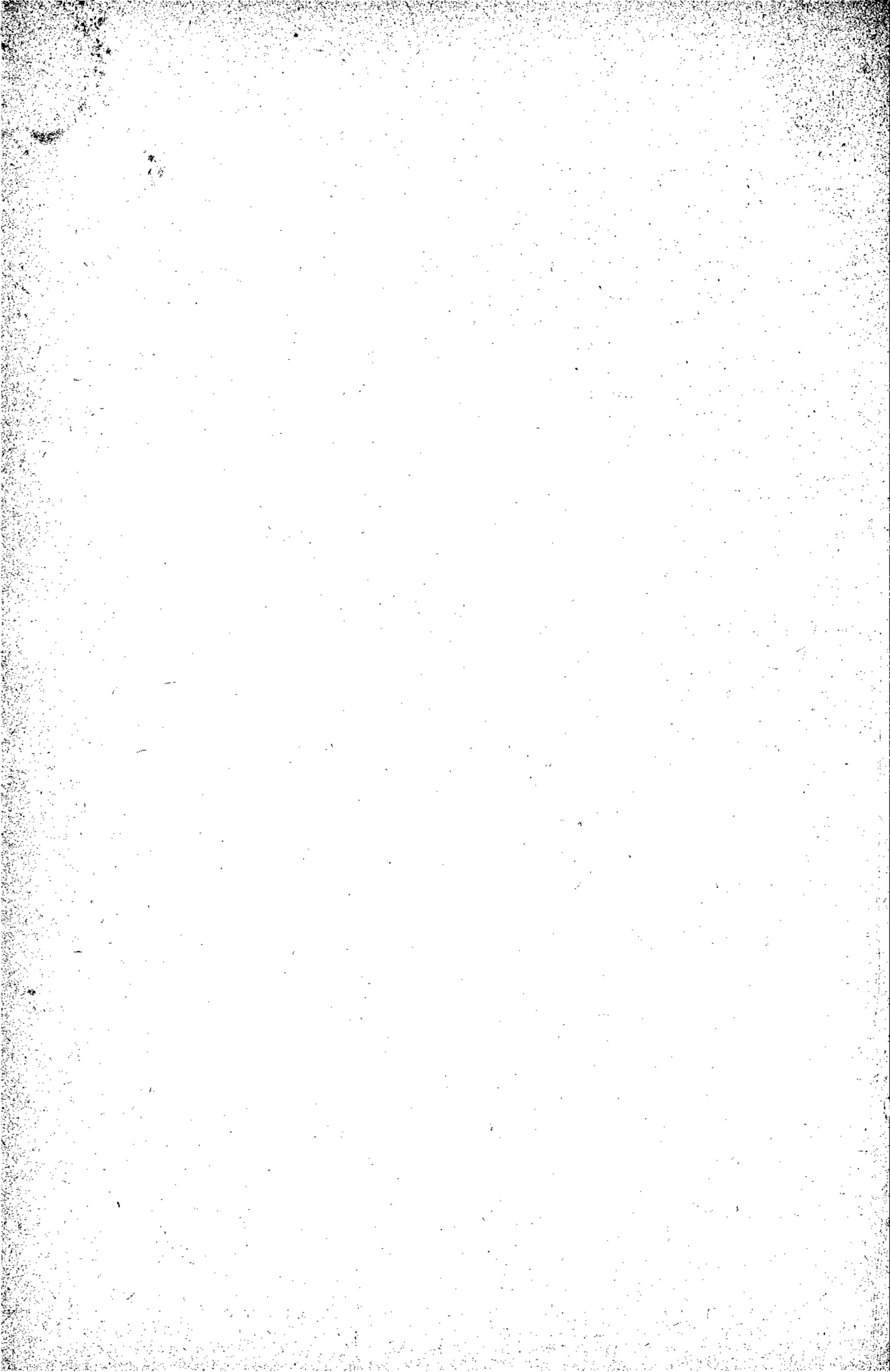
se revolcó y pateó como un buche. Las abubillas erizaban sus garzotas tricolores, y merodeaban los tordos, y los arrendajos ensayaban sus farsas asesinas...

—¡Esta es tierra!—dijo el infeliz.—Y estos son bichos «humanos», con uñas y dientes y picos... ¿No te alegras, mujer?

Ella no le miró. Irguiéndose, apoyada en las jamugas, veía á los carreros doblando lonas y amarrando listones, y al restallar el látigo, terminada la faena, un sollozo convulsivo hinchó su pecho.

—¡Senio, Senio, nuestra última casa!...

FIN



EL LADRONZUELO

EL LADRONZUELO

I

Las relaciones aquellas comenzaron de un modo imprevisto. Tío Antonio el Montañés veía diariamente á la señora Amparo y á sus hijos; pero ni les ofreció su choza al instalarse en la fincuela, ni solicitó de ellos alguno de esos pequeños favores que se truecan entre vecinos corteses, ni sintió la necesidad de cambiar el saludo con la viuda y sus retoños.

Estos no tenían la dulce savia del tronco maternal. Plácido, el mayor, era un hombre cenceño, de prócer estatura, de color cetrino, de duros brazos y de voz desapacible. Bruno, el menor, era pequeñín, grasiento, silencioso, torcido de ojos y de piernas y frío de corazón. Plácido y Bruno criáronse en el campo como dos alimañas. Su padre, pelantrín valeroso, que alternaba las faenas campestres con los gustosos sobresaltos del cazador furtivo y con las aventuras peligrosas del contrabandista, no quiso que les cultivasen la mollera, para que la ilustración

no debilitara su natural intrépido y bravío, y los educó selváticamente. El mayor, á los quince años, se bebía una botella sin respirar, galopaba en un potro, entre las corachas, con la indiferencia de un viejo defraudador, cavaba con el poderío de un hércules y sostenía sin turbarse y sin temblar las más fieras miradas.

El menor, no tan osado, distinguíase por su astucia, por su habilidad, por su valor sereno. Bruno era incapaz de comprometerse en un arretrato ó de caer en un descuido; no desdeñaba la previsión, ni prohibíase, por orgullo, el empleo de las armas de la debilidad; no derrochaba inútilmente la bizarría; no sacrificaba, por tozudez baladrona, la astucia á la audacia.

Una noche llegó el padre mal herido, con un agujero de bala en la cabeza y otro en el costado. Uno de sus compinches le lavó con agua y sal, le taponó los boquetes con hilas y le ordenó que no hablase. Y tan al pie de la letra obedeció la orden el esforzado pelantrín, que, sin mascullar la más leve queja, rindió el ánima en una convulsión.

Desde entonces, Plácido y Bruno, cuyos instintos aventureros combatía la madre, abandonaron la vida irregular. La viuda, mujer humilde, neta de corazón y pobre de fantasía, desconfiaba de las volteriedades de la suerte y no pensaba trocar por lo du-

doso lo cierto, aun siendo lo cierto una pobreza tan desabrida y árida como la suya. Los muchachos, sometidos á una rigurosa disciplina, despidiéronse del potro, animal comprometedor que se disparaba al ver un uniforme de carabinero ó el correaaje amarillo de un guardia civil; colgaron las carabinas, degollaron al hurón, vendieron los artilugios prohibidos de caza, y aplicáronse al oficio de labriego.

La fortuna les protegió. Plácido, incansable, y Bruno, inteligentísimo, halláronse con unas tierras que sólo esperaban un esfuerzo continuado para esponjarse y producir, y vinieron las buenas añadas, y rindiéronse bajo el peso del fruto los olivos, y crujieron recargados los tablones del granero, y la madre adquirió fincas y guardó en un rinconcillo del arca los montones de duros y los fajos de billetes.

Cuando Bruno se libró de quintas, Amparo, emocionada, quiso celebrar el magno acontecimiento, y les dió unos reales á los chicos para que se divirtiesen en la aldea. Y un año después, al cumplir los veinte el menor y los veintiuno el primogénito, consintió que repitieran todos los domingos sus excursiones. A los mozos no les engrió excesivamente ni les alegró mucho este arranque de la benevolencia maternal. La aldea, en su anterior visita, habíales parecido una gran

cortijada, demasiado triste y demasiado formal. No se podía cantar en las calles sin que se riera la gente; no se podía perseguir á peñascazos á un perro ladrador; no se le podían consentir al cuerpo algunas de sus expansiones naturales, sin tomarse la molestia de ahogar todo estrépito, con refinada hipocresía. Y además, en la aldea habitaban unos señores orgullosos que hacían un favor al devolver un saludo, y un cura que llevaba siempre en el gesto una condenación, y unas mocitas maestras en dar vaya, y unos donceles que, comiendo del campo, burlábanse de los que en el campo vivían.

Fueron, pues, á Aljorin con la sospecha de que caminaban hacia el aburrimiento y con el temor de que los convirtiesen en blanco de insolencias y burlas, y metiéronse por las calles del pueblecillo recelosos y amedrentados. Bruno lucía un clavel detrás de la oreja y un chaleco rubio de piel de cabrito. Plácido ostentaba en el sombrero unas purpúreas digitales y unos botones de plata en el chaquetón. Y ambos empuñaban unas terribles cachiporras. No obstante, hubo risas. Se reían del clavel, del chaleco rubio, de las digitales, de los botones de filigrana, de las cachiporras... Y volaban las risas de unos labios á otros, y reíanse los viejos, los niños, las ancianas, las matronas, los hombres de respeto, la gentecilla ruín.

«¿Por qué? ¿Eran ellos tan raros? ¿Tenían monos en la cara? ¿Iban con el pañal fuera y haciendo eses, borrachos perdidos, ó con chafarrinones en el rostro, como en Carnaval?... Cierto que el uno bizcaba más de lo conveniente y que el otro era negro como un diablo. Pero ¿no había gente morena ó bizca en Aljorín?»

Plácido se impacientó. Con el fuego de sus ojos convirtió en muecas algunas risas femeninas, y, para desahogarse con los hombres, entró en el casinejo. Algunos gañanes jugaban al tute, otros bebían junto al mostrador y varios mozalbetes, á medios pelos, cantaban en el patio.

—A la paz de Dios. ¡Vino!—gruñó, amostazado.

—¿De qué vino? —preguntóle calmosamente el tabernero, mientras servía á los demás.

--Del de la bota.

—Del que hay en el pozo no va á ser.

Soltó la carcajada uno de los jugadores, encaróse con él Plácido, lívido de coraje, y el tabernero, que vió venir la borrasca, le interrogó con amabilidad:

—¿Del corriente?

—Del corriente ó del que no corra. Yo he pedío vino. Y usté va á despacharme vino. Y las gromas pa su agüela. ¡Yo he pedío vino, no gromas!

—Ahí. Sin más ni más—apoyó Bruno.

— Hombre!—exclamó el bromista.—¡Eso de mentarle á uno su agüela!...

—Pos la menté—replicó Plácido—y mentá está. Yo me futro en el que me salga por peteneras y en el que se ría de las peteneras. Y en este pueblo hay muchos afisionaos á la risa y pué que muchos yoren, si se ríen delante de mí. ¿Se ha enterao usté, compadre? Porque lo digo por usté.

El jugador interpelado arrojó las cartas y levantóse con resolución.

—¿Por mí, nene?

—Por usté, pimpoyo.

—Tú ¿me has mirao bien la cara?

—A satisfasión.

—Y ¿crees tú que pué haber yanto en esta cara?

—Pué haberlo. En cuantito que haiga risa.

—¡Qué grasioso! ¡El bu, cabayeros!

Soltó el trapo el jugador, que era hombre de temple; pero una bestial puñada le aplastó la risa en los labios, y arrancóle un grito de cólera y un juramento.

La sorpresa le restó agilidad, y antes de que hubiera pensado en defenderse, el puño de su agresor hizo varios viajes que rompiéronle la nariz y le pusieron un ojo como una gamboa. Los otros jugadores se indignaron; el más corpulento, con militón del agredido,

pretendió auxiliarle, y rodó con la cabeza hendida de un garrotazo. Entonces, los gañanes que bebían y los mozos que cantaban, el tabernero y un jaque bigotudo que distraía sus ocios en el billar, lanzáronse sobre los hermanos, seguros de que los abrumarían con su masa y su empuje. ¡Seguros!... El pequeño atrincheróse detrás del mostrador, después de obsequiar al amo con unos sosquines y unas punteras, y recibió á los asaltantes con una lluvia de proyectiles: vasos que se estrellaban en las frentes y dejaban vidrios en las heridas; limetas, que irritaban las contusiones que producían con el alcohol encerrado en sus vientres; copas, botellas, tazas, platos, cubos; café hirviendo, agua en ebullición, carbones encendidos... Y como si no bastase aquel malabarista demoniaco—que torcía los ojos, pero no la puntería—para herir, punzar, descalabrar, contundir y achicharrar al propio Lucifer y ponerlo en fuga, Plácido, tirándose á fondo con la cachiporra, cuando le estrechaban, rompía costillas, y volteándola después garbosamente, magullaba lomos, partía brazos, derribaba dientes, descomponía ojos y cascaba testuces.

Duró el combate lo que duró la resistencia del bigotudo, y cuando éste, con un garrotazo entre las orejas y un chorreón de agua hirviendo en el morrillo, dejóse caer

espantado y llamó al cura y á la justicia, sus camaradas diéronse á correr con gentil presteza y abandonaron el triunfo á los campesinos.

Plácido y Bruno no abusaron de la victoria. Al domingo siguiente volvieron á Aljorín con el clavel y las digitales, con el chaleco rubio y los botones de plata; pero como apoyábanse también en las cachiporras, nadie sintió ganas de reir. Al contrario; los rostros más jocundos entristecíanse bajo su mirada, y palidecían las mejillas más rojas, y anublábanse los ojos más serenos. Los señorones les saludaron efusivamente, el cura les obsequió con un mohín bondadoso, y las doncellas, aquellos prodigios de travesura y malignidad, sonrojáronse, al verles, de candorosa admiración.

Esta noble prudencia, en vez de enternecer á los hermanos, les hizo despreciar con algún exceso á las criaturas racionales y les sugirió unas ideas, un poquitín exageradas, sobre la organización social y sobre el influjo ético de las cachiporras. Una cachiporra esgrimida con redaños vale más que la razón y que la ley, porque es la que impone la ley y la razón. Por encima de la cachiporra está el fusil, que horada pechos y cabezas, y por encima del fusil, el cañón, y por encima del cañón, el rayo. Pero la cachiporra, bien manejada, en este mundo

donde medran los fuertes, no se debe des-
deñar.

No la desdeñaron ellos, y administrando sus golpes con sabiduría y ofreciéndola ó poniéndola al servicio de los que estaban en condiciones de poderla utilizar, garbearon no pocas propinas y acopiaron buen número de valiosas protecciones. Los dos mozos, respetados por sus iguales y mimados ó temidos por las personas que disponían de autoridad, hiciéronse los gallitos de la contornada y acordáronse de los viejos hábitos. El mayor dió hospitalidad á los contrabandistas perseguidos y figuró en algunas heroicas expediciones, y el menor volvió á merodear en los cotos, burlando á los propietarios y á los guardas, y en ocasiones se apoderó del fruto de la heredad ajena.

Tenían de la propiedad un concepto originalísimo, que ciertamente no habría rechazado ningún profesor de jurisprudencia por considerarlo en pugna con el origen de ese derecho, soberano puntal de nuestra civilización. Se poseía por la fuerza, no por la ley. Había pobres porque, aun siendo los pobres mucho más numerosos que los ricos, eran mucho más débiles y más cobardes. Los ricos, para contrarrestar el empuje de la pobretería, apagaban el hambre de unos miles de infelices, y éstos, provistos de uniformes y de armas, constituían su fuerza, la

fuerza que amparaba las grandes industrias, que defendía los pingües negocios, que mantenía levantados los muros de las cárceles, que garantizaba los sueldos de magistrados, jueces y verdugos. El robo era peligroso, pero no inmoral. Y así, evitando el peligro, debía robarse la leña que sobraba al señorón, el conejo que no había de comerse, las aceitunas, la cebada ó el trigo que no sabía defender.

Sus depredaciones arrancaron algunas protestas; pero como los perjudicados y los quejosos las formulaban con timidez, nada amenazó nunca la libertad de los valientes, que aumentaron sus cosechas con las aceitunas, las gavillas y los racimos de los labradores de Aljorín.

Los que más recio chillaron—y apenas hubo quien se atreviese á levantar la voz—fueron los vecinos de la viuda, y, entre los vecinos, el manso y apacible Montañés. Tío Antonio, acosado por el hambre, salió de Aljorín á los tres lustros, refugióse en la Montaña, fué protegido por unos parientes generosos, ganó unas pesetas, y, ya en los umbrales de la vejez, retornó al terruño nativo, donde había fincado, para comérselas en paz y en gracia de Dios.

Era el solterón duro de entrecejo, lóbrego de rostro, tacaño de palabras, corto de razones y longuísimo de paciencia y de bon-

dad. Pero si disculpaba una imprudencia, no consentía un ultraje, y si perdonaba un yerro, no toleraba una imposición. Al comenzar las hostilidades, cuando los cachorros de la viuda le varearon unos olivos, creyó que de buena fé habíanse equivocado y les habló de su mal con mesura y cortesía. Después padeció otros despojos, y convencido de que trataban de robarle, amenazó con la ley á los rateros, y por último, avergonzado de que tomasen por temor su prudencia, prometiése á sí mismo castigar á los burladores en cuanto se presentara la ocasión.

Y no tardó en presentarse. Una mañana tío Antonio sorprendió en su alcacer á Bruno, que dejaba pastar tranquilamente á sus mulas. El bizco no se disculpó, ni se inmutó. Con una sonrisilla temerona acercóse al ganado, lo arreó muy calmoso y alejóse por la vereda. El Montañés, más calmoso aún, justipreció el daño, cogió la hoz y el revólver y puso la planta en el cortijuelo minutos después que su insolente enemigo. La viuda se sorprendió al verle, y Plácido, ceñudo y receloso, se puso en guardia. El fué el primero en hablar.

—¿Qué se le ofrece, amigo?

—¿Amigo?—repuso burlón el Montañés.—
¿Dende cuando?

—Patás en puerta—murmuró el bizco.

Se miraron de reojo los matones, entró tío

Antonio muy tranquilo, encendió la colilla en una brasa, y como si el humo, que salía en espesas columnas de su nariz, le hubiese devuelto el agrado, saludó urbanamente.

—Que Dios la guarde, vesina.

—Venga usted en su compañía, tío Antonio.

Hubo unos segundos de silencio. El Montañés examinó á los hermanos con insistente curiosidad, como si nunca los hubiera visto, y Plácido y Bruno resistieron la inspección con sosegada desvergüenza.

—¿Qué ocurre?—preguntó Amparo con inquietud.

Los hijos encogieronse de hombros, y el Montañés, después de espectorar, dijo concisamente:

—Cosas.

—Pero ¿qué cosas?—insistió Amparo, cada vez más alarmada.

Y tío Antonio, plantándose frente á los jaques con lumbre en los carrillos y en los ojos, exclamó:

—Cosas cochinas, susiedaes que vamos á lavá ahora mesmito.

—¿Quié usted jabón... de palo?—interrogó Bruno con fanfarrona socarronería.

El Montañés no se alteró.

—Ya veremos. Pué que entoavía el de palo resulte flojo.

—¿Sí?

—¡Sí! Y voy á escomensar la plática pa que sos enteréis de argunas pamplinillas que sos conviene saber.

—Y va de cuento, Bruno—gruñó Plácido.—Emprensi pie usté, Montañé.

—Emprencipio. Ustés me han tomao por un gallina, ¿verdá?

—Hombre, por un gallina...—replicó el bizco—no lo himos tomao á usté. Ahora, que por un menumento de tripas tampoco lo himos tomao.

Tío Antonio se hundió el índice en la nariz, como si aquella ingenua gorrinería le ayudase á pensar, y prosiguió:

—Pos ni menumento ni gallina. Soy un hombre; pero un hombre con reaños de hombre, y cuando me tocan á tarara y «me se» ajuma el pescao, tiro por la calle de enmedio y «¡quitoli pecatamundi!» Y después de esta sentensia, á puntuá: Ustés me han robao trigo...

—¡Mentira!—gritó Plácido.

—Ustés me han robao asitunas, ustés me han robao sarmientos, ustés me han robao leña... Ahora, ese que está ahí, acaba de sacá los mulos de mi verde.

—Es que se dequivocaron los probesitos—contestó Bruno.

—Pos se han rematao las dequivocaciones. Esto se acabó.

—La plática—afirmó el bizco.

—No; los robos—corrigió el Montañés.

Callaron de nuevo. Tío Antonio, muy encendido, estudiaba el gesto de los valientes y traducía el diálogo sostenido por sus ojos, mientras acariciaba con la diestra el culatón de su revólver. Amparo, temblorosa, vigilaba á sus hijos, sin que la engañase su aparente tranquilidad. Bruno hurgábase en la faja, dispuesto á agredir. Plácido, á quien le tremaba la mandíbula, contraíase sobre los jarretes para saltar como un león.

—¡Lárguese usted!—rugió de pronto.—
¡Fuera de aquí!

El Montañés se puso como la grana; pero no retrocedió.

—Me voy—dijo pausadamente;—pero me voy con lo mío: con tres duros que me van ustés á entregar en el acto.

—¿Na más que tres duros?

—Na más.

—¿Y en qué los quiere su mersé? ¿En cuartos ú en plata?

—En cuartos, en plata, ó en verde; porque, si no los sueltan ustés, no sale de aquí esta jose sin segá.

—¡Mentira!—volvió á rugir Plácido.

—¡A verlo!—gruñó Bruno.

Y como al gritar avanzaron sobre él, tío Antonio, instintivamente, retrocedió un paso, se apoyó en el muro y levantó la hoz.

—¡Cuidao con las manos!—bramó imperativamente.—¡Cuidao, que pincho!

Bruno, riéndose, empuñó un bieldo para clavar al imprudente á salvo de la hoz, y la inminencia del peligro dió ánimos á la mujer, que contemplaba con asombro la escena, y la hizo intervenir.

—¡Bruno!—dijo en un alarido.—¿Qué vas á haser, malvao?... ¡Tira ese biergo! ¡Pronto!

—Es que yo, al que me insulte...

—Y ¿pá qué amensasa el viejo?—barbotó Plácido.—¿Qué se figura ese peal?

—Y ¿pá qué lo habéis robao?—objetó la madre.—¿No sos morís de vergüensa? ¿No se os cae la cara? ¡Granujas! ¡Charranes malde-síos, que sos vais á condená y me vais á condená tamién! ¡Júrrio de aquí!

—¿Y ese?—preguntó Bruno—. Porque lo que es en cortando una caña...

—¿Qué va á pasá, matasiete? Cortará lo que se le antoje, que pá eso tó lo que hay aquí es mío. Y lo que sea lo arreglaremos entre él y yo. Y vosotros ya estáis quitándose de mi vista. ¡Júrrio!

Salieron los hermanos, bajó la hoz el Montañés y amainó poco á poco el temporal de cólera y de miedo que había sacudido á la viuda. Tío Antonio, sin saber por qué, se avergonzaba de su conducta. No era justo que le robasen; no debía él consentirlo. Pero reclamar así, ¡qué caramba! reclamar así,

no era muy honroso ni muy prudente. Algo levantábase en los limbos de su conciencia que le acusaba, y reconociéndolo, formuló una disculpa ante su defensora:

—Yo, la verdá, si me hubiera figurao que... Porque yo no tenía pá qué haberle proporcionao á usté un dijusto. Usté, limpia como una patena está y estará, y por usté, yo...

Se calló, sin poder terminar el párrafo, y la viuda le sacó del apuro.

—Tío Antonio, grandísimo ha sío el dijusto; pero antes me lo debió usté dar.

—¡Señá Amparo!

—¡Antes, antes! La primerita ve que le perjudicaron mis hijos, debió usté plantarse en esta casa y poner la acción en mi conocimiento: «Misté, señá Amparo, que me quitan er trigo,» ó «misté, señá Amparo, que me roban las asitunas». Y yo habría puesto remedio y no hubieran llegao las cosas ande han llegao.

El Montañés se ruborizó.

—Sí, que es sierto—dijo.—Pero la condescendencia del hombre... Y aluego que yo no sabía como era usté.

No lo sabía; no sabía que los cuarenta años de la viuda tresmanaban lozanía y reciedumbre; no había olido el perfume de aquel maduro fruto; no había admirado la franqueza y la lealtad de aquellos serenos ojos... Y, de súbito, enterábase y olía y admira-

ba, y su viejo corazón, jamás sobresaltado, botaba en el pecho como si le hubiesen nacido unas alitas.

—Güeno, me voy—barbotó.

—¿Así?

—¿Cómo?

—Así. Con la bolsa vasía. Sin lo suyo.

Tío Antonio volvió á ruborizarse.

—Ya me pagarán ustés. No va á ser puñalá de pícaro.

—Es que á mí no me gustan las trampas.

—En ese caso... Pero yo no tengo priesa. Gracias al Santísimo, aunque tres duros son mu respetables y aunque de mañana no sabemos na, yo, hoy por hoy...

—Amparo soltó la risa.

—Si á mí me sobran tamién, cristiano. Ea, se los voy á entregá, que el que paga, descansa.

Pero, ¿descansa el que cobra? Esto se preguntó tío Antonio, ridículamente desazonado, y como su caletre no le dictó ninguna respuesta satisfactoria, su turbación agrandóse y vacilaron sus más firmes ideãs. Un hombre á quien perjudican, ¿no tiene derecho á una indemnización? Y cobrar una indemnización, ¿puede ser un hecho vergonzoso ó condenable? Y lo que no es vergonzoso ni condenable, ¿debe turbar á una honrada criatura?...

No; indudablemente, no. Mas si él iba á

coger un dinero suyo, este dinero se lo debían entregar los que le robaron, no una infeliz mujer que, al amenguar el caudalejo de sus economías, era igualmente robada.

Preocupaban al Montañés estos dos aspectos de la cuestión, y reñían una ruda batalla su generosidad y su codicia, cuando regresó Amparo.

—Tome usted—dijo entregándole un mononcillo de pesetas.—¿En pas?

El contacto del dinero borró las reflexiones de tío Antonio, que, apretando la diestra, replicó:

—En pas.

Y con esta sencillez terminó la entrevista.

II

La aventura dejó una hondísima huella en el ánimo del Montañés. Por primera vez en su vida, se le metía en el corazón la estampa de una hembra, y su recuerdo persistente alteraba su ecuanimidad. El cabello de Amparo, su robustez llena de equilibrio, la miel de su palabra y la dulzura de su voz, eran perfecciones y lindezas nunca imaginadas que apoderábanse poco á poco de la voluntad del viejo y que le producían una deleitosa inquietud.

Tío Antonio, que comenzó á pensar en la

viuda con la codicia de un avaro, que soñó con sus gracias, y que, en ciertas ocasiones, alucinado, la vió flotar en el aire, mecerse en las aguas del arroyo y columpiarse en un rayo de luna, acabó por comprender, con júbilo y medrosía al mismo tiempo, que habíale seducido. Para ella, para la fuerte mujer, ama de sus potencias, trabajaría en lo porvenir; á ella consagraríale sus horas; paravelar por su dicha viviría.

Pasó unas cuantas noches junto al cortijuelo, contemplando sus paredes—las paredes que «la» protegían,—con el entusiasta fervor de un chiquillo, y después de largas meditaciones, encontró un pretexto que le permitía visitar á la viuda, sin grave quebranto para su dignidad varonil.

Se quitó el barro de las botas á punta de navaja, encapillóse en un chaquetón casi nuevo, empuñó una varilla para sacudirse con garbo los calzones en los momentos en que languideciera ó se torciese la conversación, y al mediar la mañana, seguro de que los jaques estarían en el trabajo, llamó á las puertas de la viuda.

—Ave María.

Amparo se sorprendió.

—¿Usté por aquí? ¿Otro robo quisá?

El Montañés se apresuró á tranquilizarla:

—¡Qué robo ni que ocho cuartos! Eso ¿va á ser pa tos los días, criatura?

—¿Entonces?

Esperaba la interrogación tío Antonio. Al imaginarse el diálogo, había previsto que la viuda se alarmaría, y que, al reponerse, formularía esta ú otra pregunta. No obstante, se acoquinó, y no supo qué replicar. Lo derecho hubiera sido confesarse, vaciar llanamente el saco de sus pensamientos: «Vecina, me ha encalabrinado usted, estoy loco por usted, disponga usted de mi». Pero, ¿quién era el guapo que se lanzaba? Si una declaración ofrecía terribles dificultades hasta para un mozo, ¿cómo un viejo iba á desafiar el peligro gallardamente?... No. Calma, paciencia, astucia. Que el tiempo secase abrojos y ablandase rigores.

—Vamos, hijo—exclamó con afabilidad la viuda, viéndole alelado.—Pase usted y beba usted si le han dao argún susto, y asiéntese usted.

—Gracias, Amparo. Es usted de lo que ya no se estila.

—¿Porque le dejo pasar y le doy agua? ¡Pero si agua se le da hasta á los perros!... Tío Antonio, ó usted no está en sus cabales, ó argo le pasa á usted.

—Argo me pasa, vesina.

—¿Sí?

—Y no estoy en mis cabales, vesina.

—Pero no será por mi curpa—dijo vivamente Amparo.

—Pué que lo sea.

—A ver. Explíquese.

Tío Antonio recurrió á la varilla. Con la punta culebreó por el labrado de sus calzones de pana, y un minuto después, pausadamente, repitió su afirmación.

—Pué que lo sea, Amparo. Y pué que lo sea, porque usté se ha portao conmigo como la Virgen de Consolación, que es mi patrona, se portó con San José. Y yo... yo no me he puesto á la resíproca.

—No veo por donde va, vesino.

Como si no se hubiese enterado, tío Antonio prosiguió:

—Y por eso, ni estoy, ni «me se» antoja estar en mis cabales. La justicia tiene sus pesas, como usté lo habrá visto en pintura. Y esas pesas sirven pa darle á cá uno lo suyo. Y yo me llevé lo mío; pero usté se queó sin lo suyo. Un jué diría: «No se ha pesao en consensia».

—Que no caigo, vesino—repitió la mujer con tanta inquietud como perplejidad. —Hable usté á las claras. ¿A qué se refiere usté?

—Al verde.

—¿Al robo?

—No quiero molestar, Amparo. Me refiero al verde que se llevó Bruno y á las otras cosillas.

—Pero ¿no pagué?

—Pos ahí está el ite. Supongamos que aquello fué un robo, hablando mal y ligero. ¿Quién tiene la responsabilidad de un robo? Los ladrones. ¿Es usted ladrona? ¡Usted es la Virgen de Consolación! Y entonses, ¿por qué había usted de pagá?

Amparo esponjóse, satisfecha de la afirmación y del requiebro.

—Gracias, tío Antonio. No soy ladrona; es verdá.

—La reina de las mujeres.

—Gracias. Pero como, al fin, le perjudicaron mis hijos...

—Y ¿qué se le importa á usted? ¿Es justo que sus atosidaes le cuesten el dinero? Si hisieran una muerte, por ellos, ¿iba usted á dir á presiyo?

La viuda reflexionó pasmada, con una admiración que se le salía por los ojos.

—Sierto—exclamó.—No iría.

Y agregó después de una pausa:

—No podía yo figurarme que tuviera usted ese pico, tío Antonio.

Esta vez fué el viejo quien se esponjó, poniéndose como la grana, para decir en tono de simple vanidad:

—Pchs... He corrió argún mundo...

Extrajo en seguida de las profundidades de su faja un bolsón de seda purpúrea, sacó de él un paquetito de monedas y se lo entregó á Amparo.

—Tome usted. Los mesmitos dineros que arrecogí.

—¿No se arrepentirá usted, tío Antonio?
En jamás de la vida.

—Misté—insistió la viuda con graciosa sarcronería—que tres duros son mu respetables y que de mañana no sabemos ná.

—Ya iremos sabiendo. Por lo pronto, yo restitúigo pa dormir tranquilo y pa que usted no me tome por lo que no soy.

Amparo se conmovió.

—No hasen tos los hombres lo que usted ha hecho.

—Ni yo lo haría con toas las mujeres.

Separáronse cordialmente, como si los uniera una antigua amistad. Tío Antonio recorrió á trancos la veredilla, con un poema en los ojos y una canción en los labios, y la viuda le vió alejarse con una mezcla indefinible de satisfacción, júbilo y melancolía.

El pago de su buena obra lo recibió el Montañés aquella misma tarde. Trabajaba en su cachillo de huerta é iba ya á dar de mano cuando le pasmó la visita de los gansarones de su ídolo. Venían en son de paz.

Bruno, muy lagotero y muy humilde, le abrazó y Plácido le saludó con una palmita cariñosa.

—Bien, tío Antonio—mugió.—Es usted un hombre.

—Pa servirte, Plácido. Y á tí lo mesmo, Bruno.

—Tío Antonio—exclamó éste con su voz más meliflua,—yo no le conosía á usté. Yo le había tomao por un tontiloco, y hasé unos días me convensí de que tiene usté los riñones en su sitio, y hoy me he enterao de que á rumbo no le gana á usté ni el verbo tirar.

—Es un macho—añadió el otro jaque.

—De manera, tío Antonio—prosiguió el bizco—que aquí se han acabao nuestras cuestiones. Lo que ha hecho usté con mi madre es una hombrá, y el que hase una hombrá, es pa mí un compañero, y un compañero es sagrao.

—Asina debe ser. Y pa mí, ustés, como si hubiéramos nasío en la mesma camá.

Departieron un rato con fina cortesía, y el Montañés, para celebrar las paces, les obsequió con un vinillo nuevo, rútilo y picante, que cosquilleaba voluptuoso en el garguero, y que, con la travesura de su poca edad, desataba las lenguas el traidor y abría las espitas de la confianza. Bajo su influjo, Plácido confesó que había odiado al vecino por su adustez y por su austeridad, que pareciale agresiva y orgullosa; Bruno dijo que había hecho algunas irrupciones en la finca por creer que el dueño no estimaba ó no necesitaba sus bienes, y tío Antonio, después de protestar jovialmente de la absurda creen-

cia, dió francas explicaciones y se mostró arrepentido de su arretrato. «El no era cicateño; á él no le importaba quedarse sin una ó dos fanegas de trigo ó de aceitunas. Pero le importaba mucho su dignidad, y, sin ser malo, siempre estaba dispuesto á morderse en el corazón con el que pretendiera atropellarle. Por ese camino, nadie, ni el Cid que resucitara, le llegaría á someter. Por los otros caminos, apelando á su amistad ó á su bondad, un chiquitín le dominaría». Insistió en este punto el Montañés con severa energía, y luego, dulcificando el rostro y la agrura de la voz, terminó así su discurso:

—Ya que estamos á las güenas, puen ustés borrar la linde que separa los cortijuelos. Es desir, que pa mi persona, tratándose de ustés, no hay tuyo ni mío. Tó lo mío es de ustés, y no lo digo por desir. Y si queréis probarlo, peirme por esas bocas, que yo sos colmaré las medias del gusto.

—Agradesiendo, tío Antonio—replicó Plácido.

—El agradecimiento, después del favó. Y ni después, porque yo me lo voy á cobrá.

—¿Cómo?—preguntó el bizco, ocultando detrás de una sonrisa su inquietud.

—Pos con atracones de charla y de compañía y de güena amistá. Se aburre uno, muchachos. A mi edá, no es cosa de encajarse en el pueblo pa pintar la sigüeña. Y

aquí solo, siempre, llega un día en que se ha jartao uno de hablar con los sorsales, que no contestan, y con los olivos, que no entienden, y ese día los pelos negros se güelven blancos, y se arruga el josico, y el se-lebro se escomienza á secar.

—La fija—exclamó Bruno.

—Sierto—apoyó Plácido.

—Tan sierto, que mú pronto me van ustés á ver en su casa más que en la mía.

Y así fué, aunque no le vieron los mozos con excesiva frecuencia, porque, casualmente, tío Antonio trabajaba cuando los bravucones sesteaban ó comían, y envedijábase en pláticas sabrosas con Amparo cuando á sus hijos les retenía la labor.

Hallábase la viuda en una disposición de espíritu semejante á la del viejo. No soñaba en pintar la cigüeña, se aburría de hablar con los zorzales y con los olivos, y de contemplar el arcano cielo y las campiñas solitarias, y la novedad de aquellas relaciones no la disgustó. Cierto es que no alteró sus costumbres, ni modificó sus trabajos, ni derrochó la cortesía para atender al vecino. Es más, ni se fijó siquiera en que tío Antonio —¡ah, vil seductor!— adornaba con flores la cinta de su sombrero, y se mudaba de camisa semanalmente, y recortábase las uñas con sospechosa pulcritud. Pero no estaba engendrado este descuido por la indiferen-

cia. Amparo habituóse á ver al cotorrón, y á consultarle sus asuntos, y á seguir sus consejos, y poco á poco, sin darse cuenta, fué rindiéndole el albedrío.

El Montañés no quiso incidir en el pecado de la ligereza, como un mocoso impaciente, y completó la obra de su coquetería con el fuego de sus miradas y, por fin, después de contemplar muchas veces, inflamadas por el rubor, las mejillas de Amparo, decidióse á emplear el supremo recurso de la elocuencia.

La difícil y grave conversación empezó de este modo:

—Amparo, si no se enfada usted, quisá me atreva á preguntarle una cosilla.

—Atrévase usted, tío Antonio.

—Amparo, ¿cuál es su edad?

La viuda soltó la carcajada.

—Y por eso ¿iba á enfadarme?

—¡Qué sé yo! Algunas mujeres...

—Pos yo no soy de las que se enfadan. Cuarenta años y un pico. Vieja ya.

—¿Con esa cara y con ese cuerpo?

Destocóse, aproximó su silla á la que ocupaba la viuda, se rascó indeciso y, pesando las palabras, la atacó resueltamente:

—Amparo, me parece que usted me ha tomado por lo que soy: por un hombre serio, con cristiandá y con desensia, que no diría una cosa por otra manque lo ajorcaran.

—Lo sé.

—Y tamién sabe usté que lo que yo próclamo va á misa, porque es el Evangelio de la idem.

—Tamién.

—Güeno. Pos yo digo que si usté pasa de los cuarenta años, yo no cumpliré ya los cincuenta, y añado que, siendo más viejo que usté, no soy viejo, porque la joventú está en la fuersa y en el corasón.

—Yo no lo niego, tío Antonio. Y mirándole á usté...

—Mirando el exterior, se equivoca la más pintá. Por dentro, vargo doble, ó más ota-
via. De pormón estoy como un jerrero; de estómago, más nuevesito que un crío acaba-
o de nasé; de tripas, mejó que una perdí, porque no me gruñen aunque me coma una
piedra, y de tó lo demás esarto como un
reló.

—Si yo no lo dudo, tío Antonio.

—Podía usté dudarlo.

—Y aunque lo dudara, eso... ¿á qué viene?
El Montañés enrojeció perplejo; mas su
perplejidad sólo duró un instante.

—Pos va á que la conversación que tene-
mos toas las tardes, me sabe á poca conver-
sación.

—Hablaemos más si se le antoja.

—Más, me sabría á poco lo mesmito.

—Pos, hijo de mi arma, si se pone usté

así, ¿cómo lo voy yo á remediar? ¡Como no se venga usted de alojao!

—¡Ahí está el toque!—gritó el Montañés.— De alojao. Pero pá siempre. Alojao aquí jasta que cargue conmigo el enterraor pá tirarme á la cárcava.

Se echó á reir la viuda, y el viejo la miró dolorido.

—Que hablo con seriedá, mujer.

—¡Vamos, tío Antonio!

—Con seriedá. Yo me vengo á su casa, si usted me lo permite, con el cura por delante y con reaños pa aguantar toas las bendisiones que usted exija. ¿Conviene? En sus manos dejo mi felisidá.

Amparo reflexionó unos segundos. Se había puesto pálida, y sus manos, aquellas pobres manos, curtidas y deformes, que aún podían hacer feliz á una criatura, temblaban febrilmente.

—¿Conviene?—repitió con miedo el Montañés.

—Perjudicar... no perjudicaría. Pero mis hijos...

¡Los hijos! ¿Por qué habían de intervenir en aquella cuestión los hijos? ¿Y por qué habían de oponerse? ¿Les molestaría ver dichosa á su madre? ¿Combatirían su resolución por unos celos absurdos? ¿Se pondrían frente á ellos, envidiosos de su cariño, sin ninguna razón que les justificase, por cau-

sar dolor únicamente, como unos malvados? Y si se resolvieran á cometer tamaña herejía, ¿iban á consentir la iniquidad sin revolverse? Amparo dudaba de la indulgencia de los mozos, cuya única virtud era ser fieles al recuerdo de su padre, y temía que el culto que profesaban al difunto perjudicase al que le pretendía sustituir; pero el Montañés insistió tan elocuentemente, con tal confianza y tan amoroso anhelo, que la viuda, convencida ó deseosa de convencerse, se decidió á discutir el asunto.

Y apenas hubo que discutirlo. La noticia no provocó el temporal de recriminaciones, denuestos y burlas que ella esperaba. Como si la enormidad de la resolución hubiera aplastado á los jaques, contempláronse en silencio, tosieron con una timidez imprevista y no se arriesgaron, al principio, á formular la más liviana contradicción. Después, repuesto de la sorpresa, Plácido aventuró respetuosamente algunos reparos:

«El nada tenía que decir de tío Antonio y de nada le podía acusar. Era un hombre bastante macho, y en lo relativo á la decencia, mejor que faltarle, se podía asegurar que le sobraba. Pero si á él le petaba y le convenía el casamiento y á Amparo le convenía también, ¿petaríales y convendríales á los demás? Porque él y su hermano, sin casarse, iban á sufrir las consecuencias de

la boda, viviendo junto á un varón con el que habían hablado tres veces, cuyos gustos desconocían, cuyas rarezas ignoraban, cuyo carácter tal vez no se sometiese á las normas de la vida familiar. Y esto era peligroso. Además, el Montañés sería el amo de la casa; el amo de una casa que ellos habían regido, que ellos habían fortalecido con su esfuerzo, que les pertenecía y que no pensaban regalar».

Antes de que adobara la viuda su réplica, contestó Bruno:

«Para él no ofrecía el negocio dificultades de importancia. Si el Montañés, al que poco á poco irían conociendo, tenía sus defectillos, se los perdonarían; que en este mundo todos necesitamos perdonar para que nos perdonen. Y respecto á lo demás, á él le parecía ridículo intranquilizarse. Tío Antonio, que mantendría sus derechos aun á costa de la piel, sería el amo de la casa. Pero ¿llegaba el hombre desnudo? ¿No aportaba al matrimonio su caudal? Y ese caudal, doble que el de la viuda, formado por las mejores hazas de Aljorín y por los olivos más hermosos de la región, ¿para quién sería andando el tiempo?»

Estas palabras, serenas y previsoras, convencieron á Plácido. El noviazgo de los viejos se formalizó. La viuda compró unas co-sillas en la ciudad, corcusió unas humildes

galas, enjalbegó la alcoba para recibir á su nuevo dueño, y al rayar un luminoso día de primavera, una bendición la unió para siempre á él.

Al retornar del pueblo, Amparo, como de costumbre, abrió las puertas del corral al averio para que se buscara la pitanza por los campos y se puso á cocinar; y tío Antonio, tranquilamente, cogió un escardillo, invitó á sus entenados á seguirle y se encaminó hacia los trigales.

III

Tres meses después, tío Antonio era el amigo predilecto de Plácido y Bruno. Al menor le había cautivado por su destreza, por su cauta astucia de viejo luchador, por la feracidad de su meollo en tretas y marrullerías y por la gracia socarrona de su verbo, duro y conciso. A Plácido le conquistó por su energía y su fuerza juveniles, por su constancia y por la alegre intrepidez con que acometía los más recios trabajos.

Nada molestó á los ganapanes en su nueva vida. El Montañés sometióse á sus gustos, respetó sus costumbres y no descubrió en su carácter, entero y bondadoso, blando é igual, ninguna fea mácula. Era un compañero de los mozos, un buen camarada, que

sabía reír, que podía aconsejar, que no estropeaba una broma con los rigores de una virtud mojigata y esquiva, y que sólo condenaba un error después de haber auxiliado al que cayó en él por desmaña ó ligereza.

Su pasión, grande y honda, tampoco podía mortificar á los hijastros, porque el Montañés, discreto y pudoroso, ocultaba su ternura, velaba su ardor, y sólo cuando se recogía en el santuario de su alcoba entregábase á las expansiones naturalísimas del amor conyugal. Frente á los hijos, no había entre Amparo y él más que una decorosa confianza, propia de amigos mejor que de esposos. Los asuntos de interés se ventilaban en comunidad, y nunca era desatendida la opinión de los menores. Y si á esto se añade que tío Antonio intervino en algunas contiendas por ampararlos, que repartió golpes en más de una trifulca por defenderlos y que su actividad incansable les alivió en muchas ocasiones del peso mayor de la faena, se descubrirá el origen del cariño que Plácido y Bruno iban sintiendo hacia él.

Un acontecimiento con el que no contaban los mozos anubló un poquitín este cariño, todavía verde. Amparo empezó á engordar; sus caderas rotundas ensancháronse, su pecho matronil aumentó de volumen, sus mejillas se mancharon y su vientre de cuaren-

tona, redonduelo y pingüedinoso, se inflamó para troquelar una vida.

Esta novedad amohinó á los hijos. Plácido, sin referirse á nada concreto, habló de indecencias inaguantables y de porquerías fuera de razón, que le asqueaban, y Bruno satirizó la preñez maternal con palabras sueltas y con frases desprovistas de sentido al parecer, que lastimaban á Amparo:

—¡A buena hora, mangas verdes!

—¡A la vejez, viruelas!

Ni la madre ni su marido recogían las alusiones; pero tío Antonio, acobardado, ocultaba su alegría, aquella enorme alegría que obligábale de pronto á ensayar una gambeta, que le hacía correr sin prisa y reír sin motivo, y que, sin causa alguna, como en los días lejanos en que despertó su virilidad, arrancábale lágrimas ante un pajarillo, una mariposa ó una flor. Amparo no saltaba, ni se reía, ni lloraba. Corroída por una triste indignación, avergonzábale de haber florecido á las puertas de la vejez, y miraba con odio aquel vientre, al que no habían robado los años su fertilidad. Mucho tiempo estuvo sin hablar, abrumada, aplanada, como si hubiese cometido un crimen.

Una brutalidad de Bruno agravó su desconsuelo é hizo intervenir al Montañés. Estaba el embarazo muy avanzado, y la mujer, pesadísima, no trabajaba con su habitual di-

ligencia. Bruno, á quien privaba el despecho de su sagacidad y su prudencia, se impacientó almorzando, y protestó crudamente de la tardanza con que su madre le servía:

—¡Eh, tú!—chilló exaltado.—¿No acabarás? ¿Te paese bien que tós nos amolemos como si tós estuviésemos con la barriga en la boca?

—¿Qué dices, Bruno?—exclamó la madre pálida como el papel.

—¡Que yo no estoy preñado y que no tengo que jorobarme! ¡Eso, tú!

—¿Yo, poca lacha, granuja? ¿Qué modo es ese de hablar con una madre? ¿A que te esbarato la cara de un sosquín?

—Menos sosquines—gruñó el zampatortas.

Y lo dijo con tan insolente desdén que tío Antonio, lívido de rabia, se apresuró á desafiarle.

—¡Más sosquines!—rugió aporreando la mesa.—¡Ea, ya me jarté yo!

—Pero tío Antonio...—murmuró el bizco, dominado.

—¡No hay pero que varga! Ya me jarté yo y ya dieron fin tus cansiones.

—¿Yo me he metió con usté?—replicó Bruno mirándole aviesamente.

—Más te valiera. Porque te has metió con tu madre, con mi mujer, y faltarle á mi mujer, es peor que agofetearme á mí.

—Es que mi madre es mi madre. Y á mi madre no le pué molestar lo mío. Y si lo mío le molesta, boca tiene pa reñir, sin nesesidá de valeores.

—¡Y he reñío!—chilló Amparo.—Y gorveré á reñir, y te moleré en cuanti me pierdas el respeto. Por tontita me pasa lo que me pasa.

—Chss, Amparo—ordenó el Montañés.

—Por tontita—prosiguió la hembra con la voz mojada por las lágrimas y con un oleaje en el pecho que amenazaba romper el justillo.—Porque yo nasí tonta, y tonta y re-tonta me moriré. Que no sos hubiera dao gusto en tó; que hubiese tenío siempre la tranca en la mano, y no sos atreveríais á levantar la vista delante de mí. Pero, amigos, he sío blanda y ahora pago mi debilidadá.

—¿Tú?—exclamó sonriendo con fiereza tío Antonio.—¡Qué has de pagar tú mientras esté yo á tu lao!

—Se pensaría—refunfuñó Plácido—que nos amenasas usté.

—¿De veras?—preguntó el viejo con agresiva sequedad.

—¡De veras!—afirmó el joven, muy terne.

—Pos si lo piensas, tú sabrás si asiertas ó no. A mi tus pensamientos no van á quitarme las ganas de comé. Tus asiones y las de tu hermano sí me las quitan, y como eso es

un contradios, sobre este punto vamos á tirá las cartas boca arriba.

—Arsando—dijo Bruno—que yo me chiflo por la claridá.

—Y yo me güervo loco por ella—agregó Plácido.

El Montañés alzó la diestra en solicitud de silencio y contestó:

—Yo me he portao en esta casa como quien soy: como un hombre desente, que estima la pas sobre toas las cosas del globo. Por quitarvos de compromisos me comprometo yo muchas veses, metiéndome donde no me llaman; por ahorrarvos trabajo, me aperreo yo un día sí y el otro tamién, y mu satisfecho y mu gustoso; por evital una esborisión de esas que arremata el carselero ó el verdugo, he dao gorpes y he resibió gorpes. ¿Miento?

—No miente usté—declaró el bizco.

—Jasta ahora, no—añadió su hermano.— Pero ¿á dónde va usté á pará?

—Carma, que tó llega en el mundo. Digo que me he portao bien, y digo que creí que ustés se portarían lo mismo. Y ustés, ¿cómo se han portao? Dende que esta infelí se queó embarasá, dos lobos no alargan tanto el josico como ustés. Ustés con mal humor, ustés con fuño, ustés mermurando, ustés con salías de esas que, por la intensión, quemán á la propia nieve... ¡Y aquí se es-

pachurró el cuento, compadres! Porque si yo, por las güenas, soy un corderito, por las malas soy una serpiente boba.

—Sí que lo será usted—exclamó Plácido.— Pero si usted se mete por el camino de la majesa, no ha de dejarme atrás. Se tiene mal humor cuando el humor no es güeno, y se pone fuño cuando no hay ganas de reir, y se mormura cuando no está el cuerpo pa coplas. Y esto no sé yo que puea evitarse.

—¡Pos se evita!—gritó exaltado el Montañés.—¿Qué cochinería es esta? Y ¿qué se habían ustedes figurao?

—Figurarnos, na—masculló Bruno.

—¿Na? Y entonses, ¿cómo se explica ese cambio de ustedes?... Sí; ustedes se habían figurao, por lo visto, que nosotros nos casábamos pa mirarnos á la cara como dos frailes. ¡Pos ná de eso, caballeros! Nos hemos casao pa lo que se casa tó bicho viviente, porque no semos unos felómenos. Y por no ser unos felómenos, me paese á mí que no hemos caío en pecao mortá. ¿Está claro?

—No está turbio.

—Pos si no está turbio déjense de pamplinas y pónganse ustedes en la rasón, que á tós nos convendrá. A esa infelí hay que tratarla como si fuera una fló de mírame y no me toques. Porque al que le falte le voy yo á sobrar. ¡Es una mujé, señores, y es una madre, y va á traer al mundo otra criatura!

¡Otra criatura! Una criatura con el jugo de su viejo tronco; una criatura, sangre de su sangre, que medraría á su lado, que buscaría el calorillo de su cariño y la fuerza de su protección, que heredaría sus ideas y sus gustos, que sería para él toda ternura... Al pensar que tal vez la recibiesen con odio, el corazón se le inflamaba, cegábale una roja nube y sentía deseos de esgrimir furiosamente los puños contra aquella gentuza cruel para ablandarla á golpes, ya que era insensible á los estímulos de la bondad.

Bruno y Plácido, faltos de razón y convencidos de que el viejo no retrocedería, aguantaron la filípica sin chistar y suprimieron las viles indirectas con que censuraban á su madre. Sabían, además, que tío Antonio, cuando perdía los estribos de la prudencia y se encrestaba, era un hueso muy difícil de roer, y se achantaron con aparente humildad y hasta fingieron una alegría que muchas veces contrastaba con el torvo fulgor de sus ojos.

—¿Qué tal la vieja?—decíale el mayor al bizco cuando Amparo reptaba quejumbrosa por algún sendero, abrumada por la dulce pesadumbre de la maternidad. — Se necesita desahogo, ¿eh?

—Y agallas.

—¡Miá que á sus años!

—Y con ese galán.

Y se reían airadamente, ahogados por la rabia, y maldecían la torpe equivocación que les hizo consentir la boda. La consintieron precisamente porque el novio era el Montañés.

«Este individuo — pensaban — ha dado de sí todo cuanto podía dar. Tiene fincas codiciables; trabaja porque ya sólo se divierte con el trabajo; es marrullero y hábil porque ha luchado mucho y ha vivido mucho. Junto á nosotros, cultivando nuestras tierras y las suyas, derrochará los restos de su vigor, se apagará con rapidez, y un día, después de dejarle bien arropadito en el camposanto, caeremos sobre su caudal».

¡Sí, sobre el caudal! El viejo, el gastado, el inútil, era el que caía sobre el de los mozos. El viejo, que retoñaba en un hijo; en un hijo que sería el amo de todo cuanto juntó el Montañés y de una parte de lo que pudo rapiñar, exponiendo el pellejo, aquel valiente que murió con una brecha en la tripa y con otra en el cráneo.

Esta idea les torturaba. ¡El hijo del Montañés! ¡Aquel engendro miserable que «ya» vivía, que martirizábales sin respirar aún, que les robaba antes de verlos, antes de oír sus protestas, y que contaba con la justicia y con la ley antes de saber lo que era ley y lo que era justicia! Y llegaría, presentaría-se inexorablemente, y con sus primeros va-

gidos de animalucho ruín consumaría el despojo. «Una noche—decíanse—atrancaremos las puertas, registraremos el sobrado y nos acostaremos. Y á la mañana siguiente, *él*, el bandido, el foragido, sin que le hayan franqueado las puertas, estará allí, en nuestra casa, en *su* casa». ¡Su casa! Mucho habían ellos de alfeñicarse para consentir tal triunfo, y mucha suerte había de tener el engendro para lograrlo. ¡Que lo guardasen, que lo vigilasen!... Y con ojos que pretendían fulminar, examinaban el rotundo vientre, trinchera del enemigo, cubil donde escondíase el ladronzuelo.

No hubo más discusiones. Los hermanos empicáronse en bajar á la aldea, aprisco donde un varón furioso encontraba á cada paso pretextos para reventar unas narices ó hundir unas costillas, y hundiéndolas y reventándolas desavaharon sus cerebros, encendidos por la cólera.

Tío Antonio, en vez de censurar su holgazanería, triplicó sus esfuerzos para suplir la falta de los mozos, y hasta les animó á divertirse, con el fin de mantenerles alejados y evitar nuevas contiendas. No se hablaban más que lo preciso, y aunque tratábase con rústica cortesía, la cordialidad de sus relaciones no se restableció. Amparo recordaba continuamente las ofensas que la infirieron; el Montañés desconfiaba de los

hijastros, y éstos sólo interrumpían sus bélicas diversiones para rumiar y completar un proyecto de venganza y liberación.

Las primeras excursiones extraordinarias á Aljorín las costearon los lobeznos con sus ahorrillos, y al agotárseles el fondo reservado, acudieron á su madre, que, aunque sorprendida y sulfurada por aquella audaz alteración del orden establecido, no les quiso desairar. Pero las peticiones se repitieron, la temeridad de los mozos creció y Amparo sacó fuerzas de su avaricia y se dispuso á resistir.

Un domingo, Plácido y Bruno le cogieron las vueltas á tío Antonio, y mientras solazábase el viejo en un ventorrillo jugando unos chatos de mostagán á la brisca, cayeron sobre la infeliz mujer.

—Madre, que ya nos vamos — advirtió Bruno.

—Y á mí ¿qué me importa?—replicó.—Ya podíais está en el pueblo.

—¡De boquilla!—gruñó Plácido.—¡Sin un real!

—Eso quisiera su mersé—agregó el bizco.—No darnos ná y que ensima le trujéramos.

—Como que esa es vuestra obligación—dijo Amparo.

Bruno, riéndose con ironía, dejó caer una pregunta:

—¿Ganar pá ti y pá tu familia?... Ya lo oyes, Plásido. Nosotros, bestias de carga y ná más. Nosotros al trabajo tós los días, nosotros á suar por *ellos* y á dejarnos la juventú en los terrones. Y ná más. Es nuestra obligación.

—¡Tié grasia!—bramó, riéndose también, el hastial.—Lo mesmito que si fuéramos mulos. Trabajo y pienso. Y reviéntese usté ensima de la tierra, y ajorre usté un cochino cuarto, y coma usté como un misere, y no se arrime usté el vino á la nari... ¿Pá qué? ¿Pá que aluego venga otro á jartarse y á emborracharse y á rascarse la tripa á costa nuestra?

—Pero ¿qué otro es ese?—exclamó Amparo angustiada.

—Será el hijo del vesino—contestó Bruno.

—O uno mío—manifestó el mayor.—¿No me ves embarasao?

—¡Ah! De manera que...

La madre se ruborizó y calló unos instantes, con las pupilas arrasadas en lágrimas, y su debilidad conmovió á Plácido.

—¡Madre!—barbotó.— Con llorar no va usté á convencernos. Póngase usté en su sitio, y mire usté las cosas como debe mirarlas, y acuérdese usté de que á nosotros tamién nos ha pario. A nosotros nos ha perjudicao usté con el casamiento, porque la mitá de las fincas son suyas y porque en lo

suyo, el día de mañana, entrará á la parte el que venga. Va á ser como un robo—y perdone usted la expresión—y, sin embargo, nuestra boca no se abrirá y nos resinaremos. Pero, ¡riñones!, tenga usted consideración y no ajorre usted tanto, porque ya va á ajorrar hasta el aire. Y eso no es justo, ¡riñones! ¡Tó no va á ser pá el otro!

—¿Qué queréis?—murmuró Amparo entregándose.

Se consultaron rápidamente con la mirada y Bruno formuló la contestación:

—Un duro.

Volvieron á mirarse. Plácido un poquitín empavorecido por la enormidad de la exigencia, y Bruno asustado de su propio valor. Ambos pensaban que la madre, habituada á socorrerles con unos perros ó con alguna pesetilla, encresparíase al oír la petición; mas Amparo, anonadada, con tanto miedo como si estuviese ante unos salteadores, entró en su alcoba, cogió el dinero y lo entregó sin chistar.

La mujer no denunció el asalto. Cicatera, codiciosa y avara, en el fondo, disculpaba la ambición egoísta de sus hijos. Tenían razón: les iban á robar; de sus esfuerzos aprovecharíase un monigote que ni siquiera había logrado caldear con un soplo de cariño las entrañas que le albergaban. Escarbando en su memoria, recordaba sus anteriores

preñeces: el júbilo que la invadía al comprobar que había sido fecundada, su enternecimiento al sentir en las profundidades de su ser los latidos de otra existencia, los cuidados de que rodeábase para favorecer la gestación, la amorosa prolijidad con que cosía los pañales y cortaba los saquitos y bordaba los gorros diminutos que luciría el pequeñín... Ahora, no. Como si los años hubiesen agotado en su seno el manantial de la ternura, la fecundidad la había entristecido. ¡Un mamón! A su edad, con la vida organizada, sin las ilusiones de la juventud, con su actividad deslizándose sobre los carriles que tendió y afirmó el tiempo, ¿para qué quería un hijo? ¿No venía á perturbarla, á molestarla, á hacerla romper con sus hábitos y á perjudicarla en sus intereses?

Por este hijo de la sumisión resignada, los otros, los hijos de la pasión ardorosa, habíanle perdido el respeto y la obediencia. Por este hijo, brote inesperado de su vigor, había huído la cordialidad de su casa. Por este hijo tendría que sacrificar parte de sus ahorros, emplear en cuidarle la mitad de su tiempo y restar á la obra común casi todo su trabajo. Hinchada como un morcón, hombachona y plúmbea, ¿iba á meterse en las campañas para servir de estorbo en vez de ayudar á los trabajadores? Y después, cuando hubiese parido, ¿no la recluiría la lactan-

cia en el cortijuelo?... Habría que llamar á unas mocitas ó á unos zagales para que la sustituyeran, y habría que alimentarlos, y habría que pagarlos... por el mamón. Es decir, que el intruso, el pilluelo que á punta-piés la desbordaba el vientre, los robaría á todos, pesaría sobre todos como un castigo ó una maldición.

Estas reflexiones agriaron el humor de la jamona, con gran sorpresa del Montañés, cuya jocundidad aumentaba á medida que el fruto iba madurando. El sí era feliz, feliz por completo, como no lo había sido nunca, como no había creído que lo pudiera ser. Y su felicidad, untándole de mieles el corazón, le dictaba palabras cariñosas para responder á los términos insolentes y sonrisas benévolas para replicar á los ceños adustos. Soportó las exigencias de sus entenados con indulgente moderación; sostuvo la carga que abandonábanle con alegría y entereza, y aguantó las rabias y los caprichos de su mujer con inalterable bondad.

Un día, á mediados de Noviembre, tío Antonio, que se levantó al rayar el alba, entró una hora después en el cortijuelo con dos mocitas de Aljorín, contratadas para que ayudasen en las faenas de la recolección.

Aunque Amparo no ignoraba que iban á llegar, y aunque comprendía que eran indispensables, porque la aceituna se hinchaba y

podríase sobre las glebas, se irritó. «Aquel desbarajuste no se podía tolerar. Tiraban el dinero como los ricos, en lujos, en inutilidades. ¿Acaso ella no estaba en condiciones de recoger poco á poco el fruto? ¿Tenía, por ventura, un *paralís*? Pues en tonces, ¿por qué habían de achicar los beneficios recurriendo á gente extraña?»

Gruñó toda la tarde junto á las mocitas, tratándolas con despótica severidad y riñéndolas al menor descuido, y sin comer, con un sordo rencor que hacía maldecir por lo bajo y despreciar los mimos de su compañero, refugióse en la yacija. A media noche una punzada aguda la despertó sobresaltada. ¿Ya? Poco después, unos dolores infernales, como de ascuas que la socarrasen los entresijos, la torcieron y le arrancaron débiles quejas. Tío Antonio se levantó empavorecido y comenzó á vestirse.

—Voy por la comadre—barbotó conteniendo las lágrimas.

—¿Para gastar más?—objetó Amparo.—
¿Tiés una mina, hijo de mi alma?

—Pero mujer, si te abandonamos...

—Déjate de abandonos y no te preocupes.
Ya avisaré yo.

—Pero...

—Que ya avisaré, te digo. Esto no es ná entodavía.

Y acertó. Perdieron su intensidad los do-

lores, y al clarear el día, con una leve molestia que no quiso confesar, se levantó muy animada y se puso á trajinar en la cocina. Después del almuerzo se instaló en el solado para ver á los trabajadores. Las mozas tocábanse con gayos pañuelos y vestían sacos de lana y pantalones masculinos, que ceñíanse á las robustas posaderas. El Montañés vareaba. Plácido y Bruno, á cuatro pies, junto á las chicas, recogían el fruto, pero sin gran entusiasmo.

Reíanse y charlaban con necia emulación, ensayando chistes y componiendo madrigales, y con la rijosidad de dos perros, fijábanse, más que en el fruto que llovía sobre sus lomos, en las nalgas redonditas de las mozueltas.

El espectáculo indignó al ama, que se arrastró cuesta arriba dispuesta á restablecer el orden.

—Más vergüenza; pimpollos—dijo al incorporarse á las muchachas.

—Pero ¿qué hasemós, señá Amparo?—replicó una sulfurándose.

—¡Na! Y eso es lo que me pica. ¡Porque aquí sos han traío pa trabajar con alma! Y tú—prosiguió, encarándose con Bruno,—mira menos y menéate más. ¡A lo que importa!

Para dar ejemplo, acomodóse junto á un olivo y comenzó á coger. Estaba muy pálida

y el livor de las ojeras agrandábale los ojos.
—¿Qué tal?—preguntó discretamente el marido.

—Mejor. Descudia. Ya te avisaré.

Mas la molestia que le habían dejado los dolores de la noche anterior iba creciendo, y apenas tranquilizó á tío Antonio, tuvo que ahogar un grito de angustia.

—¡Ay, Antonio!... ¡Ay, Antonio, por Dios!... ¡Ay, Virgen del Rosario!

Quiso levantarse y huir hacia el cortijuelo; pero, de súbito, llevóse las manos al costado, dió un alarido desgarrador, y, trémula, rompió en sollozos, mientras el peso de la vida desgajaba sus entrañas. Y así, en pleno campo, al pie de un vetusto olivo, que se enterneció, y ante los ojos inocentes de una curiosa urraca, se realizó el milagro.

IV

Al intruso no le produjo la más leve satisfacción su llegada á la tierra y su ingreso en la sociedad de los hombres. Lloró al recibir en sus pulmoncillos la primera caricia del aire, como todos lloramos; pero, después, cual si adivinara lo porvenir, y como si se arrepintiese de haber modulado aquellos gemidos salvadores, que le garantizaban la vida, apretó los puños, contrajo el rostro y

se aperreó con la más terrible é inaguantable rabieta que pueda imaginar criatura alguna.

Y, sin embargo, no fué mal recibido. El primer pecho femenino donde apoyó su cabezita, el de una cogedora, había apurado todo el arte de los cinceles divinos y temblaba de caridad y compasión. Los labios que servían de fontana á la ternura de aquel pecho posáronse, piadosos, sobre su frente, y otros labios, los de un pobrecito al que la paternidad sacudía con un ciclón de emociones, buscaron amorosos sus manecitas y sus pies.

Luego varió la escena y hubo atrevimientos merecedores de amarga censura. No era un amorcillo el pequeñín; tenía un desagradable color de barro bermejo, la cabeza alargada, los ojos verdegueantes como dos sapitos, la nariz larga, la voz desapacible; pero nadie le examinó con tibia indulgencia ó con fría imparcialidad, porque á las mujeres y á tío Antonio les cegaba el llanto, y porque á los dos zampatortas—únicos que podían examinarle—les inflamaba el rencor.

Bruno le miró largamente, y satisfecho de la fealdad y de la insignificancia del recién nacido, soltó una carcajada. Plácido exteriorizó sus impresiones con más franqueza aún:

—Es feísimo. Es un asco de feo.

—¿Un asco mi niño?—protestó el Montañés.

Pero las impresiones recibidas le habían alfeñicado de tal modo, que no tuvo fuerzas para enfadarse.

—Ya veréis—dijo un poco avergonzado y con la timidez de una criatura que es criticada razonablemente,—ya veréis cuando crezca. Es mu chiquitin el pobretico mío. ¿Verdá, monicaco, granuja?

El chico, al que su padre zamarreaba, contestó á la interpelación arreciando en sus gemidos, y esta prueba de inteligencia satisfizo al tío Antonio.

—¿Eh, cómo entiende?—exclamó.—No se le pué llamar granuja. Mira, mira qué gofetás me arrea.

Besó al muñeco, y amenazándole después cómicamente, gritó fingiendo una terrible cólera.

—¡Muchacho, que soy tu padre! Y con un padre ¿se porta uno asina? ¡Eso no está bien ni medio bien!

Callóse el recién nacido, y en su silencio vió el Montañés otra prueba indiscutible de finura de meollo.

—Miren qué ojuelos pone de enfadao y de tío riñonúo. Este va á tirar de navaja en cuantito lo jurguen ó lo miren con mala intención.

—Paese un pepino—declaró Plácido.

Y Bruno, incapaz también de conmoverse ante las supuestas habilidades de la criatura, asintió con una risotada.

—Sos he dicho que ahora no tié vista—institió el padre.—Ya creserá y entonses hablaemos.

Pero ¿crecería? Aquel montonzuelo de huesos, aquel esqueletillo, aquella piltrafa, ¿llegaría á robustecerse y á medrar? Plácido lo negaba con un convencimiento absoluto y Bruno lo ponía en duda. El llorón tenía cara de viejo, cara de hombre cansado de vivir, y un porrazo, una mojadura ó un soplo de aire le enviarían al limbo. En esto convino apesarado el Montañés, que palpaba las pocas chichas de su heredero, y el desagradable augurio de los mocetones proporcionó un tema para conversar.

El viejo no se resignaba á admitir la idea de que su hijo muriese, y á las filosóficas consideraciones con que los hermanos pretendían ocultar su júbilo, oponía la ardorosa tozudez de su deseo.

—¿Por qué ha de morirse?—exclamaba.—¿Es el único niño que ha nasío enclencle y que aluego ha cuajao?... Que se afisione á la teta, y que le aproveche, y que emprensie á gatear, que de lo demás me encargo yo. ¡Tragos de vino aniejo, magras, sopitas de la oya y veréis al enclencle engordar y ponerse como un toro!

—Sí; pero la cosa es—objetaba Plácido—
que se agarre á la teta.

—¿Y por qué no se ha de agarrar?—decía
tío Antonio.

A lo que replicaba, aplastándole, Bruno:

—Porque es hijo de usted y no mío, y por-
que usted pasa ya de los cincuenta.

—Y eso...

—Eso es lo peor de lo más malo. En el
mundo todo tiene su época, y los viejos, que
hasen tomisas á la profesión, hasen los hijos
mu malivamente.

—Sigún.

—No hay sigunes que vargan.

—Es que cuando el hombre no ha abusao
y conserva su sanidá...

—Lo que es como la sanidá esté ransia...
Desengañese usted: todo tiene su época, y los
hijos hermosos son los de la juventú.

Pero aquel hijo de la madura edad del la-
brador no era una de esas flores sin jugo
que no pueden frutecer. Tenía jugo abundan-
te—el que absorbió de diez lustros tan ju-
veniles, frescos y lozanos como una prima-
vera—y aplicóse á las ubres maternas con
gentil denuedo, y embarneció con increíble
rapidez y se embelleció con inaudita preste-
za. A la semana, blanco ya, con los ojos azu-
les y con la nariz empequeñecida por el cre-
cimiento de los carrillos, era guapo; al mes,
fuerte, lucio y lindísimo, y á los seis meses

un angelote que seducía por su listeza, por su gracia y por su milagrosa hermosura. Había heredado la bondad y el genio vivo de su madre y la reciedumbre y la prudencia de tío Antonio, y apoderábase como un bravo de lo que se le antojaba, y sufría con estoicismo los azotes, y revolcábase con el mastín en cariñosas peleas que le robustecían, y devoraba con su boca sin dientes durísimos corriscos. El Montañés enloqueció por el chiquitín y no se hartaba de besar sus mejillas como la leche y sus rizos como las candelas, y á la madre la socarró por fin el cariño al ver entre sus brazos aquel primor de criatura.

Su belleza maravillaba y enorgullecía al matrimonio, y servíale al viejo para aguzar los dardos de su pobre malicia, que aconsejábale tomar una inocente represalia.

—¡Eh, tú, Brunillo!—decía con un gesto de triunfo.—¿Te acuerdas de aquello de las tomisas, y de las épocas, y de la joventú?... ¡Pos toma tomisas y trágate el paquete!

—¿Yo?—replicaba el mastuerzo, procurando sonreír.

—Y tú, Plácido—continuaba el Montañés—¿te acuerdas de aquello del pepino? ¡Pos chúpate ese pepino! ¿No sos dije que cuando cresiera tendría que ver?

—¡Sí tié que ver el luserito de mi corazón!—apoyaba Amparo, comiéndose á besos

al chiquillo.—Como que es el rey del mundo y tié más talento que el Papa y más travesura que el demonio.

—Y, sin embargo—añadía burlón tío Antonio,—lo fabriqué yo, Brunillo. ¡Un viejo! Digo, á no ser que esa haiga hecho trampa.

—¿Trampa?

Y Bruno procuraba otra vez sonreír, como si le agradase la broma, y Plácido fruncía el peludo entrecejo, sin poder disimular su encono. Pero el bízco odiaba mucho más que él, con más ardor y más fuerza, al pequeño. Odiábale el mayor porque había nacido para robarle; odiábale, además, el menor, porque no era, como él, feo, grasiento, patizambo y bízco.

En cuanto el chiquito—que se llamaba Antonio, como su padre—empezó á medrar, convirtióse en la preocupación de sus hermanos. No hablaban más que de él, de la salud insolente del ladronzuelo, de su voraz apetito, de su inalterable alegría. Y pensaban al trabajar que laboraban para él, para que la madre ahorrarse, para que adquiriese el padre nuevas fincas que aumentarían el caudal del intruso. No les arrebatava, pues, lo que ya tenían ganado solamente; robáballes del mismo modo lo que ganarían en lo porvenir; enriquecíase con sus esfuerzos, chupáballes el sudor y la sangre y se interponía entre su ambición y su esperanza.

Un día Plácido le cogió por las piernecillas, á espaldas del cortijuelo, con intención de estrellarlo contra el muro.

—¡Le voy á pegar un chocaso! ¡Maldito sea!

El bizco se lo arrebató y pudo contenerle.

—¿Y la carse, alimá? ¿Te vas á perdé?

—Lo prefiero.

—¿Y no sería más conveniente acabar con él sin compromiso?

—¿Y de qué forma?

—Tú déjame á mí, que yo la buscaré.

El niño, asustado por el violento gesticular de los mozos, lloraba, y Bruno, con una dulzura en la voz que contrastaba con la brutalidad de los conceptos, intentó consolarle:

—¡Calla, ladrón! ¡Me cisco en tu padre y en toa tu casta cochínísima! ¡Calla, y mal tiro te den!

Aplacóse el chico, y continuó razonando:

—Hay que acabá con él, sin que él acabe con nosotros. Y por salvar una parte, no vamos á perderlo to, hasiendo una borriquera. Tú dejame á mí, que estoy cavila que cavila y acabaré por encontrá.

—Pos encuentra, por lo que más quieras, y pronto, pa que yo no dé un estallío. ¿Te pueo ayudar?

—Ahora, no. Digo, pués ayudarme fin-

giendo una mijita con ese ratón. ¿Qué trabajo te cuesta? Jale carisias y mimos, como si estuvieras atontao con él. Fíjate en mí.

Y se fijó Placido y hasta quiso imitarle; pero su selvaticidad era incompatible con las astucias del fingimiento, y trocaba en muecas las sonrisas que dirigía al pequeñín, y cuando lograba ocultar la aversión que inspirábale, no conseguía travestir con la máscara del cariño su despego. Bruno sí disimulaba como un gran actor. Las gracias de Antoñín no tenían un comentarista más entusiasta que él, ni sus travesuras un testigo más benévolo y regocijado, ni sus debilidades mal olientes una víctima tan resignada y risueña. Después de comer gateaba detrás del chiquillo, diciéndole que era un zorro y que le iba á morder en las piernas, y aguantaba los palos del angelote, que descalzabase de risa, y simulaba un terrible pavor, y, para rematar el sainete á gusto del mocoso, hacíase el mortecino. Otras veces sentábaselo en los muslos, le obligaba á saltar, divertíale con sus truhanerías de payaso, y le arrullaba, finalmente, con delicadeza femenil, hasta que el pequeño se dormía.

Esta conducta enterneció á la madre y cautivó al Montañés, engañados por la habilidad prodigiosa del cómico.

—Es mú nobletón—decía, refiriéndose á él, Amparo.—Mi Bruno ni tiene ni ha tenío

nunca ná de rencoroso. Le ha tomao cariño á la criatura, y ahí ves.

—Pero ¿quién que la vea no le toma cariño?—preguntaba el viejo.—¿Ha nasío de madre una cosa iguá?

—Sí, pero mi Bruno...

—Bruno es güenísimo. ¿Te lo voy á negá? Güeno hasta los tuétanos. Ahora que, con el chiquitín, los mismos tigres no serían malos.

Tal confianza, prevista por el bisojo, colmaba su júbilo, porque no tardaría en proporcionarle alguna ocasión propicia para obrar. El niño, engatusado por sus farsas, arrastrábase detrás de él, mendigando caricias y aleaba lloroso para que le tomase, y de esta afición del mocosuelo valíase el ruín para ir preparando la tragedia. Un día vió correr á unos pelantrines, acometidos por un toro furioso, y dejó al chiquillo en la carretera para que el bruto le despanzurrase; otro día, al volver de la aldea con Amparo y tío Antonio, delante de ellos, con satánica habilidad, precipitó al nene por un talud.

Y así, espiado por unos ojos en los que acechaba la muerte, fué creciendo Antofuelo. Cuando el tiempo era crudo ó excesivamente caluroso, dejábale su madre en la cuna, bien dormidito y amarrado para que no se cayese si despertaba antes de que ella pudiera retornar; y en las tardes bonanci-

bles llevábaselo á las campiñas ó á los olivares y lo dejaba sobre la hierba ó acomodábale en un alcorque. Antoñín jamás se aburría: labraba la tierra con un aradito muy cuco que le había hecho su hermano, deshojaba flores, examinaba con pasmo y admiración á las hormigas y maravillábase del flautín del mirlo y de la agilidad de aquellos gorriones que saltaban entre sus muslos y á los que nunca podía coger.

Algunas veces invadía á Antoñuelo un loco afán de correr aventuras y alejábase á gatas detrás de una mariposa, ó recorría toda la longitud de un cordón de hormigas, ó trepaba á un ribazo con la esperanza de descubrir el misterio de un arco iris. En una de estas expediciones, Bruno le arrojó á una noria; pero momentos después, cuando la familia, alarmada, salió en su busca, oyeron sus gritos, movió el Montañés el andaraje, y apareció el aventurero enganchado junto á un arcaduz y mojado como un ranito. En otras escapatorias púsole el bizco á orillas del arroyo, profundo, alborotado y de ancho cauce. Un resbalón, entregándole á la corriente, le habría hecho desaparecer; pero las juncias y las gayombas le apresaban, los pájaros le distraían para que no se moviera, y el agua misma, para no sepultarlo, le asustaba con su estrépito y sus espumas.

A veces, Plácido se impacientaba con el bisojo.

—¿Y esas cavilaciones?—gruñía.—¿Darán lumbre ó no?

—Darán lumbre.

—¿El siglo que viene?

—Antes.

—¿Cuando estemos más arrugaos que las pasas y nos puéa él degollar?

—No degollará ese.

—¿Ni siguiendo así?

—¡Ni siguiendo así! ¿Cómo voy á desirte que estoy buscando y que me dejes?

Pero no encontraba. Siendo muy ducho en tretas criminales y muy fértil en pensamientos malvados, no descubría el modo de exterminar al ladronzuelo, al que la suerte protegía con rara persistencia. Una tarde le azuzó al mastín, viéndole protestar con sus gañidos de una barrabasada del nene; pero el mastín, que adoraba á su tiranuelo y que le permitía hurgarle en los ojos y tirarle de la lengua, se revolvió furioso contra Bruno. Una mañana, mientras Amparo, que estaba caldeando el horno, iba á la casa por el pan, incendió unos haces de sarmientos y retamillas secas sobre los que dormía Antoñín; pero retornó á tiempo la madre y él mismo le tuvo que librar de la hoguera. Puso á contribución toda su malignidad y en juego todos sus recursos y nada consiguió.

Si entregábale al pequeñín la escopeta con el gatillo levantado, el gatillo no caía; si arrojaba sobre él, como al descuido, algo contundente que le pudiera aplastar, un movimiento imprevisto ó un error de cálculo salvaba al angelote; si conducíale á la cuadra, hasta los mulos falsos se encogían para no destrozar de un pisotón á aquella figurita tan gentil.

Y ya el patizambo—á quien poco á poco invadía un supersticioso terror—desconfiaba de los recursos de su astucia, cuando un gruñido colérico, de fiereza, de estupidez y de hambre, le dió la solución. El cerdo le auxiliaría; el verraco, traspillado por los amoríos, alampante siempre, y siempre con el fulgor de la crueldad en los ojuelos feroces, remataría la obra.

Aquella noche Bruno obsequió con una sonrisa alegre á su hermano.

—¿Qué hay?—le preguntó el hastial.

—Pos hay que ya encontré.

—¿De veras? ¿Por tu salú, Bruno?

—Por mi salú. Y tú pués ayudarme. No le echés comía al verraco.

—¿Por?...

—Por lo que se verá. Y no me preguntes, porque ya se serró mi boca.

—¡Pero chiquillo!

—¡Ná! Que no me entrego ni á mi padre que «me se» presentara.

No insistió Plácido, aunque le mordía la curiosidad, ni añadió palabra el bizco. Al día siguiente segaron el Montañés y los jaques la cebada tísica del olivar, y ni en ese día ni en los dos que emplearon en trillarla, aventarla y recogerla salió Amparo del cortijuelo. Tampoco salió mientras el marido y los hijos trabajaban en las hazas más distantes, por no cargar con el pequeñín ó por no abandonarle; pero cuando hubo que segar la mies más próxima á la casa, se incorporó á ellos decidida á vencerles en actividad y brío. Al alba, aprovechando el sueño del angelote, uníase al Montañés, cogía la hoz y esforzábale por avanzar á su paso, ansiosa de competir con los hijos, que laboraban en opuesta dirección, ocultos por el cortijuelo. Un par de horas después retornaba junto al nene, y por las tardes, reclinábase con él, ó le llevaba al tajo para que alegrase la faena con sus travesuras saladísimas.

Una de aquellas mañanas aprovechó Bruno. Escurrióse sin advertir al hastial; en dos trancos se puso en el cortijo, y sin vacilar, con la decisión del que ha meditado mucho lo que va á hacer, acercóse á la pocilga y comenzó á hostigar al verraco. La bestia, privada de su ración, gruñía furiosamente, encarnizados los ojuelos y al aire los colmillos, y mordía el palo que la martirizaba, y arrojábase contra los muros. Entonces el

bisojo, con un cacho de pan en la diestra, abrió la puertecilla, defendióse á leñazos del feroz ataque, retrocedió pausadamente hasta llegar á la cocina, arrojó el mendrugo á la cuna de Antoñín y traspuso el umbral de un brinco. Y por la ventana vió el horrible, el salvaje, el infernal espectáculo: vió un hocico que apartaba unas ropas y que hundíase glotón en un vientre de nieve; vió unas manecitas que se contraían y un rostro en el que estampaba el dolor su más trágica mueca; vió unos ojitos de los que huía la luz y una albura de lienzo y de carne que se manchaba de rojo... ¡Y no mató el horror al asesino, ni cubrióse el cielo con los livores del luto, ni la casa se tiñó de sangre! Del tapial blanquísimo partieron con sonoro ale-tear unas palomas y perdiéronse en el azul. Y el fratricida volvió lentamente al tajo, escupióse en la diestra y empuñó la hoz.

FIN

EL CHIQUITO DE LOS QUIEBROS

El chiquito de los quiebros

I

Aquella tarde Chomín Zurro, el dueño del gran «Café de la Industria», sorprendió una vez más á sus parroquianos.

—¿No saben ustedes, señores?—les decía á los que formaban las tertulias más numerosas, guiñando los ojos como si les fuese á obsequiar con alguna excelente nueva.— Hoy no tenemos consierto. ¡Paro general de músicos!

Reíase á carcajadas, enorgullecido de su travesura, y cuando los aficionados á la música torcían el gesto, explicaba la novedad con un diluvio dulzarrón de palabritas afectuosas, fingiendo que se emocionaba, ó con unas réplicas contundentes, en las que el hábil camandulero sabía poner esa brusquedad que utilizan muchos píos varones para travestir la honrada blandura de su corazón.

—Es que vino ese Morán, ¿sabéis?... Morán el periodista. Pues vino... tres días está para haser si no me equivoco... Sí, tres días.

Justo. Y va, ¡me sisco en San Jinojo!... y me dise: «Chomín, usted es mi hombre». «Caray, Sr. Morán, yo vivo del público y soy el hombre de todos mis parroquianos. Porque para mí, el que entra en mi establecimiento es cosa sagrada y algo más». Y sigue él con finura y yo correspondiendo, y me toca el muy cuco en la fibra sensible: «Chomín, yo necesito que me deje haser en la «Industria» una caridá. Yo quiero proteger á los toreros de nuestra tierra que no se han dado á lus... Yo sé, me consta, que no se han acabado los *Chiquitos*, y que hay por esos rincones más de un *Cochero* deseando sumbar... Con que si usted quiere que esos muchachos suban, déjeme sitarlos aquí... y verá usted una subasta *chirene*...» ¿Y qué iba yo á contestar?... ¿Soy yo un tigre?

Los parroquianos hacíanse del ojo sonriendo.

—No. Yo no soy un tigre, y por mi causa no pierde nadie su fortuna. Y así, voy y me pongo á reflexionar, reflexiona que te reflexiona, y me tiro estas cuentas: la obra de caridá gusta, es bonita, porque en el cuerpo, dígase lo que se *dígase*, hay su buen pedaso de alma. Pero... ¿y lo demás?

Y Chomín suspiraba y añadía amargamente:

—¿No es duro que un ser como yo, que no tiene, quitando los hijos, más gusto que to-

car el violín, se quede un día con las ganas de tocarlo?... ¿Y no fastidia eso de que en un café como este café se metan quince ó cincuenta cuitados, susios que se estarán, para salir con voses y tonterías y consumir poco ó no consumir?... ¡Franquesa, caray!... Si no tengo rasón, digan ustedes que no tengo rasón. ¿No la tengo?

Mas la parroquia, interesada por los torrillos en agraz y por sus protectores, que entraban en la «Industria» tímidamente y que se iban acomodando alrededor de las mesas que rodeaban la plãtaforma del sexteto, no favorecía con sus contestaciones á Chomín.

Entre los que acudían para disputarse los puestos del cartel veíanse labriegos de ojos bovinos, facciones pronunciadas y extremidades recias y groseras; marinos de movimientos tardos, mejillas curtidas y biceps hercúleos; obreros de las fábricas, socarrados por la fiebre de una labor sin tregua, secos, nerviosos, adustos; mineros de caras terrosas y ojos sombríos; aldeanos bobalicones, con las miradas fijas y sin expresión; gabarreros, grumetes, faquines, mendigos, vagos... Los aspirantes á triunfar en los cosas apenas se diferenciaban de sus favorecedores y amigos. Empeñábanse los pobres en saludar con gentileza, en bracear garbosos, en pasearse con un nalgueo que maravillara por lo chulo; mas eran sus ca-

taduras tan antitaurinas, tan fúnebres, tan graves, que ni siquiera hacían reír los desdichados con sus ridiculeces.

Morán, con dos ó tres corredores de comercio, excelentes muchachos, pero disolutos y loquillos—como todos los que varean la plata, aunque sólo la vareen con la imaginación—metióse en la «Industria» á la hora convenida con Chomín, y repartiendo sonrisas y apretones de manos con simpática modestia, sin envanecerse de su popularidad, subió á la plataforma, y después de exhibir los dientes, no porque le enorgulleciera su pardo color, sino por imitar á los oradores, encaróse con el público:

—Cabayeros...

Hizo una pausa á fin de que los caballeros, que carraspeaban y revolvíanse, pudieran colocarse á su gusto, y cuando se convenció de que no perderían ripio, con mucha bravura, pero un poquitín emocionado, comenzó á trepar por las laderas del exordio:

—Yo creo, señores, que todos ustedes saben quién soy yo. Todo Bilbao me conoce, porque mi vida es tan de cristal como esta copa.

Morán, que había cogido una copa, para reforzar su afirmación la hizo trizas, y este rasgo le conquistó la benevolencia del auditorio.

—Es un mosito ese Morán.

—Con alma.

—¡Lástima que no «sería» republicano!...

Un enérgico siseo de los más impacientes obligó á callar á los comentaristas y el gacetero prosigió:

—No he dicho lo que he dicho á humo de pajas. Yo sé adónde voy. Y voy á que todo Cristo se entere de que aquí yo no sacaré más que trabajos y disgustos. Yo he organizado esta corrida para que se den á conocer los toreros noveles de nuestra tierra. Porque aquí hay toreros. ¡Los hay!... ¡Con redaños! ¡De los que suben!... ¡De los que ganan á espuertas el dinero!

—¡Ahí le duele!—exclamó un viejecillo patibulario, dándole con el codo á una especie de orangután, que temblaba de júbilo oyendo al orador.

El periodista agradeció la interrupción con una mirada y dijo dulcificando el gesto y moviendo los brazos apostólicamente:

—Por esos muchachillos sin fortuna peleo yo. Para que los desdichados de hoy sean los triunfadores de mañana. Y su gloria, y no el dinero, es lo que me interesa. Así es que yo, exponiéndome á perder, no he de guardarme ni un ochavo. ¿Que se llena la plaza?.. Pues abono los gastos, le doy á las cuadrillas, proporcionalmente, la mitad de lo que se gane, y deposito la otra mitad en

mi caja para organizar corridas, pagando, entonces, como cualquier empresario. ¿Que no se llena la plaza y no saco ni para pagar los novillos?... Pues... ¡qué demonio!... me consolaré de la pérdida, pensando en que alguien me la premiará alguna vez.

—¡Eso si habría Dios!—dijo con voz tonante el orangután.

Y antes de que estallase en palabras el murmullo levantado por la impía afirmación, intervino Chomin:

—Política, no. ¡En mi establecimiento no se admite política!... Adelante, Morán.

El nombrado apresuróse á reanudar su discurso:

—Ya poco tengo que decir. Sólo he de notificarle á los interesados que, aunque en Julio es casi imposible encontrar toros, yo los he encontrado. Escribiendo mil cartas, pidiendo cien mil recomendaciones, y rasándome el bolsillo; pero, en fin, los encontré y ya están en los corrales de Indauchu. Y no se figuren ustedes que son de Miura. ¡No, caramba! Yo no soy un verdugo. Son de tres ganaderos que como todavía no tienen cartel, me han vendido la flor de sus cerrados. El primero es navarro, de la viuda de San Francisco; el segundo, gallego, de Castañeira, un criador que va á quitar muchos moños; y el tercero y el cuarto, de D. Aquiles Escofet, han nacido en la Ar-

gentina. Ya se les ha pasado el mareo, y comen que es una bendición. Y ahora, una pregunta: los bichos no son castillos, ni mucho menos, porque no los va á matar el Bomba; pero uno, el de Castañeira, me parece que tiene demasiado largos los puñales. ¿Se le cortan?

El orangután levantóse de un brinco, escupió una riolada de interjecciones, y se opuso á la mutilación con toda su energía:

—¡Yo quiero cuernos!... Pa mí los cuernos, aunque se lleguen á la luna, como si no. El toro es animal de cuernos, y si se los quitan, como si no sería toro.

Estas animosas aseveraciones fueron aprobadas con calor, y el gacetero, sin replicar, llamó á un mozo que guardaba las localidades, y golpeó un timbre.

—Va á empezar el acto, señores. Atención. Puesto de primer espada en la corrida de los noveles, con derecho á matar un magnífico toro de la viuda de San Francisco. ¿Hay quien dé algo?

—Sien pesetas—gritó el viejecillo.

—Quinientas—dijo tranquilamente un caballero gordo, avanzando desde el interior del café hacia la plataforma.

Los noveles y sus compadres, que no contaban con tal competidor, se alarmaron. Hubo unos momentos de perplejidad, y el

periodista apeló á todo su disimulo para que el júbilo no se le conociera en la voz.

—Quinientas pesetas, señores. Ofrecen quinientas pesetas por el primer puesto. Por el puesto que da la antigüedad. Quinientas pesetas.

—¡Setesientas!—exclamó el vejete, clavando la mirada en el gordo.

—¡Mil!—repuso éste limpiándose el sudor con una serenidad absoluta.

El viejo, el orangután, los maletillas y los obreros miráronse acobardados, y un hastial con trazas de cargador dijo golpeándose en el muslo:

—Así no hay quien compita.

No era posible competir, y Morán tocó el timbre y adjudicó el primer puesto.

—Supongo—exclamó dirigiéndose al caballero—que no será usted...

—¿El torero?—preguntó éste interrumpiéndole.—No, señor. ¡Yo he toreao ya mucho en esta vida! El torero es Serafín Jorigaberri, alias *Zapato*... Ven acá, hombre. Arrímate.

Zapato, que estaba en el fondo del café con unos amigos del obeso, se aproximó á la plataforma contoneándose y saludó llevándose la diestra al frontal. Era un hombrequito flacucho, con voz de flauta, tierno de ojos, largo de brazos y un poquitín jorobeta. Sus dientes se inclinaban unos hacia las

profundidades de la boca, huyendo de la nicotina de los labios, y proyectábanse otros hacia el exterior, amedrentados por las negras oquedades de la sima. Serafín, por su constancia en la embriaguez, por su salacidad de mico y por sus audacias de propagandista radical, había conseguido ganarse la admiración de la chiquillería y la benevolencia de los aficionados á lo absurdo, y otras bellas cualidades, entre las que se destacaban su bizarría para infringir las leyes con vítores subversivos ó irrespetuosos, y su resistencia para aguantar puñadas y coces, le habían valido la gratitud de guardias y policías, que, gracias á él, lucíanse en recibimientos sonados, deteniéndole en cuanto se escurría, ó desahogaban su cólera, si un empacho de orden y legalidad exaltábales, cayendo sobre las costillas del vagabundo. Como torero, *Zapato* no podía apuntar en su haber ninguna hazaña. En cierta ocasión arrodillóse frente á un buey y le mordió en la punta de un cuerno; pero cuando recibió el mordisco el buey, que había sido atropellado por una locomotora, acababa de morir. A sus piojos sí los mataba bien *Zapato*, que tenía igualmente una destreza maravillosa para burlar á los tranvías en sus arrancadas y á los perros en sus persecuciones; mas semejante destreza—fuerza es confesarlo—no justificaba la seguridad con

que hablaba el héroe de vencer á los toros en el ruedo.

—¡Qué!—le preguntó Morán.—¿Hay ánimos?

—Pa poner tripa arriba á sien elefantes.

—Bien, hombre, Serafín.

—Este—declaró el gordo, mientras contaba un fajo de billetes—es mucha persona. Por eso nosotros le hemos protegido.

Y en un tono ambigüo, sobándose con sarcronería la cogullada, agregó:

—Pa disfrutar.

El periodista cogió el dinero, entrególe al gordo localidades por valor de mil pesetas y dirigióse otra vez al concurso:

—Vamos á seguir, señores. Ya han visto ustedes que el primer espada de esta corrida sensacional es el popularísimo *Zapato*. Ahora hay que ver quién es el segundo, é inmediatamente se subastarán los puestos de las dos primeras cuadrillas. Conque... ¡adelante con los faroles!... Puesto de segundo espada, en la corrida de los noveles, con opción á matar un soberbio toro de Castañeira, cortándole los cuernos ó sin cortárselos.

Esta vez rompió el fuego Chomín:

—Treinta pesetas.

El orangután, al ver que era un burgués el que ofrecía, se levantó inmutado, queriendo fulminarle con los ojos.

—Pocas pesetas, amigo—barbotó.—Hay que sacarse más del moquero.

Morán le llamó al orden con cariñosa energía:

—Aquí no se discute. Se puja y basta con pujar.

—Es que si ensima que venía uno pa salir de primero, no sale ni de segundo...

—Pues no hay más que pujar de firme.

—Es que no venemos contra los ricos. Y si se ponen á gastar...

—¿Y qué voy yo á hacerle?...

Hubo una pausa, y Morán repitió la oferta:

—Seis duros, señores. Treinta pesetas dan por matar el magnífico toro gallego.

—Sesenta—exclamó el viejecillo.

—¡Sien!—gritó un marinerote patilludo, dejando caer su manopla sobre la mesa.

Pujaron cuatro ó cinco individuos con prudencia, defendiendo el dinero, espiándose á hurtadillas. Veíase claramente que la aspiración de todos era triunfar, gastando menos de lo recaudado. Cuando el patilludo ofreció doscientas pesetas, retiráronse dos licitadores, y al llegar el vejete en sus ofrecimientos á las trescientas cincuenta, cerró el pico un animoso pelantrín. Quedaron solos el marino, que defendía al candidato de los pescadores de su pueblo, y el anciano, que, en representación de otro pueblo, velaba por la futura gloria del orangután.

El periodista, para enzarzarlos, excitó hábilmente á los campeones:

—Trescientas cincuenta pesetas se ofrecen por el segundo lugar. Hay quien suelta la bonita cantidad de setenta duros por hacerse famoso en un cuarto de hora y ganar después seis ó siete millones. Trescientas cincuenta pesetas se dan por seis millones. ¿No hay quien suba?... ¿Es que parecen caros esos millones que tiene entre los cuernos el toro de Castañeira?...

—Cuatrosientas—aulló el marino.

—Sincuenta más—dijo el vejeté, á quien le temblaba la mandíbula.

Y el gacetero tornó á excitarlos, valiéndose de su artimaña:

—Cuatrocientas cincuenta pesetas por siete millones, diez mil orejas de toro, cincuenta mil novias y los aplausos suficientes para perder el oído... No son muchas pesetas todavía, ¿verdad?

El de las patillas le respondió, pujando con tales bríos que su adversario se alarmó:

—¡Seisientas!

Durante algunos segundos hasta las moscas de la «Industria» suspendieron sus volatines para no perder ni un detalle de la pelea. Los maletillas y sus compadres, con los ojos muy abiertos, escuchaban, casi ahogados por la emoción. Los mismos corredo-

res examinaban al marino, apoplético, y al vejete, azorado y tembloroso, con viva curiosidad.

—Se acabó el viejo—murmuró el amigo de *Zapato*.

—Son demasiadas «chiquitas»—apoyó un corredor.

Y Morán, impertérrito, formuló una pregunta zumbonamente:

—¿Doy la celebridad por seiscientas pesetas?... ¡A la una!... El formidable toro de Castañeira, el de la suerte, se va á adjudicar. ¡A las dos!

—¡Setesientas cincuenta pesetas!—chilló el anciano, con la misma angustia que si escupiese el alma.

Se escuchó un murmullo de asombro, y se vió al marino palidecer, consultar unos apuntes y hacer un mohín de ira.

—¡Setecientas cincuenta pesetas!—repitió Morán;—tres mil realazos justos y cabales se dan por competir con el *Gallito* dentro de tres años. Tres mil reales. ¡A la una!... ¡Setecientas cincuenta «pelas»! ¡A las dos!...

—Y á las dos mil—rezongó el marino, interrumpiéndole—. ¿No me ve callao, callao, que no respiro?

Soltaron el trapo los vencedores, tintineó el timbre y Morán le preguntó al viejo el nombre de su protegido.

—Este—respondió el interrogado, dándole unas palmaditas al orangután.—¿Quién iba á ser?

—Pero ¿cómo se llama?

—Cástor Urrengochea, hijo. No me sea arlote.

Morán se sonrió, y Urrengochea, á quien apretujaban en el colmo de la alegría quince ó veinte amigos, se libró de sus brazos, y para comenzar á lucir sus facultades saltó á pie juntillas desde el suelo á un diván y desde el diván á la plataforma, y formuló, majestuoso, una orden:

—Ponga ahí: toro de Castañeira para el segundo espá. Con todo el cuerno que Dios le haiga dado. ¿Me comprende?... Y después, ponga en otro renglón: Cástor Urrengochea, conosido por *Chiquito de los quiebros*... ¿Me comprende?

Escribió Morán, descendió Cástor de un brinco, tan alborozado como si ya hubiese puesto la garra en los siete millones de que habló el periodista, y palmoteó enérgicamente:

—A ver, camarero. Una servesita pa toda la reunión,

—¿Del país?

—Siendo que sea de á real, de la mejor que haiga.

Retiróse el mozo, y Cástor miró sonriendo á sus convecinos.

—¿Qué tal?—dijo un gabarrero.—¿Hay alegría?

El *Chiquito* fingió una indiferencia que parecióle de muy buen tono.

—Yo, «con tal que» Sestao vaya pa arriba... Porque, endevidualmente, ya comprenderéis que esto tenía que llegar...

—Pues yo no digo que no llegaría—insistió el gabarrero;—pero á ti ya la cara «te se» ha ensanchao.

—Hombre, ensanchar... ya ensanchan estas cosas. ¡Pa qué vamos á desir!... Pero no soy yo endividuo de ensanches así como así, ni me las doy de esto ó de aquello. Yo no presumo.

Y, no obstante, el buen Urrengochea hubiera podido presumir tanto... Desde luego no había en Vizcaya un varón tan caprichosa y arbitrariamente formado como él. En su cabezota enorme vegetaban unos pelos grifos, ralos y amarillentos; en su rostro de gárgola abríase una boca torcida y sin labios, parpadeaban dos ojos blanquecinos y sin luz, y arrebolábase una crasa nariz; de su pecho robusto brotaba una voz rota y endeble; de sus hombros de jayán pendían dos brazos infantiles y soportaban la atroz pesadumbre de su esférico bandullo dos patas de orangután, torcidas, cortas y férreas.

Zapato, al olorcillo de la cerveza, acercóse á su conmitón y le quiso adular.

—Bueno, hombre. Bien. Me alegro de que seas mi segundo.

Cástor refunfuñó, encogiéndose de hombros:

—Yo no soy segundo de nadie.

—Pues lo que es ahora...

—Ni ahora ni en jamás. El que se porta mejor, ese es el primero.

—¡Ah! Y tú...

Serafin iba á soltar el chorro de las injurias; pero la llegada del camarero con la cerveza le contuvo.

—Compañeros — replicó Cástor agresivo, —si tú matarías un castañeira... Ahí va. ¡Un castañeira con pitones! ¡Un toro padre!

Era ya muy gorda la grosería, y Jorigabberri sintió hervir su sangre de fiero campeón radical; mas á la vista de la cerveza, que al caer del jarro enturbiaba el cristal con su frescura, dominó sus ímpetus y cogió una copa, dispuesto á beber fraternalmente. Pero el de los quiebros, con una selvaticidad increíble, le vertió el líquido de una garfada y le invitó á dejar libre el campo.

—Yo no convido más que á las amistaes. Y nosotros no somos amigos. Nosotros estamos de competencia verdá. De modo que, salidos de la plasa, ni que vernos tenemos.

Zapato clavó sus ojos aquilinos en el grosero, rechinó sus dientes de caimán con diabólico encono y se dispuso á recoger, como

siempre que su ardor bélico le inflamaba, una lucida ración de puñetazos; pero al borde resbaladizo de la sima que terminaba en la delegación, le detuvo una mano piadosa.

—¡Eh, torero!—reclamó el dueño de la mano, que era el señor gordo.—¡Que no hemos dao mil pesetas para que te lleven á la cárcel!... Si quieres *palmar*, hínicate en la barriga un pitón de tu toro.

Serafín hizo un gesto de contrariedad; pero obedeció á su mecenas. Y para vengarse, se limitó á esculpir un vitor, que era al mismo tiempo una terrible condenación.

—Neo: ¡viva la República!

El *Chiquito*, un poco perplejo, rascóse en un aladar, y replicó, encarándose con sus amigos:

—¡Si creerá ese que en *un* manifestación nos estamos!

Y encogiéndose de hombros comenzó á beber.

II

Dos tardes después, Sestao hizo un alto en sus costumbres de pueblo-hormiguero que trabaja para descansar y descansa para trabajar, y el vecindario se lanzó á las calles como en los días de oficial regocijo.

En la plaza flamearon banderolas y ga-

llardetes; se mecieron, sujetas á las acacias, frágiles cadenillas de papel y el follaje, artísticamente combinado, escaló las ventanas, formó túneles de verdura y puso su nota grave junto á la alegre y pueril de los farolillos multicolores. En la Casa municipal iluminóse el salón por si á los señores ediles se les ocurría discutir algunas cuestiones de interés; la banda, desde su kiosco, pobló el aire de armonías; el flautín suspiró en los corros su melancólica quejumbre, y el tambor, mientras saltaban muy rígidos los *espatadantzaris*, metía en los oídos de las mozas su monótono canto.

La causa de aquella alteración de las costumbres era el *Chiquito*. Por el *Chiquito*, para festejar su triunfo—presagio de otros más resonantes—paseaban las mozas y los donceles, meneábanse las banderas y las cadenillas, trepaba el follaje, velaban los ediles, soplaban los músicos, saltaban los danzantes, quejábase el flautín y zumbaba el tambor...

Y aún originó más trastornos el *Frascueto* en canuto, puesto que por él, *Chistu*, el alguacil, encargóse de vender las localidades á la puerta de la taberna, y Berriochoa, el tabernero, consintió en guardar los cuartos, y Marichu, Filo y Natividad brindáronse á expender postales, para que con su producto pudiese alquilar el de los quiebros

la seda y el oro con que se engalanan los lidiadores.

El *Chiquito*, con la altivez condescendiente de un emperador, presentóse entre sus cortesanos, dió una vueltecilla bajo los árboles para confortar á la plebe y metióse en la taberna, donde Berriochoa había condimentado una exquisita «tripicallada».

—Hola, Berri—exclamó.—¿Empesamos?

—En su punto ya está.

—Vuelca, pues.

La fama no le había robado el apetito al lidiador, que embaulaba como un tigre, mientras sus amigos, desganaos por el exceso de admiración, veíanle emborrar con ternura. ¡Había evolucionado de tal modo aquel Barrabás!... Porque el *Chiquito* era una prueba de la temeridad que se comete al predecir el rumbo que una criatura ha de darle á su vida. Así como hay niños valerosos que luego, al granar, son alfeñicados y cobardes, y niños idiotas que brillan al pubescer por su talento, hay pequeñines espigados que más tarde, cuando deben crecer, no crecen—sin duda por zullarse en la lógica—y redrojillos que de pronto dan un estirón y se convierten en gigantes. Todas estas faltas de lógica se pudieron estudiar en el cuerpo y en el espíritu de Cástor, que hasta los dos lustros fué un ratón y que transformóse después en un orangután, y

que, cuando pensaba su padre que enaltecería á la gloriosa ralea de los «sentados», alistóse en la nefaria legión de los inquietos.

Un «sentado» es una criatura racional; pero con una cantidad de razón discreta, que no perjudique por lo excesiva. El verdadero «sentado» no será tan débil de corazón que lllore ante un angelito ciego, ó ante una gollondrina sin alas; no tendrá oídos para la canción de un arroyo; no contemplará una puesta de sol, más que cuando tema ó desee la lluvia; no ensoñará con los ojos arrasados; no ambicionará con ascuas en los entresijos; no sentirá en la cabeza el tenue golpeteo del jocundo cascabel de la fantasía... El «sentado» es el hombre sin inquietudes que se pega al terruño nativo, que hace lo que vió hacer, que no se mueve, que no inventa, que no agranda su caudal, que no lucha contra las adversidades... Hay muchos labriegos «sentados», y como un «sentado» ha de ser, por fuerza, conservador, y como el ideal de un conservador es conseguir la permanencia de lo que ampara sus rutinas, claro es que para esos labriegos el hijo mimado ha de ser el que les copie espiritualmente. De chiquitín, el «sentadito» es el rey de la casa; al pollear, para él son las filigranas de aguja de la madre y los dineros del padre, y al aproximarse á la madurez, para que el «sentado» no tropiece con espinas, la previsión paterna

sacrifica y despoja á la prole. Las mocitas se casan, ingresan en un convento, ó reclúyense como criadas en un hogar burgués. El hijo listo, fértil de pensamiento y agudo de palabra; el que presiente ó inventa los negocios; el que cavila de continuo porque le punza la ambición, es embarcado para América. El hijo industrioso, el que maneja con igual facilidad que el recio arado la aguja sutil ó la fina lezna, es desterrado á la capital. El hijo travieso, picarón y bromista; el tenorio de los bailes y el gallito de los chacolies, para que lo domen es encerrado en una fábrica. Y así, gracias á esta selección al revés, el «sentado» aduénase del hogar y hereda las tierras, y donde su padre le engendró, engendra nuevos «sentados», dignos de conservar sin mácula su estirpe.

Pues bien, Urrengochea, desde que nació, fué un verdadero tipo de «sentado». Al desprenderse de las entrañas maternas, gritó un poquito para que se inflara el pulmón; pero berreando valerosamente y sin verter una lágrima. Y jamás lloró encaprichado, ó acometido por una rabieta, como esos pequeños que extienden las manecitas para coger á un pájaro que se remonta ó á un lucero que fulge, sino que guardó sus llantos, con una increíble sensatez, para que le atendiesen cuando le dolía la andorga por no haber comido ó por haber comido con exceso.

Tragar fué siempre su más grave preocupación. Al medio año precipitaba la apoyadura en las ubres maternas con mordiscos de lobo y secábalas á tragantadas, y poco después, hecho ya un eral, disputábale á las gallinas el moyuelo y los desperdicios al guarro. Todo lo que no se relacionase con los alimentos le ímportaba un comino. Y era tan confiado, que se dormía entre las patas del buey; tan paciente, que dejaba á las moscas corretear por su nariz, y tan sufrido, que, por no arriesgar una queja, permitía que el jugo urente de sus micciones le escaldase las nalgas.

Durante su primer lustro demostró su calidad excelsa de «sentado» en diversas ocasiones. Una noche vió el perfil de la luna reflejado en una charca, y creyendo que era un trozo de melón zambullóse en el limo. Una mañana de lluvia, para secar sus zapatos los metió en la lumbre, y los cubrió muy bien, como hacía su madre con los ladrillos que utilizaba para calentar el lecho. Otro día, para mojar un coscurro en aceite se zampó en la tinaja... Los años, al pasar, no pulieron su espíritu, y á los veinte era tan «sentado» como una hora después de venir al mundo, y deglutía hasta que las mandíbulas se le cansaban de masticar, y bebía hasta que el chacolí escapábase por todas partes de su cuerpo inundado, y callaba hasta

que sus pulmones le exigían modular algunos estentóreos mugidos... Pero con ser extraordinarias estas pruebas de cordura, palidecieron ante la que dió dos ó tres meses después de morir su madre.

—¿Sabe usted lo que he pensao?—le preguntó una tarde al autor de sus días.

Este reflexionó unos instantes, y dijo con gravedad:

—No me hase caer la pregunta.

—Pues he pensao—añadió Cástor—en que ya sería cosa de buscarme unas faldas.

—¿Pa qué?—refunfuño el viejo.

—Pa lo que se buscan, me parese á mí... Y además... por la carestía.

Quedóse el viejo meditabundo y apretóse la nariz para facilitar su labor reflexiva; pero minutos después se declaró vencido.

—La carestía... cosa es que hay. Pero no te veo de ir pa haserme la cuenta. Carestía... ¿de qué?

—Carestía de... hágase «un» figuración.

—¿«Un» figuración sobre las cosas pa comer?

—«Otro» figuración. De lo que no se come.

—¿De vestirse quisás?

—Algo de vestirse. Hay lo del lavao.

—La mujer lava. Y como se pone susio uno...

—Sierto.

—Hay lo del lavao—declaró el padre;— pero la carestía...

—La carestía viene... Bueno, el viaje á Bilbao tamién cuesta. De modo que nos desidimos, por nesesidá na más, y arree pa el tren usté aunque sea de ida pa allá y de vuelta pa acá solo... y tentón que das al moquero... Y allí... la casa que tira de su duro... Y si te soplas una servesa...

—Ya—murmuró el «sentado» padre, comprendiendo al fin las insinuaciones de su retoño.

—¿No tengo rasón?—dijo Cástor.—Tren, casa, servesa... ¡Mucha carestía!... Y por otro lao, aquí susio, susio, que se pasan las prendas de susio que estás.

—Susio, susio, sí.

—Pues en casándome... lerda será la mujer si quieres... y gruñerá... y se comerá lo mejor, como toas hasen... Pero es lo que tamién yo digo: al casao, ¿quién pué quitarle ropa limpia y sorra en casa?

Esta conclusión, por lo ingeniosa, lo verdadera y lo práctica, maravilló al mismo padre del «sentado», que animóle á buscar novia con la urgencia que su apetito carnal y su cochambre exigían. Pero desdichadamente la búsqueda fué interrumpida por la increíble, radical é inesperada transformación del mozo. Este fecundo terremoto interior inicióse con motivo de una de sus visi-

tas á Venus. Cástor, que trasegó más cerveza de la que buenamente podía resistir, fué á los novillos con uno de sus compinches, cargador, y quedóse estupefacto al verle saltar de pronto al ruedo para lucirse frente á una res. Claro es que el cargador no consiguió lucirse, y que, en vez de cargar con unos laureles, se llevó unos testarazos sobre las costillas y unos improperios sobre la vanidad; pero, aunque insultado y aporreado, destacóse de la multitud en que estaba hundido, brilló un punto, triunfó un instante, y esta centella de gloria, metiéndose en el cerebro del «sentado», dejó en él la semilla de la inquietud.

Aquella noche Cástor soñó por primera vez en su vida. Y, en sueños, se vió con un lindo traje verde, en el que se amontonaba y relucía el oro, con unas medias azules caladas y bordadas, con unos zapatos de charol de rútilas hebillas y con una montera de color de rosa, que tenía en cada rizo un duro acabado de acuñar. Embutido en arreos tales, Cástor, arrebatador de belleza, entornaba los ojos como el *Cochero* y ponía pares dobles y triples y cuádruples, hasta que desaparecían las reses bajo una selva de madera y papel; y se arrodillaba como el *Torquito*, y en vez de dar un pase, rezaba con el toro un Padrenuestro; y hendía los aires con más gentileza que el cargador; y

rodaba por los morrillos con el desdén heroico de Lecumberri, y por último, luchaba á brazo partido con un boyancón, y arrancábale los cuernos y se los metía por los ojos, y de una cabezada genial en el mocho testuz dejábalo sin vida.

Desde entonces, Urrengochea sólo pensó en la celebridad que se gana en los cosos, y para ponerse en condiciones de conquistarla, empezó á estudiar los rudimentos del arte taurino.

En su primera escuela—el *Club Cocherito*—se convenció, oyendo á algunos lidiadores de Bilbao, de que para agitar un capote, clavar unas banderillas ó hundir una espada hay que pronunciar en andaluz, y se enteró, bebiéndose las palabras de dichos profesores, de que hay toros tan caprichosos que sólo se acuestan sobre un lado, y toros tan bonachones que, sin duda para descansar al lidiador, le toman noblemente la muleta, y toros de tan edificante humildad que, lejos de rehuir el castigo, lo piden, y toros tan aficionados á proteger que hacen mucho por su propio matador.

Después de empaparse en la teoría, Urrengochea quiso adquirir conocimientos prácticos, y se empeñó, valiéndose de diversas artimañas, en que sus bueyes le embistieran; pero sus bueyes, honrados animales capaces de mujir un «zortzico», de jugar una partida

de dominó y de arrastrar una montaña en una prueba, carecían de la colérica y acometedora selvaticqueza de los brutos castellanos y andaluces. Y así, cuando el mozo los desafiaba moviendo la púrpura de un refajo, creían que les oxeaba las moscas y echábanse enternecidos. Con el perro tuvo más suerte Urrengochea, y danzó algunas semanas frente á él; pero no tardó en convencerse de que el chucho, por la inteligencia con que acometíale y por la astucia con que lograba acorralarle, no le convenía para sus ensayos. Buscó para sustituirlo un borrego, más no quiso embestir; cambió el borrego por una cabra, y la cabra le salió tan tímida que asustábase de sus saltos; probó con un chico, y el chico, diabólicamente tozudo, no consintió que le engañase como á una res. Y he aquí que un día, cuando ya Cástor, dado á los demonios, toreaba al viento por no matar en flor sus aficiones, el burro, el apacible burro del caserío, alégrase al contemplar los giros del trapo escarlata, mira fijamente á su dueño, amusga las orejas, y de pronto, corre hacia él como una exhalación. Urrengochea, instintivamente, se torció sobre la cintura y dejóle pasar. Repitió el juego con el mismo resultado; flameó, después, la tela junto al asno, que tampoco le quiso defraudar, y seguro de que, por fin, contaba con una bestia que le permitiría de-

dicarse al estudio, abrazó al pollinejo, soltando cada lagrimón como una nuez.

En experiencias sucesivas acabó de convencerse de la utilidad del animalito, que embestia derecho como un toro, que no exageraba la velocidad en las persecuciones, que se detenía cuando el lidiador golpeábale entre las orejas cual si rematase un quite, y que si Castor, para coronar otra monería, le rascaba en los belfos, lamíale la diestra.

Se hizo un sabio junto á su colaborador, que para aquellos menesteres taurinos era mejor que un toro, y poco después, al morir el viejo «sentado», convencido de que se enriquecería á estocadas, malvendió la herencia, y trasladóse á Sevilla. De sus andanzas en la cuna del toreo jamás se averiguó cosa cierta. Cástor, que volvió de allí con el mote por único equipaje, hablaba con desprecio del vino andaluz, y para pintar la holgazanería y el amor al mosto de los sevillanos, decía que en la ciudad de la Giralda hasta las máquinas declarábanse en huelga y hasta los gorriones se tambaleaban en el aire. Sin embargo, á Sevilla, donde aprendió, sin darse cuenta, algunas nociones del arte sublime de la amplificación, debía el ingrato su popularidad. Porque el *Chiquito*, á su retorno, sin que nada lo justificase, por un capricho de la multitud, se alzó de la noche á la mañana con todas las simpatías

de Sestao... Un tipo como el de los quiebros ¡era tan exótico en el pueblo aquel de industriales hormigas!... ¡Y era su historia tan singular y tan peregrina su conversación!... Cástor, refiriendo sus competencias con los lidiadores andaluces hacía temblar de júbilo á sus paisanos. «Todo lo que se decía de los de allá estaba urdido por gente interesada y embustera. ¡Los sevillanos!... ¡Vaya un mérito el de los maletillas sevillanos!... ¡Y vaya presunción, y venga fantasía, y eche usted arrobos de pintura!... Unos piojosos unos buleros, unos cobardes. ¡Nada más!... ¡Buenas palizas les había dado él!... ¡Bonitos les había puesto el lomo!... Especialmente á un jaque muy orgulloso que le desafió á quebrar. Desafiarle á él... ¡¡y á quebrar!!... ¡Quebrar, en competencia con el *Chiquito de los quiebros!*... La cuestión arreglóse en dos segundos. Apostaron unas pesetas, y al día siguiente, ¡ale! á la plaza con el jurado y unos amigos. Y salió el toro... ¡Múh!... ¡Múuuh!... El jaquetón se para, cita, embiste el animalucho... y allá va mi hombre por el aire, como un pelele; cita otra vez, y le sacude como á un trapo; vuelve á citar, y le despampana contra la barrera. Y el *Chiquito*, entonces, negro de risa, llama al toro, y ¡pum! lo quiebra arrodillado, y enseguida, sin levantarse, con la facilidad mayor del mundo, repite el quiebro. Y esto fué para

hacer boca, porque luego quebró á cuerpo limpio, de frente, de perfil, de espaldas; con los ojos abiertos y con los ojos cerrados; para poner rehiletos, ó para ejecutar un pase; en cuclillas, ó á la pata coja...»

Estas narraciones y otras parecidas maravillaban á sus paisanos; pero el episodio que se llevó la palma en chacolíes y corrillos, fué el del burro. Cástor lo contó millares de veces. Era así:

—Tenía yo un burro en el caserío, que nació allá por Irún ó así... Pero mi padre se lo compró por unas «chiquitas», cuando ni valía ná, á un pransés de Pransia. El burro ya se parecía por afuera á tos los burros; pero por dentro... Y me entró á mí la afisión. Los bueyes... ¡Jú, jú, jú!... Pa ná que les diría jú, jú. ¡Como si serían de piedra!... El perro: informalidá. El borrego: un cuitado que na más hasía comer y comer. La cabra: me tomó susto, como si yo le iría á pegar... ¡Pues Señor!... Y una mañana «me se» ocurre... ¡las cosas de la afisión!... darle unos pases á un castaño, lo mismo que si sería un animal, y el burro del prancés, viendo la muleta, que no era muleta... ¡fiiii!... igual que un rayo que se viene pa mí. Y yo, como esta fasilidá la tenía en lo interior, ¡tá! le doy un quiebro. ¡Fiiii!... Otra ves. ¡Tá!... Segundo quiebro. ¡Fiiii!... Terser ves. ¡Tá!... Terser quiebro. Y entonces va y se enfada y ¿qué hase?...

Pos abrirse la boca, con los dientes así, y avansar como si querría comerme... Y yo: ¡Tá!... ¡tá!... ¡tá!... quiebro y más quiebro, y de esta conformación, dos horas.

En este punto, el *Chiquito* hacía una pausa para observar el efecto que en sus oyentes producía la narración, y continuaba de este modo:

—«Me se» desmayó de cansao que estaba, porque ya cansan los quiebro, y cuando lo arropé en el caserío me miraba como un infelis. «Eh, pransés, ¿qué te dices?» Y me echaba los ojos, como si me diría: «Erremoción, salte fuera de aquí...» Al otro día que se amanesió, ¡fiiii!... ¡tá!, ¡fiiii!... ¡tá!... Y también desmayo. Al otro igual. Al otro, lo mismo... No cogía yo la tela: era burro. La cogía: era toro.

Deteníase de nuevo, para darle á su rostro una expresión melancólica, y añadía después de suspirar:

—¡Si habría podido llevármelo!... Pero ya cuesta un billete de burro hasta Sevilla. Venderlo, ni por na, pa que no me haría la competencia un lerdo... Conque fui donde Chapelaga «á por» el sable, y cuando ya me lo tenía el sable, digo: «Voy á matar un toro». Lo hise completo... En cuanto «me se» arrancó, ¡tá! Después, verónicas, su farol en el aire y su larga. Después, banderillas, como si sería verdá. Y después, ale con la muleta

por aquí, por allí, en redondo, de pecho, cambiados... Y surra con los molinetes, dándote güeltas y más güeltas, que «me se» atontaba el selebro... Y pa acabar, le echo al pransés un turrón de asucar, se agacha pa cogérselo y allá voy con el sable. ¡Pom!... ¡Fué un bote, erremoño!... Pero todito se lo llevaba envainao, y ni Jesús que dijo el pransés.

Aquella tarde repitió varias veces la historieta, para que se maravillaran sus amigos y para cautivar al bello sexo, y con la doble inspiración de los «tripicallos» y el chacolí, la enriqueció con algunos detalles que pintaban elocuentemente su sagacidad y su malicia. Y ¡caso inaudito! la historia que siempre fué loada, aun en los días en que el narrador, hambriento, hacíasela pagar con algo que amortiguase su gazuza, aquella noche, en visperas del triunfo, no arrastró todas las voluntades por el caz del elogio. Había gente de espíritu inquieto que no creía en la eficacia del estudio que realizó Cástor con el «pransés», y esta gente acaudillada por *Caracol*—un mocito que salía de banderillero con Urrengochea—murmuraba con increíble temeridad. El *Chiquito* pavoneábase ante sus detractores con la petulancia del que no le teme á la critica porque no espera la censura, y cada vez que extraía una verdad del fruto de su experiencia, solicitaba indirecta-

mente su aprobación. Los incrédulos, hombres corteses, asentían á cabezadas, ó con monosílabos; pero una vez *Caracol*, harto de transigir, cerróse á la banda.

—No, *Chiquito*—dijo—; no estoy contigo.

Cástor acababa de afirmar que su difunto burro era superior á los toros, y al ver que le contradecían quedose pasmado.

—¿Cómo es eso, *Caracol*?

—Así.

—Tú dises...

Y el banderillero, para replicar, formuló una sentencia lapidaria:

—Que un burro no es un toro.

Como todos los que no están habituados á la réplica, el *Chiquito* desconcertóse y tuvo un instante de vacilación; pero no tardó en reponerse, y hostigado por la soberbia, cayó sobre el zarramplín que se permitía opinar frente á él.

—Un burro—exclamó—no será un toro, porque si lo sería, tendría pesuñas y cuernos; pero mi burro, sin pesuñas y sin cuernos, tan toro que se era como el de San Marcos.

—Pero ¿y «el» intensión, *Chiquito*? ¿Ande te dejas «el» intensión?

Cástor sonrióse con la piedad desdeñosa del sabio zaherido por la ignorancia y dijo así:

—Hombre, mentira parese que saltes por ahí tú, queriendo torear.

—¿Por qué?

—Porque te has demostraó que ni sabes palabra.

—¿Que no sé?—preguntó *Caracol*, ruborizándose.

—¡Ni palabra, erremoño!

Descargó un puñetazo Urrengochea, que infundióle respeto á su contradictor, y, para acabarle de acoquinar, echó mano de los argumentos que á él le parecían incontrovertibles:

—¡«El» intensión!... Ni lo mentaras, si sabrías de toreo. Na te sabes, *Caracol*. ¿Qué se hase un toro pa embestir?... Pues serrar los ojos con toa su fuersa, porque teniéndolos abiertos no puede cornear. De modo que él te vé, se apunta lo mismo, lo mismo, lo mismo, que si sería una escopeta, sierra los ojos y... ¡fiiii!... disparaó. Y entonces, uno, ¡tá! quiebro, ó ¡tá! banderillas, ó ¡tá! volapié. Pa que el toro coja, se tiene uno que clavar lo que se dise en el pitón. Y pa embestir, el burro ¿qué se hase?... ¿Sierra el ojo? ¿No te ve que no cabe más?...

Caracol, abrumado, hizo un mohín de asentimiento, y aunque ni le había pasado por la imaginación la idea de que los cornudos cerraran los ojos al acometer, mostróse conforme con el *Chiquito*.

—Si, eso de que sierren, es ventaja...

Pero Cástor no se dignó contestar, y sin

concederle importancia al vencimiento del atrevido, apoyóse en Berri y salió altivamente á la plaza. En aquel momento, *Chistu*, que había entregado la última localidad, comunicaba la noticia á la multitud, encaramado en su mesa.

—Señores... ¡que se acabó el papel!

Y mil aclamaciones atronadoras estallaron en el aire.

—¡«Aurrerá», *Chiquito!*...

—¡Viva Sestao!...

—¡Viva el rey del toreo!...

—¡«Aurrerá!»!...

El *Chiquito* sintió que algo le escaldaba las mejillas, y en un arrebató de entusiasta elocuencia, solicitó la atención de sus admiradores.

--Señores...

--Bien, *Chiquito*. ¡Así!— exclamó un gabarrero.

—Coste—prosiguió el espada—que aunque yo me tengo dentro de mí el torear, si no sería por Sestao, yo... yo...

—¡«Aurrerá», *Chiquito!*—bramó otro gabarrero.

—Si no sería por Sestao... yo, quisás que ni oler un capote. Pero, por Sestao... yo, eso... ¡y otras cosas!... Mañana, ¡tá!... y ¡tá!... y luego, lo mismo que le metí el sable de Chapelaga al pransés, le meto el estoque al castañeira. ¡Un toro padre, y pa mi como si na!...

Este rasgo de bizarría acabó de enloquecer á las masas, y el orador no pudo terminar. Un inmenso alarido de gratitud y júbilo ahogó su verbo; cien manos impacientes izáronle; cien hombros hercúleos se disputaron el honor de soportar su pesadumbre, y mientras los gabarreros más fornidos le hacían partir con la cabeza cadenillas de papel y arcos de follaje, los mozos le aclamaban enardecidos, y las mujeres mirábanle, temblando de emoción.

— ¡«Aurrerá», ¡*Chiquito!*

— ¡«Gora Euzkadi»!

— ¡«Aurrerá»!

III

El *Chiquito*, al día siguiente, demostró su independencia de espíritu y su bizarría, haciendo unas cuantas barbaridades que ningún lidiador se hubiese atrevido á ejecutar horas antes de vestir la ropa de pelea. Pero el de los quiebros confiaba de tal modo en su sabiduría y en sus redaños, que enjuagóse la boca, al despertar, con medio cuartillo de ron, y en seguida sentado junto á las pipas de chacolí, aceptó cuantas invitaciones quisieron hacerle. A las diez de la mañana, había bebido tanto, que al inclinarse, sonaba un «glu, glu» de vasija llena, y

escapábasele el alcohol por el tragadero y la nariz; mas, para no afligir con un desaire á ninguno de sus amigos, exoneró bonitamente el estómago, tocándose la campanilla con el índice, y siguió trasegando copas. A las doce, devoró un resto de la «tripicallada» para empezar, y luego se metió en el buche una cazuela de bacalao, unos embutidos, unas angulas y media gallina. Regó tan liviano yantar con la sangre de unas botellas y el jugo de unos kilos de fruta, y eructando con voluptuosidad, entregóse al viril ejercicio del dominó. Poco después, llegó el viejo patibulario con el traje de luces, y el *Chiquito* se refugió en la sala de Berriocha. El traje, con sus bordados á trechos rojizos y á trechos negruzcos, y con su seda acarralada, descolorida y mugrienta, no hubiese entusiasmado á ningún presumido doncel; pero, á pesar de su vetusta elegancia y de su fúnebre lujo podrido, maravilló á Cástor y á sus amigotes.

—¿Eh, Berri?—dijo el lidiador. — Ya es punto de seda el de esta seda...

—Bueno se están los pantalones—repuso el tabernero.

—Taleguillas, se dise.

—Pues buenas se están las taleguillas.

—Y con abundancia de oro—añadió *Chistu*, palpando las guarniciones.

Mas, si tenían abundancia de oro, la tela,

en cambio, no podía cubrir en aquellos momentos las redondeces del *Chiquito*, que sudaba mugre tirando de la pretina, y que lamentábase con terrible consternación.

—¡Pero si me venían que ni cortadas pa mí!—Quisás que un poco demasiao prietas se estarían. ¡Pero esto!

Berriochoa, hombre agudo, le preguntó después de reflexionar unos instantes:

—¿Te hisiste la prueba á media tarde?

—A media tarde.

—¿Sin merendar?

—Ni bocaó.

—Pues ya te estás soltando la «tripicallada», las angulas y la gallina.

El de los quiebros cayó en la cuenta de que conviene ayunar para embutirse en un ceñido traje de lidiador, y á fin de disminuir la carga que le embarnece, repitió—esta vez, por el arte—los tocamientos de campanilla que por la mañana tuvo que agradecerle la amistad. Pero, aunque disminuyó un poco el volumen de su panza, no se achicó lo necesario, y hubo que cambiar los corchetes de la pretina y poner los botones en el mismo filo de la portañuela. El chaleco se arregló con un buen corte en la espalda, y de la chaquetilla, como era de reglamento que no se abrochase, ninguno de los amigos se preocupó. La faja si mereció su estudio, y, por consejo del alguacil, se la arrolló el

Chiquito, como los aragoneses, desde la verija hasta el esternón, ganando así en aspecto temeroso, ya que perdía en gracia torera. Las zapatillas, extraordinarias desde luego por su tosquedad, exhibían con noble orgullo unos boquetes, y, por su desmesurado grandor, hubieran hospedado con holgura los pies de un gigante. Pero esto no le apuraba al matador, que había decidido clavar sus extremidades en el suelo en cuanto se viese junto á la res. Lo que le desconcertó algo fué la montera: aquella montera tan excesivamente original, que, en vez de rizos, tenía madroños; que se le colaba, estirándose, hasta la nariz, y que se contraía luego la muy bribona y escapábase, de súbito, con un vuelo fantástico de ave alicortada; que parecía de cartón y pesaba como un plomo, y que, al caer, hacía el mismo eglógico sonido que un cencerro. Cástor sabía que para rematar gallardamente un brindis, hay que arrojar al aire la montera, y pensando en el modo de obedecer lo instituido sin que sonara su cencerro, le sorprendió la llegada del automóvil que le debía conducir al circo.

Caracol presentóse también, transformado en canario, gracias á un traje amarillo con chorreones de plata verdosa, y todos, el banderillero, el matador, *Chistu* y Berri subieron al automóvil. Al *Chiquito*, orgulloso de sentir en las nalgas la blandura

del asiento, se le escapó una confidencia vanidosa:

—Pa esto nasí yo. Como si me habrían parido en este chisme, voy de confiao y de bien.

Chistu y Berriochoa sonrieron de mala gana, porque no iban muy tranquilos, y *Caracol* insinuó que convendría no forzar la velocidad, porque el traqueteo, relajándoles los músculos, tal vez disminuiría su ligereza. El *Chiquito* despreció este reparo diciendo que sólo confiaban en la ligereza los cobardes, y el banderillero, prudentemente, cambió de conversación.

—¿Sabes lo que disen de nuestro toro, *Chiquito*?

—¿Qué disen, *Caracol*?

--Pues que pesa sus buenas arrobas. Mejor más que menos.

—Eso ya me lo tenía yo tragao.

—Y otra novedá: salta como un gato y come cosido.

-- ¡Hombre, *Caracol*!

Lo del cocido les hizo abrir un palmo de boca al tabernero y á *Chistu*, y dejó estupefacto al propio Urrengochea. No era posible que un toro, aunque hubiera visto la luz por primera vez en Galicia, estuviese acostumbrado á tales refinamientos. Y si lo estaba, si Castañeira, por capricho ó por malignidad, le había alimentado como á un

canónigo, ¡madre de Dios, lo que podría ocurrir!... Porque el cocido daba una resistencia enorme, y un increíble vigor, y una diabólica audacia, y una tremenda hipocresía...

—A ver si no sierra los ojos pa embestir— refunfuñó el *Chiquito*.

—Y ¿por qué?—preguntó Berriochoa.

—Porque ya que es un hombre pa la comida, pué serlo pa lo demás.

Callaron unos instantes, entristecidos. A Cástor se le anubló la frente, y el alguacil le quiso animar:

—Vamos, no te seas lerdo. ¡Ni que crearías lo del cosido!...

El espada suspiró, y el de los rehiletos, ruborizado, encaróse con el que ponía en duda su veracidad:

—No, *Chistu*; no me vengas con salidas. Yo no he visto la acción; pero Urtamendi, el terser espada, la ha contao en la «Industria». Urtamendi, como es conosido de Ramón, el guarda de la plasa, se metió allí á las dose, pa ver su toro antes que llegara el público. «¿Se pué pasar, Ramón?» «Tú, siempre». Ramón iba á comer en el corral, con unos amigos, á la sombra del emparrao. En el otro corral estaban los toros, y Ramón abrió una puertesita. «Entrar, que no se arrancan». Entraron los amigos, el guarda y Urtamendi, y se metieron en los burladeros. «¡Eh!... ¡Je!... ¡Torooooo!» El de la viuda

de San Francisco empesó á escarbar, encampanao, y los de Escofet, que son como la nieve de blancos, y que tienen los cuernos cortitos, pero gordos como si serían melocotones, se fueron donde Ramón. El de Castañeira tendió á la larga, ni abrió un ojo. Conque se enreda Ramón con los de Escofet, acarisiándolos por aquí y por allí y hablando de su rasa, y pasa el tiempo y de pronto da un grito Urtamendi: «¡El castañeira!» Y Ramón da otro grito: «¡Se ha escapao!» Se quedaron tos como patifusos, viendo ya al castañeira por las calles dando cornás á diestro y siniestro. Y el guarda dise temblando: «Pué que esté en el otro corral». Y nada. Miran en el ruedo. Y nada... Miran...

—¿Estaba en la cosina?—preguntó Berriochoa, interrumpiéndole.

—Lo mismo que un cosinero. En la cosina, delante de la olla, echa pedasos, y dándose un banquete.

El *Chiquito*, á guisa de comentario, exclamó:

—¡Esos toros gallegos!... Ya, ya dijo Morán que iba á quitar moños ese Castañeira.

Cástor, envuelto en el capotillo, se entregó á sus reflexiones y nadie habló más. Cruzaron por Bilbao muy despacito, para que «la afición» de la villa contemplase á los toreros y para que Berriochoa pudiera lucirse

saludando á sus conocidos. En Indauchu descendieron del automóvil majestuosamente, y *Caracol* y Urrengochea reuniéronse á sus compañeros, y *Chistu* y Berri penetraron, rompiendo la cola y hendiendo la multitud á empujones, en el tendido de su pueblo. Apiñábase en la plaza un gentío enorme, en el que tenían honrosa representación los «aficionados» inteligentes de la capital, los marinos de Santurce y los obreros de Sestao. Estos se proponían aplaudir rabiamente al *Chiquito*, silbar á sus competidores y descrismar á los bellacos que se permitieran discutir las faenas del de los quiebros. Los de Santurce se conformaban con dejar sin nariz á cuantos no se rindiesen ante la sabiduría y el valor de Urtamendi, y los bilbaínos, más modestos, sólo pretendían reirse de los ignorantes, sin perjuicio de animar con sus palmadas á los que despuntasen por la astucia ó la decisión. El resto del público se componía de burgueses bien humorados y de sana higadilla, de «maquetos» decididos á matar buenamente unas horas, de criadas, de chicos, de modistillas y de horteras. *Zapato* contaba con el apoyo incondicional de esta parte del concurso, porque el radicalismo de sus ideas le hacía simpático á los «maquetos», porque su galantería abría de par en par el corazón de las criadas, porque su independendencia inso-

lente cautivaba á los chicos, y porque las modistillas y los horteras, esclavizados por una labor inhumana, pasmábanse del garbo con que ociaba Serafín, poniendo á contribución diariamente sus ingeniosas marrullerías de veterano en la picaresca.

El tendido de Sestao se llenó antes que todos los demás. Marichu, Natividad y Filo, las tres lindas vendedoras de postales, ocuparon las barreras del centro; los señores ediles repartieron por las filas altas y bajas con democrática igualdad; los *esputadantzaris*, más blancos que palomas y con las boínas rojas encasquetadas, pusieron en hilera en el tabloncillo, para no perturbar con su gallardía al bello sexo; la banda municipal agrupóse delante de su director, dispuesta á lanzar cataratas de armonías; los gabarreros se formaron bélicamente junto á las verjas de división, para caer como tigres sobre la gente de los otros tendidos si se atrevía á censurar á Cástor, y el hombre del flautín y el tambor se puso detrás del alcalde.

Chistu y Berriochoa saludaron á voces alegremente, y satisfechos de la animación y el entusiasmo de sus convecinos, que desafiaban al público loando los méritos de Urrengochea, marcháronse para confortar al héroe con el último apretón de manos. El *Chiquito*, con su faja á la aragonesa, sus za-

patillas de gigante y su montera voladora, había sobrecogido á los toreros; mas no gozó mucho rato de su triunfo, porque arribó Jorigaberri con unos atalajes tan pasmosos, que le eclipsó. Y no brillaban por el lujo los atavíos de Serafín, sino por la novedad, por la originalidad, por la audacia de la confección... Llevaba *Zapato* medias y zapatillas de un azul desvaído, faja y corbata verdes y camisa color de pus; pero con revelar estas prendas un amor indiscutible á lo quimérico, palidecían junto al traje. ¡Qué traje!... ¡Qué poema tan caprichoso, tan portentoso, tan fantástico, tan abrumador!... Era de percalina humildísima y negro—tan negro como el bigote de un cincuentón presumido ó como la conciencia de un verrugo—y estaba primorosamente bordado. Mas había en él un detalle genial, ocurrencia de un sabio innovador, que lo convertía en un traje único; y esta innovación consistía en que las bordadoras no utilizaron para adornarlo el oro, ni la plata, ni el acero, ni la seda, sino que, por orden del caballero gordo, lo bordaron con pepitas de melón. ¡Pero ejecutaron tantas filigranas!... Cordoncillos, estrellas, grecas, circunferencias, triángulos, hojas redondas y puntiagudas... En algunos sitios raleaba el bordado y permitía ver la tela. En otros, amontonábanse las pepitas, como el trigo en el grane-

ro, apiñadas y sólidas; en otros, movíanse ingravidas, prendidas por el finísimo torzal...

El caballero de la pringue y sus conmlitones, sevillanos que no habían perdido en Vizcaya el humor andaluz, eran tan generosos que, además de la del traje, le preparaban á su protegido otras sorpresas. Días antes de la función reuniéronse para hablar de las cualidades que adornaban á Serafín, y convinieron en que, por su costumbre de empinar el codo, pisara el anillo fresco, ó lo pisara borracho, estaría en condiciones de inferioridad respecto á sus rivales. Fresco, amustiábâse el pobre Serafín, que necesitaba la excitación alcohólica; borracho, enloquecía. Había, pues, que buscar algo que le excitara sin perturbarle, algo que le permitiera salir á la plaza con decoro y que le exaltase cuando le conviniera la exaltación... Y buscaron los de Sevilla y no tardaron en hallar el remedio.

—¡Ya está!—dijo el pingüedinoso, soltando la carcajada.—Vamos á San Francisco.

—Pues...

—A comprar chinches.

—¡Hombre, es verdad!

En San Francisco pusiéronse de acuerdo con un soldado, que por cinco pesetas les entregó dos centenares de las chinches más bravas que había en el cuartel; hospedaron en la montera de Serafín los insectos, mien-

tras se vestía el pelafustán, y encamináronse á la plaza seguros de que á su apadrinado le herviría la sangre sin que se la caldease el mostagán. Pero Jorigaberri, que no sospechaba lo de las cacerías del soldado, y que, pudorosamente escondido, se había atiborrado de mosto, no necesitaba que le acariciasen las chinchas para arder. Su voz de flautín temblaba, recorrían su joroba estremecimientos convulsivos, y en sus ojos fulgía el afán de acometer. A Cástor le recibió con una vaya:

—Qué, ¿vienes á cantar la jota?

—Y la ka también—repuso altivo el satirizado.

—Eso es lo que tú hases mejor.

—¿Qué es lo que yo he hecho? A ver.

—Ka... ka.

Todos, hasta *Caracol*, *Chistu* y *Berriocha*, celebraron la salida, y sus risotadas descompusieron al de los quiebros, que se lanzó sobre Serafín.

—¡Repíte el chiste, erremoño!—bramó, arrancándole de una garfada varias pepitas.

Jorigaberri derribóle de un coscorrón la montera, y ya se iban á atarazar cuando el sonido de los clarines y la aparición de los alguacilillos les recordaron que en aquellos momentos su vida era de la multitud.

Formáronse, pues, con los otros espadas, se envolvieron con sal en los capotillos y

atravesaron el redondel gallardamente, pero con una emoción tan aguda que ni siquiera les dejaba oír las aclamaciones y los aplausos.

El público sorprendióse un poco al ver que cada estoqueador disponía de seis ó siete bänderilleros, y, pasada la sorpresa, festejó á los donceles más pulidos ó mejor adornados. Serafín, con sus guarniciones alimenticias, y Cástor, con su portañuela entreabierta, ganáronse muchos elogios; pero Urtamendi, que se movía tambaleándose como un marino de teatro, y el último matador, que tenía el espinazo de un mandril, no le fueron á la zaga. Entre los peones destacábase un mozuelo rubio, sin cejas y con cuatro pelillos en los aladares, que cojeaba notablemente; mas por la ropa todos ellos podían presumir con idéntica razón, puesto que lucían parecidos arambeles plateados ó dorados, é iguales sedas manchadas por el sudor del miedo. Las cuales comenzaron otra vez á humedecerse al sonar el clarín.

La primera fiera, el toro navarro de la viuda de San Francisco, debía de encontrarse muy bien en el fresco y penumbroso toril, ó debía de olerse la función que le aguardaba, porque, á pesar de las voces y los saltos de los toreros, tardó más de un minuto en pisar el redondel. Y no salió enloquecido y ciego de furia, con la velocidad del rayo,

sino con astucia, cauta y prudentemente... Asomó dos churros, que eran los cuernos, para que recibiesen el primer golpe, si había peligro; después sacó la cabeza acabriada, en la que moríanse dos turbios ojos de miope; luego extrajo de la obscuridad casi todo el cuerpo flaquísimo, en el que las costillas asemejábanse á las cuerdas de un arpa, y por último, exhibió el cuarto trasero, tan pesado, torpe y rígido que parecía de madera. En la plaza ya, comenzó el navarro á reconocer el terreno, y examinó de reojo al público, y olió la arena, y miró con cierta escama á un individuo que agitábase frente á él.

—¡Eh, toro!... ¡Ja, toro!...

«Vamos—pensó el de la viuda.—Este quiere jugar, como los chicos de mi señora, sin saber que estoy baldado».

Y sin moverse, comenzó á balar, más que á mugir, con la dulzura de un cabritillo, para ver si le dejaban retornar al chiquero. Mas el individuo de los saltos tuvo muy pronto imitadores, y el animal, á quien asustó uno llegándose á él de puntillas y tirándole la capa á los ojos, dió un bote y echó á correr. Esta acción tan inocente y tan lógica levantó una tempestad de risas y silbidos, y los lidiadores, enco raginados, persiguieron al cornudo, mareáronle con sus cabriolas y sus vueltas, atontáronle con el flamear de sus

capotillos, le tocaron los «churros», le golpearon en las ancas, y le pellizcaron en los belfos...

—¡Dáale, dáale ahí!—gritaba Jorigaberri.—
¡Un recorte á ese ladrón!

Pero el ladrón se detuvo, disgustado y rendido, y no hubo modo de recortarlo.

La multitud, cuando se convenció de que á los peones de Serafín les faltaba habilidad para hacer que embistiera el de San Francisco, pidió á voces la intervención de *Zapato*; mas *Zapato*, que en otro momento se hubiese dirigido hacia la fiera como un rehilete, en aquel no hacía más que hurgarse en el pestorejo, rascarse en el colodrillo y reconocerse con ambas garras la parte de *niel* que oprimía la tirilla. En una de estas excursiones topó con una chinche, y arrojó al suelo á la prisionera, con la alegría del que cree haberse librado de un martirio; pero en otra excursión apoderóse de tres ó cuatro chupadoras, horriblemente fétidas, y vió con espanto que una piara de insectos extendíase por su camisa, y, segundos después, notó que un ejército traspillado y ferocísimo invadía sus orejas y su pelambre, asaltaba su cuello y atrevíase á hollar sus mejillas...

Serafín, aterrado, metióse en el callejón, sin escuchar siquiera al público, que le increpaba, y, ayudado por un «mono», limpió la montera, sacudióse la chaquetilla y la ca-

misa, y se lavoteó el rostro y los cabellos.

—Pero, ¿qué te pasa?—preguntábale su auxiliar.—¿Ande has cogio esta tropa?

—¡Como no la haya pescao en el aire!... Porque limpio ya venía yo. Y el terno hoy se ha estrenao... Y ropa interior no la uso...

—¿Serán del capote, que es viejo?

Por si eran del capote, lo cambió Joriga-berri, y menos preocupado retornó al anillo. Pero el infeliz retornó con la montera, y al minuto empezó á sentir los ataques de los hambrientos enemigos que vomitaba aquel bosque virgen. Sin embargo, corrió hacia el toro, impelido por el deber, y dió unos capotazos con frenética valentía. «Esto se acabará» pensaba, rascándose con disimulo. «Por muchas que tenga, no llegarán á diez». Mas en las espesuras de la monterilla, caldeada por el sol, organizábanse las falanges, y las invasoras caían á racimos sobre *Zapato*.

El pobre se aró á garfañadas el pecho y el rostro, mientras su cuadrilla banderilleaba, y como había hospedado ya á más de cien chinches, cuando brindó, el destocarse no le sirvió de alivio. Así, pues, acercóse al toro tan desesperado, tan fuera de sí, con tal desprecio de la vida, que se arrodilló ante el hocico, volviéndole el trasero al animal, y quiso darle un pase de espaldas... «Ahora—se figuró—me luzco más que Belmonte, ó me

deja el becerro sin cabeza, y de ese modo acabo de rascarme». La suposición de Jorigaberri no carecía de lógica, porque cualquier animal bovino hubiera contestado á su reto con una cornada; pero el de la viuda, á quien había apenado la infame labor de los banderilleros, el de la viuda, que á una gran bondad unía un gran candor, imaginóse que *Zapato*, compadecido de él, se arrojaba para ofrecerle unas pepitas, y por no sentar plaza de grosero, abrió suavemente la boca, y de un delicado mordisco, arrancóle la guarnición de un hombro.

Zapato, al sentir el tirón, levantóse de un brinco, más blanco que la cal; pero se repuso en seguida, y herido por las carcajadas de la gente, se aproximó al becerro.

—¡Jú, San Francisco, clerical!—gritó sulfurado.—¡Jú!... ¡Embiste!

Pero el baldado, que saboreaba con voluptuosidad las pepitas, le miró con cariño en vez de agredirle.

—¡Jú, neo, carlistón!... ¡Jú!... ¡Asércate aquí!...

Y se le acercó el de la viuda, mas no para hundirle un cuerno en el ombligo, sino para regalarse con otro puñado de semillas. Tal avilantez indignó profundamente á *Zapato*, que apartóse unos centímetros, alzó la diestra armada con el acero, balanceóse unos instantes, como diciendo: «Te voy á reven-

tar», y le atizó una furiosa estocada á la arena.

El público celebró la pifia con unos cuantos aullidos, y Serafín, avergonzado, le apuntó al becerro como un cazador á una liebre, entró á matar despacito, pinchó con todas sus fuerzas en una paletilla y soltó la espada, que, despedida por el navarro, hendió los aires con la velocidad de un cohete. La tercera puñalada tampoco abatió á la res, y Jorigaberri, descompuesto, blasfemando y zullándose en la ralea clerical, acuchilló con épica rabia á su víctima. Cuando escuchó el primer aviso encaróse con el presidente y meneó la cabeza, más desdeñoso que altivo; al sonar el segundo, hizo un gesto de franca rebeldía y se arrojó, desesperado, sobre el torete, y al tronar el tercero, el apocalíptico, el que destruye las glorias y empaña los triunfos, corrió hacia el palco presidencial, y recordando sus hazañas de campeón de la plebe, entonó la primera estrofa del himno socialista:

«Arriba los pobres del mundo,
de pie los esclavos sin pan,
y gritemos todos unidos:
¡Viva la Internacional!»

Al salir el de Castañeira, aún aclamaba el público á Serafín, que encaminábase á la

cárcel entre dos guardias, con la serenidad y la grandeza de ánimo de un apóstol.

El novillo, por su estampa, interesó á los aficionados. No era bello, ni fino, ni ágil, ni nervioso, ni de aspecto feroz... Mas reunía y armonizaba en su cuerpo tantas curiosas particularidades, que nadie había visto ni soñado nunca un fenómeno igual. Tenía un cuerno grande y retorcido de morueco, y otro débil, agudo y pequeñín, de cabra; en su morrillo encrespábase una crín de potro; sus ancas parecían de elefante, y en su espinazo se hinchaba una joroba de camello. El fenómeno, además, no se distinguía por la paciencia, y se lanzaba sobre los capotillos con ciego furor. Esta acometividad animó á Cástor, que hizo examen de conciencia al ver á su enemigo, y que de repente, al recordar que sólo había burlado al «pran-ses», sintióse acometido por muy acerbadas dudas sobre su sabiduría torera.

—Ya parese que se arranca bien — dijo para su capote. — Me voy á lusir.

En aquel momento, el cornudo, que derribó de un testarazo al doncel de los cuatro pe-litos en su primera arremetida, entreteníase en afilar sus cuernos contra las nalgas de *Caracol*, que agitábase en la arena como una lombriz, y Sestao en masa le pidió al *Chiquito* que librase de la muerte, ó por lo menos de una exhibición indecorosa, á su cofrade.

—¡Anda con él *Chiquito*!

—¡Has el quite!

—¡«Aurrerá», *Chiquito*!...

El héroe, emocionado, avanzó hacia la res, que, sin dejar á *Caracol*, había cogido á Urtamendi, y ya empuñaba el capote con la diestra para cegar con sus vuelos al fenómeno, cuando éste revolvióse y clavó en él su mirada. Fué un instante solemne. El *Chiquito*, sin retroceder, se tentó la faja, y afirmóse sobre las piernas, y el animalucho, sin avanzar, bajó el testuz y limpióse las pezuñas en la taleguilla de Urtamendi. Todo el mundo comprendió que la bestia, endiabladamente astuta, había adivinado que Cástor sería su verdugo, y todos los corazones se estremecieron angustiados por la proximidad del terrible combate. ¿Quién llevaría la ventaja?... ¿El bruto con su joroba, sus ancas fortísimas y sus cuernos extraordinarios, ó el hombre con su bandullo abrumador, sus patas de orangután y sus brazos infantiles?... Antes de que la multitud hubiese formulado estas preguntas, vió que el *Chiquito* avanzaba con gentil temeridad, y que el toro retrocedía, no atemorizado, sino en acecho; vió al lidiador detenerse, clavar las rodillas en tierra, sujetar el capote recogido con las dos manos, poniéndose una junto á la nariz y la otra frente á las ingles, y desafiar á la res en esta salada postura:

—¡Jú!... ¡jú!... ¡jú!...

Y vió también la multitud que el toro partía como una flecha, que despreciaba el capote, inhábilmente movido, que saltaba con la agilidad de un gallo por encima del lidiador, y que, al pasar, en el aire, le sacudía dos coces horribles en la mollera.

Se oyó un ruido estrepitoso de «gong», de campana, ó de acero golpeados, y la muchedumbre, empavorecida, dió un trágico alarido al desplomarse el de los quiebros.

—¿Qué pasa?—preguntó un burgués.

—¡Ha sido un cañonazo!—dijo una niñera.

—No, no—afirmó un estudiante.—Es que han chocado unos tranvías.

Y mientras la gente le buscaba una explicación satisfactoria al estampido, sólo Sestao, que conocía el vigor del héroe y la resistencia de sus huesos, comprendió lo ocurrido. Las mocitas lloraban, los *espatadantzaris* mesábanse los cabellos, los rudos labradores contemplan apenados el cuerpo yacente de su ídolo y el Mozart del flautín entonó una sonata de mirlo moribundo. Mas, á través de las lágrimas, veíase brillar la alegría, y adivinábase que las mozas, los bailarines y los labriegos estaban orgullosos de la reciedumbre de Cástor.

—¿Ya habéis oído?—exclamó uno.—¡Eso es tener cabeza!

—¡Como que es de hierro!

—¡De bronce!

—¡La primer «chinostra» del mundo!

Si no la primera, podía colocarse entre las primeras, por su increíble solidez, puesto que el *Chiquito*, á pesar de las coces, aleó al reparo de la valla, se incorporó estornuando y sacudiéndose como un can, arreglóse la faja, y sacándose de un tirón la monterilla, se presentó en el ruedo. Mas el combate ya se había decidido, porque el castañeira, sin monterilla ni faja que le preocupasen, y engreído por su primer triunfo, acometía envalentonado y seguro de vencer, mientras que el *Chiquito*, aunque baladro-neaba, manteníase á la defensiva, con la cholla echando lumbre. Sin embargo, los vítores que se ganó por haber resistido las patadas, le conmovieron de tal modo, que quiso quebrar otra vez.

—¡Jú!... jú!... ¡já!...

Desafió al bicho, que, patiabierto y agachado el testúz, le miró con una ironía casi humana; avanzó contoneándose á lo chulo, y soltó el capote para burlar la arremetida á cuerpo limpio.

—¡Já!... ¡já!... ¡jú!...

El *Chiquito* esperaba un ataque franco, rápido, violento, sin vacilaciones, que le permitiera realizar la graciosa burla; mas como su enemigo avanzó en zig zag, para cortarle la retirada, y despacio, para asegu-

rar el golpe, se aturrulló, hizo unas ridículas gambetas y decidióse de pronto á tomar las de Villadiego. ¡Qué carrera entonces!... Cástor, más pálido que el papel, corría como si la muerte con su guadaña le pinchase en el nalgatorio; el becerro volaba detrás de él, lo mismo que un galgo en pos de un gaza-pillo, y entre la «afición» había hombres generosos que hasta con sus movimientos angustiados querían ayudarle al espada, y hombres crueles que decidíanse por el bruto.

—¡Ay, Cástor, valiente!...

—¡Corre, corre, *Chiquito*!...

—¡Arrea con él, gallego!...

El lidiador, que ya sentía en el traspontín los cálidos resoplidos de su rival, hizo un supremo esfuerzo y cogió la barrera tan á placer que sin la faja se hubiera librado; pero la faja, que no adornábale ya al estilo aragonés, la faja, que con el ajetreo de la huída habíase convertido en un grillete, le inmovilizó un segundo y permitióle al de Castañeira llegar, esgrimir cuernos y patas y dientes, y batanear carnes y romper sedas y bordados. Aguantó el *Chiquito* el temporal, encomendándose á la Virgen; se levantó despachurrado, y mientras toreaba su cuadrilla conversó con sus convecinos, sin salirse del callejón.

—Pero, hombre—decíanle algunos,—¿te vas á suisidar?

Otros, desencantados, hostigábanle con veladas censuras:

—¿Y ese es todo tu toreo?...

Cástor se defendía contando lo del cocido y diciendo que el castañeira no cerraba los ojos para embestir; mas la fe no cegaba ya á los admiradores del de los quiebros, y sus protestas carecían de eficacia.

—Ya me veréis matar—rugía.—¡A ver si se tontea cuando le sople una vara de hierro en el morrillo!... Y lo que es torear, si serraría ese los párpados... ¡erremoño!... ni Fras-cuelo.

A los demás lidiadores les tenía sin cuidado lo de los ojos y rodaban con frecuencia; pero algunas veces conseguían lucirse. *Caracol*, uno de los más decididos, puso al quiebro un excelente par de banderillas y la plaza entera crugió de entusiasmo. «Había condiciones en el chico y no se amilanaba. Llegaría lejos». Los de Sestao aplaudieron frenéticamente, y con sus palmadas el *Chiquito*, que al quebrar *Caracol* dió un bote como si le hubiesen insultado, se acabó de arrebatarse.

—¡Ahora va á venir lo bueno!—exclamó, para cortar el aplauso, dirigiéndose al tendido.

Mas en el tendido celebrábase el triunfo de aquel chiquito que sin ser el de los quiebros quebraba, y ni siquiera se le escuchó.

—¡«Aurrerá» *Caracol!*—gritaban las mocitas.

¡«Aurrerá», *Caracol!*—repetían los gabarreros.

Y hasta los *espatadantzaris*, sus fieles, chillaban «aurrerá», festejando al mozo, como si él no hubiera existido.

De vez en vez, Marichu, Filo y Natividad le miraban; pero fríamente, como se mira después de sufrir una decepción. Esta versatilidad monstruosa le descorazonó, y acercose á la res cuando se lo ordenaron los clarines, sin que le estimulase el afán de gloria, afligido, melancólico y con una desazón en el bajo vientre que le obligaba á encorvarse.

—¡Derecho!... ¡Derecho!—exigió á voces un «aficionado» de los que no perdonan ni una tilde, mientras sus amigos se reían á carcajadas.

¡Derecho!... ¡Para ensayar semejantes fililies estaba el *Chiquito!*... Si se hubiese encontrado delante de un cornudo «natural», de los que se nutren con maíz, ó habas, ó hierba, y de los que arremeten á prisa, con rectitud y cerrando los ojos, lo habría toreado con toda la sal y toda la audacia del universo. Pero frente á una bestia que asestaba coces en el aire, que escogía los sitios donde iba á contundir y que defendíase hasta á bocados, sólo debía pensar en abatirla con el menor riesgo posible. Y así, el *Chiquito*

dió unos cuantos zorraos con la franela, á una razonable distancia del fenómeno, y cuando sus idólatras, convertidos en censores, empezaron á protestar, les interpeló con altivez y menosprecio.

—¿Pa qué chilláis?... ¡Aquí sos querría yo ver, enredaos con una fiera y con la tripa en regolusión!

—¡Al toro!... ¡Al toro!...—aullaban sus críticos.

—¡Mejor que te daría vergüensa de huir!

—¡Arlote, susio!...

—¡Apréndete en *Caracol!*...

¿En *Caracol?*... ¿En aquel miserable que se presentaba en un circo sin haber estudiado, sin conocer las reglas elementales del toreo, y que, sin embargo, se permitía quebrar?... La satírica recomendación acabó de sacarle de quicio, y para terminar de una vez y confundir, de paso, á los que le injuriaban, alzó el estoque, dejóse caer sobre el toro, que le acometía, y dobló el hierro contra la dureza del testuz. El golpe le arrancó mil gritos al vulgacho por la torpeza que revelaba, y al rodar el de los quiebros, sacudido por la res, no hubo quien le compadeciese.

—¡Maleta!

—¡Gallina!

—¡Cobarde!

En el tendido de Sestao la indignación lle-

gaba al frenesí. Los gabarreros querían trucidar á Cástor, para limpiar á Vizcaya de su más ridícula plepa; los trabajadores se conformaban con descabezarlo, por bruto y por embustero, y los *espatadantzaris*, más piadosos, uníanse á las mocitas para pedir que le indultaran después de castigarle con unos escorrones.

— ¡Al toro! — bramó *Chistu*, mientras Urrengochea se levantaba trabajosamente.

— ¡Al toro! — ordenó Sestao en pleno, para defender, mientras fuera posible, el honor taurino de la colectividad.

Pero á Cástor, con los bataneos del cornudo se le había resuelto de mala y pestífera manera la desazón del bajo vientre, y sólo se levantó para desplomarse con dignidad.

— ¡Ay, mi «chinostra»! — suspiró amargamente.

Y, tapándose la cara, dejóse caer con la gallardía de un gladiador vencido.

IV

Bilbao es una villa española, y como española, rutinaria. Y por tal motivo, aunque Cástor necesitaba un bañero más que un médico, le llevaron á la enfermería.

Escamondáronle allí con una bruza y unos escobones, baldeáronle á conciencia y le

acomodaron caritativamente en un lecho, después de confortarle con unos sorbos de cognac. Entre las sábanas oyó el *Chiquito* el aleteo de los aplausos, el estruendo temeroso de las protestas, el estridor de los silbidos, la voz oceánica de la multitud... Albrado en la yacija, con más dolor en el cuerpo que en el espíritu, estrujábase el magín para extraer de su pétrea sequedad el jugo de un argumento que le defendiese ante sus partidarios, y abstraído por tan ruda faena, no vió llegar al hombre del tamboril.

—Hola, Cástor—dijo tímidamente.

El *Chiquito* se sorprendió.

—¿Qué hay, Josechu?

—¡Pchs!... Como haber... lo que se diría haber...

Rascóse algunos segundos, entregado á hondas reflexiones, y prosiguió, sin fijarse en la incongruencia de lo que añadía:

—Por mí... si «te se» antoja un sorsico, ya estoy pitando.

—Gracias, Josechu—repuso gravemente el lidiador.

El del tamboril animóse, y adoptó, aproximándose al bataneado, un tono confidencial.

—Es que allí, en plasa, Berri y los otros, ¿sabes?, me han encargado: «Josechu, vete con el *Chiquito* y tócale un cosa triste, triste, de una tristesa como si le irían á enterrar». Pero yo he dicho: «Todavía, Cástor se

puede ser torero. Si se le antoja, le toco un baile ó así». ¿Sabes?

—Gracias.

Callaron unos segundos, y de pronto el *Chiquito*, vacilante, rompió el silencio con una pregunta:

—Entonces Berri... ¿no me arrecogerá?

—Ni por nada del mundo. A mi me han mandao: «Josechu, vete con el *Chiquito*, y tócale una cosa triste, triste...»

—Si, si—exclamó Cástor interrumpiéndole.—Como si me irían á enterrar.

—Perfetamente. El actomóvil es pa *Caracol*.

Este último ultraje se le clavó al de los quiebros en el corazón, como una saeta emponzoñada.

—¿Pá ese maletilla, dises?

—Como se ha lusido... Pero yo, si te se antoja, me pongo á tocar.

—No me estoy yo pa toques, Josechu. Hay cosas, ¡erremoño! que duelen. Y te notifico, pa que te enteres y lo digas... ¡así, erremoño!... que ya va á pasar algo muy gordísimo.

—¿Dónde?

—Aquí, ó en Sestao, ó en Pransia... En toas partes me gustan á mí los caracoles.

Esta irónica afirmación, de un claro sentido antropofágico, dejó sin habla al del tamboril y cortó de esta manera la sabrosa chá-

chara. Poco después, el músico fué á casa de un tabernero, gran amigote del *Chiquito*, para que le prestase ropa, y al obscurecer, Cástor y su último admirador salieron del coso. El de los quiebros, bastante preocupado, caminaba muy deprisa, con aire baladrón, y fingía una ferocidad que estaba muy lejos de sentir; y su acompañante, alarmado, recomendábale que fuera prudente.

—Mira que no se han largao todos, *Chiquito*—exclamaba.—Y hay algunos que disen... ¡Atrosidades!... ¿Pa qué lo vas á saber?

—Desir—replicó el torero alentadamente,— se dise con fasilidá; pero haser... ya se es más difísil.

A pesar de esta bizarra fortaleza, Cástor se detuvo á la entrada de la Gran Via, y huyendo del Arenal, atestado de gente, repató por la cuesta de San Francisco, hacia el barrio alto. Al promediar la calle, junto al paredón, unos mozuelos de Santurce, enorgullecidos porque Urtamendi había estoqueado al fenómeno de Castañeira y á un novillo de Escofet, reíanse de dos mozos de Sestao; y estos—un *espatadantzari* y un gabarrero—sostenían que ningún triunfo anublaba el de *Caracol*, honra del arte taurino y bravo entre los bravos, que, con tal de no huir, sacrificaría su existencia. Añadían, refiriéndose al *Chiquito*, que para

que no volviese á presumir de varón, le estropearían ciertos órganos importantes, y el amenazado, escondiéndose instintivamente detrás del tamborilero y su caja, pasó casi á la carrera, sin respirar, y dió un suspiro de satisfacción al trasponer la esquina más próxima.

—¿Qué te advertí?—le preguntó Josechu, devolviéndole el orgullo con la interrogación.

—¡Pchs!... Uno es el lerdo de Orbolega y el otro Michinarri... Ni un plastaso que tendrían los dos.

Sin embargo, no disminuyó la velocidad, y ansioso de librarse de los peligros callejeros, se refugió en casa de Morán. El plumífero recibióle atentamente, deploró su mala fortuna, afirmando que en la distribución de aquel cocido le había tocado el hueso—troppo que enterneció á Urrengochea—y al despedirse, entrególe veinte duros.

—¿Y ahora?—exclamó engallado el *Chiquito*, dirigiéndose á Josechu.

—¡Veinte duros!—replicó el del tamboril.— ¡Te ha dao veinte duros!

—Por mi faena. Por haberme chupao el güeso como si ná. Ahí ves.

De repente sintió el *Chiquito* una gazuza infernal, y como el dinero, mago de los magos le devolvió en parte la confianza, metióse en la taberna de su amigo y empezó á devorar. Judías al horno, con tropezones de

chorizo y jamón, merluza guisada en salsa verde, vaca enterneada con cebolla, queso, melocotones, uvas... El pan acompañaba al pescado, á la carne y á la fruta en proporciones fabulosas, y el vino pasaba de las botellas á las gargantas con rapidez increíble. Al terminar, Josechu, que comiendo y tragando era un buen campeón, sentíase tan ligero como una mariposa en el aire, y aprobaba sonriendo cuanto decía su anfitrión, que había recobrado todo su optimismo y toda su audacia.

—¡Si entenderían aquí de toros!...—exclamó Cástor con la amargura del genio á quien no comprende la multitud.—Si entenderían aquí, me había salido yo en hombros, igual, igual que un Lecumberri.

—Justo.

—¿Y por qué?

—¿Por la cogida ó así?...

—¡Qué cogida, Josechu!... Abrete el ojo, que tampoco tú te sabes.

—Bueno. Pero yo sé que una serenidá como la tuya en la cogida no se tiene sin más ni más. Por eso cuando me mandaron—Berri fué uno—que te tocara una cosa triste, triste, por de dentro me decía yo: «Un baile ó lo que pida».

El *Chiquito* se enojó por la poca variedad de las adulaciones de su compañero y le respondió con aspereza:

—Hombre, me parece que ya te he convidao. Podrías dejar lo del toque... ó tocarme las narises.

Se levantaron, pagó el de los quiebros, encamináronse á los muelles para ir á Sestao por la vía fluvial—porque el músico insinuó que tal vez acechasen á Cástor en la carretera los que le querían castrar—y ya en la lancha reanudó el *Chiquito* sus explicaciones.

—Yo no habría salido en hombros por la cogida, por más que tamién hay su siensia pa defenderse de las cornadas cuando uno se está en el santo suelo, y yo me la sé como agua. Y la prueba es que en el suelo mismo engañé al toro, metiéndome debajo de su tripa. El público eso no lo ve.

—Verdá—repuso francamente el del tambor.—Yo creí que te había metido debajo el toro.

—¡Pa que veas si asierto! Pero á lo que iba, que es lo de salir en hombros... ¿Qué hase falta pa aprender esto, ó lo otro, ó lo que sea?... Pa aprender á tocar la flauta, como tú, en las romerías, ó á dar quiebros, como yo, lo que te hase falta es el estudio. Y tú has estudiao, dale que *le* dale á los bujeritos, y yo... alcuérdate de lo del burro pransés. Y ahora pregunto: *Caracol* ¿ha tenido un burro que embistiera?... No. *Caracol*, ¿ha viajado por Andalucía?... Ni pasar de

Arrigorriaga. Entonses, ¿cómo ha estudiao *Caracol*?... Y hasta el Nunsio tiene que responder: *Caracol* no ha estudiao.

El del tamboril, que seguía maravillado el razonamiento, exclamó:

—Sigue, *Chiquito*.

—Sigo, Josechu. Tú ¿crees que el que no ha aprendido la música de flauta puede tocar la flauta por música? No. Pues el que no ha aprendido las reglas que hay pa quebrar no pué quebrar con regla. De modo que lo de ese *Caracol* fué un chiripaso. Un quiebro sin reglas, que es como si no sería quiebro. ¿Estás? Pero eso el público tampoco lo ve. Y vamos á mi faena. Salió el toro. Ya sabía yo que se daba tripás de cosido igual que un marqués, y me puse á oservarlo. En la primera embestida... ¡fiiii!... Martinachu al aire; en la segunda... ¡fiiii!... *Caracol* alcan-sao; en la tersera... ¡fiiii!... Urtamendi en el suelo... Vamos al quite. Pero ¡qué quite!... En cuanto me vió andando con siensia, dejó á los otros y se quedó plantao. Y voy y me hinco de rodillas y me subo una mano hasta la narís, como si me iría á sonar, y me bajo la otra hasta las ingles, y sito. ¡Jú!...

—Así fué. Sigue.

—El bicho pensaría: «A ese no le falta ni una regla, y me va á quebrar». Y desesperao, se pegó el bote por ensima de mí, y me atisó con las pesuñas. Pero, ¿quebré ó no

quebré?... ¿Cumplí las reglas?... ¿Hise el balanceo que se hase?... Pues si lo hise, igual que tó lo demás, ¡erremoño! quebré como el mismo Papa.

La conversación, mantenida en tono confidencial, se fué deslizando por el propio cauce taurino, y el espada explicó satisfactoriamente su segundo quiebro, sus vacilaciones al torear con la muleta y su error de puntería al herir. «Si el novillo embestia con los ojos abiertos, como una persona, y levan taba el testuz para que no le pinchasen en las agujas, ¿de qué manera le iba á matar?... Pero, ¡ay, erremoño, si él hubiese tenido el sable de Chapelaga!... Del primer empujón se lo habría zampado hasta el puño en las péndolas, en el costillar ó en la frente».

—¡Chiss!... ¡Que pueden oírte!—murmuró de súbito el tamborilero, apretándole la diestra al *Chiquito*.—Mira Sestao.

Era verdad, y Castor, frente á la masa del pueblo, se alfeñicó acometido por una invencible timidez.

A los cinco minutos una rojiza claridad denuncióles que había iluminación en la plaza, y unos vítores clamorosos les demostraron que la plebe festejaba al nuevo ídolo.

—¡Y si conosería las reglas!...—refunfuñó, afligido, el espada.

Y entonces ocurrió una cosa imprevista, y fué que unos bultos emergieron de la obscuridad del muelle y lanzarónse como dardos sobre la pesada barca del vencido.

—¿Qué reglas?—preguntó una voz.—¿Las de torear burros?

Estalló una carcajada, y tres botes aproximáronse á fuerza de remo.

En uno gritaba Orboleaga:

—¡Te vamos á haser una operación, *Chiquito!*

Michinarri, *Chistu* y varios gabarreros volviéronse á reir, y Cástor, seguro de que le agredirían, y sospechando que tal vez le mutilasen, se quitó las botas, despojóse del chaquetón, se dejó caer dulcemente al agua, y, sumergido, nadó con toda su energía.

Al volver á la superficie para respirar, oyó al *espatadantzari* y á los gabarreros, que le insultaban, y al santo del tamboríl, que llamábale y le defendía:

—¡Pero, señores, si quebró el infelis!... ¡Ven *Chiquito!*... ¡No te seas lerdo!... ¡Ven, que estamos de broma!...

¡Volver, entregarse como un imbécil!... ¡Tolerar que le infamara una gentuza que aplaudía á *Caracol!*...

—¡Cochinos!—bramó con una rabia insensata, amenazando á sus perseguidores.—¡Ya os arreglaré!... ¡Ya me veréis!...

Y á fin de que le viesen en condiciones de

igualdad, se sumergió de nuevo y continuó nadando. Pero, al zambullirse para huir, iluminó su cerebro el relámpago de una idea, y comprendió que se alejaba para siempre de la esperanza y de la gloria.

FIN

LA MUERTE DEL TORDO

PERSONAJES

CHOMÍN GORROCHÁTEGUI

FERMÍN URRENGOECHEA

JOSHÉ MARI ZUAZÚA

FILO

TRES NIÑOS GORDOS

ANTHON

DOS MIL ENTUSIASTAS

UNOS MURGUISTAS

EL TORDÓ

UN COLIRROJO

UNA CURRUCA

UN BECAFIGO

UNOS «CHIMBOS» VULGARES

LA ACCIÓN EN EL MONTE DE ARCHANDA

Y EN BILBAO

La muerte del Tordo

Está lloviendo. El Tordo y los «chimbos» aristocráticos, frente á un «chacolí», recogidos en la frondosa copa de una higuera, miran caer el pálido telón del agua. El Colirrojo, erguida la endrina cabecita y llevando el compás con su cola sangrienta, da un concierto de flautín. El Becafigo, apoyando su casaca verde sobre el gabán parduzco del Tordo, aplaude. La Curruca devora el cadáver de una araña y limpia su pico alesnado en las hojas goteantes. Amanece... A la luz indecisa del alba negrean los pomposos castaños. El viento trae un ruido melancólico de campanillas y esquilones monjiles. En los campos se elevan, trémulas, las notas quejumbrosas de un zortzico...

EL TORDO

¡Bazta de música!

EL COLIRROJO

¿No le gusta mi flauta, señor?

EL TORDO

¡Qué sé yo! Me da trizteza. ¡Ezte paí!...
¡Por vida de mi padre! Ziempre yoviendo,
ziempre... No se ve er só, no hay azitunaz...
Yo me debí quear en Andaluzia.

EL COLIRROJO

Medrosico.

Y además, además...

EL TORDO

¿Qué?

LA CURRUCA

Si mis pequeños volaran... ¡dónde estaríamos!
No he sacado más que cucuillos; pero son mis pequeños al fin, y los adoro. ¡Dios nos proteja!

EL TORDO

Impaciente.

¿De quién? ¡Hable claro!

EL BECAFIGO

¿No oyó usted las campanas?

Gimoteando.

¡Blam!... ¡blam!... ¡blam!... Es domingo.

Dos «chimbos» silvestres llegan volando como saetas y se posan, sin aliento, junto á sus compañeros.

LA CURRUCA

Alarmada.

¡Ay, Virgen del Carmelo!

EL TORDO

Pero ¿qué ocurre?

UN SILVESTRE

Ahogándose.

¡Los... caza... dores!... ¡Los cazadores!

EL OTRO

¡Vivo! ¡Escondámonos! ¡Ah, señor Tordo, usted no los conoce!... Contra cincuenta pá-

jaros que habitamos en la provincia, salen miles y miles todos los domingos. Hoy son pocos, gracias al temporal.

EL TORDO

Entonzez... Me paeze uzté mú probe d'ezpíritu, amigo Zirveztre.

EL COLIRROJO

No. Es que son los primeros del mundo. En otoño mataron cuatro «chimbos». ¡Y más crueles!... Yo he invernado en Fez y he visto cabezas humanas colgando en los murallones y me he manchado la cola al rozar con ellas. Pues bien: los que cortan cabezas son más compasivos que estos demonios.

EL TORDO

¡Caramba, por ayí vienen!

Chomín Gorrochátegui, Fermín Urrengoechea y Joshé Mari Zuazúa aparecen al final de la cuesta, y los pájaros, con las plumas erizadas y los ojuelos nublados, rezan fervorosamente.

LA CURRUCA

¡Arriba hermanos! Pegaditos al tronco no nos verán.

EL TORDO

¡Carma! No hay que apurarze. Por lo que veo, ezoz pamplinozoz no traen ré. Zí, no la traen y poemoz reirnoz. En Ozuna, á toz loz tordoꝝ loz cogen con ré. ¡Aqueya zí qu'ez gente lizta!

Los «chimbos» se envalentanan al oír al Tordo, y contemplan en silencio á los cazadores, que suben penosamente. Su catadura es espantable. Gorrochátegui, moreno, barrigón, mostachudo, camina con su rifle al hombro entre Zuazúa, que suspira, nalgueando fieramente, y Urrengoechea, que maldice al «sirimiri», limpiando sus formidables gafas. Al verlos, el mismísimo Lucifer correría espantado.

GORROCHÁTEGUI

Frente al «chacolí».

¡Preparen!... ¡apunten!... ¡fuego!... ¡Arr!

Descargan las escopetas sobre un tronco con horrible estrépito.

LA CURRUCÁ

¡Ah, foragidos!

EL TORDO

¡Chitón, comadre!

ZUAZÚA

¡Buenos cartuchos!

Entonando su canción de guerra.

«Los bilbainitos por las mañanas
«chacolín gorri» suelen beber...»

URRENGOECHEA

Berreando.

«Bajo las parras del Puente Nuevo
buenas «moscorras» suelen coger».

GORROCHÁTEGUI

Llamando.

¡Eh, Anthon, Anthon!

ANTHON

Que aparece en la puerta del «chacolí» y dispara su mosquete.

¡Viva Euskadi!

TODOS

¡Viva!

ANTHON

Qué, ¿se viene de casa?

GORROCHÁTEGUI

¿Qué haser? Mataremos unos «chimbos».

ANTHON

Gravemente.

Bueno será. Hay como nunca. Sinco y seis y hasta ocho he visto en bando. Ya vendría una limpia, ya.

Pausa filosófica.

¿Tres cuartillos?

URRENGOECHEA

Sí. Para empesar...

Mirando el reloj.

Y una casuela de merlusita.

A sus amigos.

¿Va mal?

ZUAZÚA

Al pelo. Es temprano.

URRENGOECHEA

Las ocho.

Anthon trae los cuartillos, y entran en un cobertizo, dejan el terrible armamento en un rincón y se sientan rodeando una mesita paticoja.

GORROCHÁTEGUI

¡Qué bien se está aquí! Venga ahora «sirimiri».

ZUAZÚA

¡Vengan rayos!

Cantando.

«Los bilbainitos por las mañanas...»

URRENGOECHEA

Bebiendo.

¡Gran «chacolí»!

ANTHON

La casuelita.

Los cazadores arremeten contra el desayuno bravamente. Nadie habla. El vino de Vizcaya, negruzco, flojo, acre, pasa á torrentes de los jarros á los estómagos. Bilbao, visto á través de las gasas finísimas del «sirimiri», silencioso, entoldado por los inmensos vellones del sucio humo de sus fábricas, parece un pueblo muerto. La bruma se mantiene inmóvil sobre la ría, ocultando el trajín de los muelles. Sólo se oye el gemido de las grúas, el grito desgarrador de las sirenas y el graznido de las gaviotas, anunciando tempestad. En el monte, los árboles se visten sus galas primaverales, y las verdes hojuelas recién nacidas palpitan bajo el fresco beso de la lluvia.

GORROCHÁTEGUI

Delante de mi dedo, clavadita, está mi casa.

Riendo.

Si se alargase de pronto media legua, ¡miren qué cosa!, tocaría en el balcón.

Enterneciéndose.

Los hijos, ¡pobres!, ni se habrán levantado.

URRENGOECHEA

Filo oirá la segunda misa en Nuestro Señor Santiago con mi mujer. No son lerdas, ¡quíá!

Pausa.

¿Sabes lo que te digo, Chomín?

GORROCHÁTEGUI

Dí, pues.

URRENGOECHEA

Pues te digo que tienen razón las cuitadas. La casa nos vuelve locos, y las dejamos solas, y...

GORROCHÁTEGUI

Interrumpiéndole.

El hombre es hombre, Fermín.

Severo.

¡Por ensima de todo! ¡Hombre!

Pausa.

Bien que la esposa tenga sus influencias en esto, y en lo otro, y en lo de más allá, y bien que se meta en si hases ó no hases, ó vas á haser ó dejas de haser... Pero en lo tocante...

ZUAZÚA

Comprendido. Por ahí voy yo. Si pasas la semana en la tienda, pensando en el día éste, ¿lo vas á sacrificar? ¡Tendría gracia!

URRENGOECHEA

Acobardado.

Sí, verdad. Somos carniseros de nacimiento, feroses. Y en cuanto olemos la pólvora...

GORROCHÁTEGUI

Desdeñoso.

Tú no eres casador, Fermín. Perdóname que te lo diga.

URRENGOECHEA

Colérico.

¡Yo! ¿Que no soy yo casador? ¡Hombre, me parese que te vas del seguro!

Llamando á voces.

¡Anthon, Anthon! Ahora veremos si no soy casador.

Entra Anthon.

Oye y responde: ¿Quién fué el primer bilbaíno, de los que tú conoses, que se plantó en Archanda con una escopeta en la mano?

ANTHON

Usté.

URRENGOECHEA

Triunfante.

¿Conque no soy casador? ¡Tan carnisero como el que más! Sino que, hijos míos, pasión no quita conosimiento.

ZUAZÚA

Picado.

Anthon, ¿y quién ha salido de tu casa con más «chimbos»?

ANTHON

Usté. Como digo lo uno digo lo otro.

ZUAZÚA

¿No fueron?... ¿Cuántos fueron?

ANTHON

Tres, y se perdió uno.

ZUAZÚA

¡Dos, silleta! ¡Se perdieron dos!

GORROCHÁTEGUI

Quemado.

Vamos á ver, amigos. Poco echar las patas por el aire, que á mí me gustan las cosa sen su punto. Anthon: ¿Quién ha matado una abubilla en toda Viscaya? ¡Séparse! Una abubilla que cayó aquí mismo, frente á aquella parra, tan abubilla que no cabía más: con su pico largo, su morrión de plumas... ¿No era aquel casador un bilbaíno con tienda abierta en Siete Calles? ¿No se llamaba, quisás, Chomín Gorrochátegui?

ANTHON

Justo.

URRENGOECHEA

Con desprecio.

¡Una abubilla! Un pájaro que come...
¡Puf!

GORROCHÁTEGUI

Coma lo que coma. ¿Has matado tú alguna?

URRENGOECHEA

Porque no he querido. Además, no las he visto.

GORROCHÁTEGUI

Solemne.

Fermín, te repito que no eres cazador. Y agregó que ni conoses eso que se llama lógica. ¡Y yo me entiendo!

URRENGOECHEA

Bueno, tú te entenderás, no lo niego; pero discúteme que la casa más difísil es la del «chimbo». ¡Ese es un animal sabio! Y, no

obstante, un casador bilbaíno, como tú, que tiene, como tú, su tienda abierta en Siete Calles, los ha engañado. ¡¡Ha engañado á los «chimbos»!! ¿Y esa, don Orgullo?

GORROCHÁTEGUI

¡Bah!

URRENGOECHEA

Enérgico.

¡Los he engañado! Y pondría por testigo á un hombre tan verás como Eladio, el de Sabalbide, si no estuviera el infelís mascando tierra. En su huerto, junto á Durango, fué. Yo me presenté pertrechado admirablemente, con un baulaso enorme. «¿Qué se trae allí, compañero?» Y yo, por toda contestación, risa y más risa. Conque por la mañana, en cuanto amanesió el Señor, abro mi baúl, saco mis chismes, y voy, y tal como lo había pensado, me visto de higuera. Todo de higuera, con ramas, higos y hojas, y me pongo en medio del huerto, y allí aguardo sin moverme ni respirar, oyendo los canturreos de los «chimbos». Salió el sol, y nada; pasaron unas horas, y nada; pero seguí haciendo de árbol, sin desesperarme, y de pronto, un bando entero se posó sobre mí...

Entonces, poquito á poco, poquito á poco, para no asustarlos, me fuí al caserío, me colé bonitamente en mi habitación...

ZUAZÚA

Casi indignado.

Pero ¡chico!

URRENGOECHEA

Imperturbable.

¡Y cogí sinco pájaros!... ¡Sinco pájaros vivos!

ZUAZÚA

Con socarronería.

Muchos pájaros son.

GORROCHÁTEGUI

Compadeciéndole.

¡Y vivos!...

Con noble entusiasmo.

El caso es matar, y matar sin engañifas,

sin traisiones. Lo indispensable es dominar el manejo de un arma, jugar con ella... ¡Así!

Se levanta, y con su rifle entre las piernas, dispara á bocajarro sobre una pollita, que huye espantada. Los gallos protestan con su trompetería clamorosa. Anthon corre hacia el colgadizo.

ZUAZÚA

Cuidado, Chomín. A ver si asiertas por una casualidad y hases blanco en las gallinas. Seamos formales.

ANTHON

Ya murió una... va para tres años.

ZUAZÚA

¡Caray, aquella se ahogó!

ANTHON

Bueno; pero se ahogó porque dispararon un tiro junto á su cabeza. Si no disparan no se asusta, y si no se asusta no vuela, y si no vuela no se cae al poso, y si no se cae al poso, no se ahoga. De manera que me la mataron de un tiro.

GORROCHÁTEGUI

De acuerdo. Trae más chacolí.

Pausa.

Ya comprenderéis que no le tiré á la pollita. ¡Vaya un blanco lusido! A mí me sedusen las dificultades... El año que estuve en Sevilla, por una apuesta, un argentino que pasaba allí una temporadita fué y me soltó, para que lo derribase con bala, un pájaro-mosca: una menudensia así como un escarabajillo emplumado, ¿sabéis? Pues bueno; cogí mi rifle, y en cuanto se sernió un poco aquella insignificansia. ¡plan! un balaso, y en seguida, ¡plin!, otro, para que no se viniese á tierra, y después, ¡plan! otro en la pechuga, y luego, hala con las patejas, y duro con el pico, y surra con las plumillas, y así, ¡plin! ¡plan!, ¡plin! ¡plan!, largué los quince tiros. ¡Lo hise humo!

URRENGOECHEA

¡Compadre, pues un pájaro-mosca!... Yo los he visto en Deusto «embalsamados». Muy menudos son.

ZUAZÚA

Y más ignorantes que menudos. No se parecen á los «chimbos», que se meten entre dos hojas y allí se están riéndose de ti. Por eso, al perseguirlos, no hay que tener contemplaciones. ¿Se mueve una rama? ¡Fuego en ella, Cristo!... Cuando la guerra, tirando yo de ese modo, maté miles y miles una tarde, y mi regimiento, que mordía las botanas de carpanta, pudo comer. Don Carlos me assendió, y aún recuerdo sus palabras: «¡Bien Zuazúa! Estoy satisfecho. Eso es derribar «chimbos». ¡Adelante!» Y yo, casi llorando: «Señor—le contesté—todo por vuestra real majestad. ¡Vivan los fueros!» ¡Oh, si supiérais!...

GORROCHÁTEGUI

Sobresaltado.

Chsss... ¡Silencio!

Pausa.

¿No véis?...

Señalando hacia la higuera.

Allí, me parese, me parese...

Empuña su rifle, y de puntillas se acerca á la higuera.—Urrengoechea y Zuazúa, con las escopetas montadas, aguardan en el colgadizo.

LA CURRUCA

¡Nos han descubierto, Santísima Madre!

EL COLIRROJO

¡Misericordia!

EL TORDO

¡Zi no trae ré, cobardonez!

UN SILVESTRE

¡Pero señor Tordo, ocúltese!

EL TORDO

Riendo.

¿Yo? ¡En ezo eztoy penzando!

EL BECAFIGO

Con la pechuga bañada en
lágrimas.

Noble caballero... ¡por caridad, por los clavos de Cristo, no cometa imprudencias!... Yo soy un desdichado Becafigo, padre de familia... He salido sin que lo supiera mi mujer... ¿Qué pensará si no vuelvo?

EL TORDO

¡Hola! ¡Te zurra tu mujer, grandísimo bellaco!

LA CURRUCA

Temblorosa ante los fieros bigotes de Gorrochátegui, que está imponente.

¡Callad, suicidas!

EL TORDO

¿Qué ez ezo? ¿Quién z'atreve á mandar-me? ¡Vive Dioz! ¡Cantaré y bailaré, tía remilgoz!

GORROCHÁTEGUI

Señor, ¿estoy soñando? Ese animal... esa estupenda ave... que canta... ¿no es un tordo?

Se detiene, paralizado por la emoción; se limpia los ojos, se pellizca los brazos, y algo re-puesto, alza lentamente el rifle, apunta y dispara. El Tordo cae. Los «chimbos» huyen, saludados por los escopetazos de Urrengoechea y Zuazúa.—Hay un momento de silencio.—Los pájaros fugitivos se alejan entre el bárbaro estruendo de las descargas.

ANTHON

¿Qué ha sido?

Con Urrengoechea y Zuazúa se aproxima á Gorrochátegui, que continúa inmóvil frente á la higuera.

GORROCHÁTEGUI

Mostrando el cadáver del
Tordo.

Mirad...

Majestuoso.

¡Eh! ¡Cuidado con tocarlo!

URRENGOECHEA

Desolado.

¡Pero si es un tordo!

ANTHON

¡¡Un tordo!!

ZUAZUA

Con asombro y envidia.

¡¡Ha matado un tordo!!

GORROCHÁTEGUI

Soberbio.

Sí, he matado un tordo, y tan fácilmente
como maté la abubilla.

Recoge, lleno de dignidad, el
cadáver y se lo cuelga al cin-
turón.

¿Vamos?

ZUAZÚA

Tristísimo

Como quieras.

URRENGOECHEA

Desmayado.

Nos iremos. Adiós, Anthon.

ANTHON

Adiós. ¡Y que sea enhorabuena!

Gorrochátegui, Urrengoechea y Zuazúa bajan del monte hablando poco, y al entrar en Bilbao cortan por completo la conversación. — La gente va fijándose en el Tordo, y los muchachos siguen á su matador, que se esfuerza por adoptar un continente modesto. — En el Arenal, el público de los domingos, emperejilado y cándoro, escolta á los cazadores.

ADMIRADOR 1.º

Salud, señor Gorrachátegui.

A su novia.

¡Lleva un tordo!

ADMIRADOR 2.º

¿Es un tordo?

ADMIRADOR 3.º

¡Canastoles, cualquiera diría que ese señor lleva un tordo!

ADMIRADOR 4.º

¡Y diría la verdad! Un tordo lleva.

ADMIRADORA 1.ª

¡Paquita, corre, corre, corre... que aquí viene un caballero con un tordo de carne!

Un tropel de muchachas sigue á Paquita.

ADMIRADORA 2.ª

¡Ay, dulcísimo Jesús; un tordo!

ADMIRADOR 1.º

A uno que le pregunta.

Sí, hombre, el mismo: Gorrochátegui, el de Siete Calles. ¿Quién iba á ser?

EL MURGUISTA 1.º

Que ha escuchado.

¡Ah, sí! Ahora le veo. El morenito. Es una de las primeras escopetas de Europa.

EL MURGUISTA 2.º

¿Aviso?

EL MURGUISTA 1.º

A escape, Indalesio.

Corren los murguistas.

URRENGOECHEA

Malhumorado, al público, que le oprime.

¡Eh, señores, con permiso! Voy á entrar en mi casa. Esa es mi casa... ¡Dejadme pasar!

ZUAZÚA

Entraré contigo.

Friamente.

Hasta luego, Chomín. Y nada tengo que desirte.

NIÑO GORDO 1.º

¡Mamá, mamá!

Se retira, aterrado, del balcón, donde aparece uno de sus hermanitos.

NIÑO GORDO 2.º

¡Mamá!... ¡¡Mamá!!... ¡¡¡Mamá!!!

Se asoma Filo y se asusta, viendo á Gorrachátegui entre tal gentío.

GORROCHÁTEGUI

No es nada, mujer. Ahora subo. Tranquilízate.

FILO

Llorando.

¡Ay, Chomín, Chomín!... ¡Ay, Chomín de mi alma!...

Gorrochátegui saluda á la multitud, fingiendo serenidad; sube de dos en dos los peldaños de la escalera y cae en brazos de Filo.

GORROCHÁTEGUI

No te asustes, salada.

FILO

Llorando.

¿Qué has hecho? ¿Por qué te siguen? ¿Quiéren matarte? ¡Nada me niegues, Chomín!

NIÑO GORDO 3.º

Bramando.

¡Ay, mi parre, mi parre!

GORROCHÁTEGUI

Acariciándole.

No llores pequeñín, emperador mío, gloria de Viscaya.

Asu mujer.

Pero ¿no te has fijado?

Enseñándole el Tordo.

Por eso me acompaña la gente.

FILO

Mirándole con veneración.

¡Lo has matado tú!...

Conmovida.

¡Esposo mío!

GORROCHÁTEGUI

Con lágrimas en la voz.

En ti pensaba, Filo. Porque te lo ofresco,
estimo el triunfo.

FILO

Niños, abrad á papá.

NIÑO GORDO 1.º

Por el Tordo.

¡Oh, qué «chimbo» más grrrande!

VOCES EN LA CALLE

¡Que saal... gá, que saal... gá!

FILO

Roja de alegría.

¿Oyes? Anda al balcón.

GORROCHÁTEGUI

¿Para qué? Después de todo... ha sido la suerte.

FILO

¡La suerte! No seas tan modesto, hijo mío.

LAS MISMAS VOCES

¡Que saaal... gá, que saaal... gá!

FILO

Imponiéndose.

¡Al balcón!

Gorrochátegui, con su mujer, sus hijos y el Tordo se asoma al balcón y es aclamado frenéticamente.

ADMIRADOR 1.º

¡Viva Gorrochátegui!

LOS DOS MIL ADMIRADORES

¡¡Viva!!

ADMIRADOR 2.º

¡Viva el rey de los tiradores!

TODOS

¡¡Vivaaa!!

ADMIRADOR 3.º

¡Que haa... blé!

TODOS

¡Que haa... blé! ¡Que haa... blé!

FILO

Reventando de satisfacción.

Habla, hombre. Complase á esos buenos amigos. Está ahí todo Bilbao.

GORROCHÁTEGUI

Señores... no sé... no asierto... á explicar...

ADMIRADOR 1.º

De cualquier modo, señor Gorrochátegui.

GORROCHÁTEGUI

Yo iba en busca de «chimbos» con mi rifle. Yo no podía esperar encontrarme en Viscaya, á las puertas mismas de Bilbao, con un tordo... Esto es lo sierto.

ALGUNOS CONVENCIDOS

Eso es lo sierto. ¡Muy bien!

GORROCHÁTEGUI

Pero me topo con el pájaro, que se pone á bailar tan fresco delante de mis bigotes...

UNA ADMIRADORA

¿Qué le parece á usted el desvergonsado?

GORROCHÁTEGUI

En un arrebató soberbio.

Y cuando un hombre se encuentra con un tordo, ¿qué hase ese hombre? ¡Matarlo!

LOS DOS MIL ADMIRADORES

¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Magnífico!

EL MURGUISTA 1.º

A sus foragidos.

Una, dos, tres... ¡Ahora!

Empieza la murga á ejecutar el «Vals de las olas» entre las aclamaciones delirantes de la multitud, y Filo gimotea, sus tres retoños aullan de júbilo y Gorrochátegui clava en el cielo sus ojos nublados por las lágrimas, oprimiendo nerviosamente el cuerpo de su víctima.

OBRAS DE J. LOPEZ PINILLOS
(PARMENO)

TEATRO

El vencedor de sí mismo (Drama).—Hacia la
dicha (Comedia).—El burro de carga (Come-
dia).—La casta (Comedia).—El pantano (Dra-
ma).—Nuestro enemigo (Drama).

NOVELA

La sangre de Cristo.—Doña Mesalina.—Las
águilas.—Frente al mar.

EN PRENSA

El placer de los dioses.

EN PREPARACIÓN

El luchador.



